



Serie Australia

*¿Qué haría
sin ti?*

Sophie Saint Rose

¿Qué haría sin ti?

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Ivonne pasó la caja de galletas por el identificador del código de barras y sonrió a la clienta que la observaba con la cartera en la mano. Pasó los espaguetis y el bote de salsa de tomate volviéndose hacia la caja.

— Veinticuatro con catorce, por favor.

La mujer sacó la tarjeta de crédito y ella la pasó por la ranura apartando un rizo rubio platino para meterlo bajo la gorra que la obligaban a llevar. Con el calor que hacía en Nueva York en el mes de agosto, aquello era una auténtica tortura.

—Por favor, firme en la pantalla. —dijo volviéndose para meter su compra en las bolsas.

Con la bolsa de papel en la mano sonrió a su amigo Marcos, que entraba en ese momento en la tienda empujando un montón de carritos.

—Descanso en cinco minutos, chica de ojos azules. — dijo él guiñándole el ojo.

—Vete preparando el café.

Se volvió con una sonrisa a la mujer para comprobar que hubiera firmado—Que tenga un buen día.

—Gracias. — dijo cogiendo sus bolsas.

Otra mujer esperaba a la cola y empezó a atenderla, cuando vio que entraba un hombre en el supermercado con un traje negro y

una impecable camisa blanca. Debía estar asándose. Distraída pasó las cosas de la mujer por el lector de códigos, viéndole ir hacia la parte de atrás. Debía ser uno de los contables del supermercado. Le habían dicho que se iba a hacer inventario, porque se habían encontrado irregularidades en los pedidos.

Cuando llegó su descanso, la sustituyó una compañera y salió del edificio por la puerta de empleados que daba al callejón. Allí estaba Marcos sentado sobre unas cajas, pero en lugar de café, a su lado tenía unos refrescos de cola.

— ¿Y mi café?

—Hace demasiado calor. —respondió su amigo del colegio mirándola con sus ojos castaños. Se quitó la gorra mostrando su pelo moreno totalmente empapado —No sé cómo soportas esa melena metida ahí dentro.

Riendo se quitó la gorra dejando caer sus espesos rizos hasta mitad de la espalda —Es la costumbre. — se sentó a su lado cogiendo una de las latas y abriéndola mirando la nueva pintada que habían hecho en la pared de enfrente —Te ha salido muy bien.

—Gracias.

—Un día te vas a quedar sin curro cuando se les ocurra mirar las imágenes de las videocámaras.

—Si no me han echado ya, no lo creo.

—Por cierto, tengo que pintar mi casa. — Marcos gimió— Vamos, no es para tanto. Con tu talento lo harás enseguida.

— ¡La última vez me hiciste pintar toda la casa de blanco!

—Limpio y luminoso. Y barato.

—Tampoco es tanta la diferencia. Tengo un colega que...

La puerta de empleados se abrió y su gerente salió con el hombre del traje negro. La miró muy serio e Ivonne se tensó.

—Ah, estás aquí. Te estaba buscando. — dijo el hombre acercándose a ella.

— ¿Ocurre algo, señor Peters? — preguntó levantándose mirando de reojo al hombre que la observaba fijamente.

—No. Al parecer te busca este hombre. Bueno, les dejo solos. Si necesitas más tiempo de descanso, no te preocupes.

Su gerente entró en el edificio sin mirar atrás e Ivonne se volvió hacia el hombre. Debía tener unos cincuenta, con algunas canas en sus sienes morenas. Seguía sin sudar, algo realmente increíble con cuarenta y tres grados a la sombra.

El tipo observaba a Marcos, pero como no se dio por aludido al final dijo —Señorita Martin, ¿podríamos hablar solos en algún sitio?

Se volvió sorprendida hacia Marcos que entrecerró los ojos.

—Si es por mi amigo, no se preocupe. Se lo contaré después. — se encogió de hombros sin darle importancia.

El hombre asintió y extendió la mano —Soy Raymond Welles, el abogado de su padre.

Confundida miró a Marcos que se acercó a ella queriendo enterarse de lo que pasaba.

— ¿El abogado de mi padre? No tenía conocimiento de que mi padre tuviera abogado. ¿Está seguro que quiere hablar conmigo?

— ¿Es usted Ivonne Martin? ¿Tiene veinticinco años y su fecha de nacimiento es el seis de mayo?

—Sí, esa soy yo, pero...

—He venido desde Australia para comunicarle la triste noticia de que su padre ha fallecido hace cinco días.

A Ivonne se le paralizó el corazón, pero aun así dijo atónita— Tiene que haber un error, mi padre está sano y salvo. He hablado con él esta mañana y se iba al trabajo.

El hombre la miró sin comprender. Metió una mano en el bolsillo interior de su traje y miró un sobre— Disculpe señorita, pero no hay error. Usted es hija de John Martin, nacida en Landor hace veinticinco años.

—Sí, sí. Nací en Australia cuando mis padres trabajaban allí, pero no soy hija de ese John sino de James Martin. Creo que hay un error...

El hombre negó con la cabeza— No, señorita. James Martin no es su padre natural. Su padre es John Martin y le ha dejado una

herencia muy sustanciosa.

Ivonne le miró con la boca abierta durante unos segundos. Durante ese tiempo el hombre le tendió el sobre. Un codazo de Marcos la hizo reaccionar negando con las manos —No, escuche. Soy hija de James Martin, tiene que haber un error. Seguro que la chica de busca, estará encantada de recibir esa herencia. No sé quién ese John, pero seguro que querría que esa herencia fuera a para a manos de su auténtica hija.

—Disculpe señorita Martin, pero yo no cometo errores. Usted es la hija de John Martin, fruto de su matrimonio con Eloisa Smith. Se casaron el veinticinco de junio de mil novecientos ochenta y ocho en Lander.

Al mencionar el nombre de su madre se quedó en shock y miró a Marcos que escuchaba atentamente al hombre— Su madre abandonó a su padre dos años después de su nacimiento. Usted es la hija de John Martin y su heredera universal.

—Disculpe...— susurró sintiendo que su corazón iba a mil por hora. Se sintió tan mal que tuvo que sentarse— ¿Me está diciendo que el que creo que es mi padre, no es mi padre?

—No sé lo que le habrán contado, pero sólo puedo decirle quién es su padre real y que desafortunadamente falleció hace cinco días. Debo añadir que si no sabía nada de quién era su padre, lo siento muchísimo, porque era un hombre extraordinario. Uno de los mejores que he conocido.

Ivonne no sabía cómo reaccionar. Se llevó una mano a la frente porque estaba sudando en frío y vio que su mano temblaba. ¿Qué coño estaba pasando allí?

—Aquí tiene las estipulaciones del testamento. Al parecer había intentado ponerse en contacto con usted, pero nunca recibió respuesta.

Pálida miró al hombre— ¿Qué intento ponerse en contacto conmigo? ¿Cuándo?

—Creo que debería hablar con los que considera sus padres. Al parecer le han ocultado muchas cosas y hechos muy importantes. —

miró con desprecio el edificio del supermercado— Usted debería haber llevado otra vida muy distinta a esta.

— ¿Está diciendo que es rica? — preguntó Marcos alucinando.

—Estoy diciendo que es la heredera de uno de los Ranchos más importantes de Australia.

— ¡Un rancho! — Marcos se echó a reír — ¡Alucina, Ivonne! ¡Con el miedo que te dan los bichos!

Ella no sabía qué decir. Sólo podía pensar que sus padres le habían mentado toda su vida. La cara de su padre sonriéndole esa mañana cuando se subía a su camioneta le pasó por la mente.

—Por favor, coja el sobre. — dijo el hombre extendiéndoselo de nuevo —Siento haberla trastornado tanto, pero tengo que cumplir con mi deber. Me alojo en el Plaza y estaré allí dos días por si tiene alguna pregunta. Tiene mi tarjeta en el sobre.

—Gracias, señor Welles. — susurró mirando el sobre y cogiéndolo como si fuera a morderle en cualquier momento.

—Espero noticias tuyas. Buenos días. — dijo antes de volverse dejándola allí sentada con el sobre en la mano.

Marcos la miró preocupado— ¡Alégrate, eres rica!

—No tiene gracia. Dios mío, ¿qué es lo que han hecho?

—Conoces a tus padres. Seguro que había una buena razón.

— ¿Para ocultarme que soy hija de otro? ¡Tiene que ser una razón muy buena! — dijo enfadada— ¿Cómo se le puede ocultar a un hijo que su padre está vivo en el otro lado del mundo?

— ¿Cómo no te has enterado antes? En tu partida de nacimiento...

— ¿Mi partida de nacimiento? Nunca la he visto.

—Pero para el carnet de conducir... Joder, es verdad que no tienes. —Marcos se puso la gorra mirándola preocupado —Deberías hablar con tus padres y averiguar lo que ha pasado. Igual era un monstruo y tu madre tuvo que huir o algo de eso.

—Esa no es excusa para no decirme la verdad. — se puso de pie y fue hasta la puerta — Voy a pedir permiso para irme a casa.

—Sí, es lo mejor.

Su amigo la siguió hasta el despacho del gerente que estaba hablando por teléfono. Esperó impaciente de pie ante el escritorio hasta que por fin colgó.

— Señor Peters...

— ¿Ya has terminado de hablar con ese hombre? —la miró y entrecerró los ojos— ¿Te sientes bien?

—La verdad es que no. ¿Puedo irme a casa?

— ¿Malas noticias?

—Pésimas. Debo ir a hablar con mi familia de inmediato.

El señor Peters miró a Marcos que asintió— Sí, claro. Puedes irte. Espero que no sea nada grave. —dijo muerto de la curiosidad— Marcos, acompaña a casa. Asegúrate de que llega bien. No tiene buena cara.

—Sí, señor. —dijo aliviado —Volveré después.

—No hace falta que vuelvas hoy. No hay mucho trabajo. Nos arreglaremos.

Marcos asintió y cogió del brazo a Ivonne— Vamos, tienes que cambiarte.

—Gracias, señor Peters.

—No te preocupes. Espero que todo se arregle.

—Y yo.

Marcos la acompañó a su casa en silencio. Ivonne vivía en una pequeña casita en la misma manzana que la de sus padres en Brooklyn, porque aquel barrio le encantaba y aunque gran parte de su sueldo se iba en la casa, no se arrepentía de ser independiente. Observó la casa de sus padres y miró a su amigo con miedo.

—No te achiques ahora. Enfréntate a ello. Es lo mejor.

— ¿Vienes conmigo?

—Estaré aquí por si me necesitas, pero esto debes hacerlo sola. Es algo muy íntimo para que yo esté por el medio. —dijo preocupado.

Ivonne abrazó a su amigo— Siempre estás ahí cuando te necesito.

Marcos se echó a reír— Mira quién fue a hablar. Si no fuera por ti, ya estaría muerto por las drogas.

—Va, eso lo hiciste tú solo. — le dio un beso en la mejilla y fue hacia el pequeño porche casi con miedo de lo que ocurriría a partir de ahora.

Entró en la casa donde se había criado y escuchó ruido en la cocina. Atravesó el hall y se detuvo en la puerta de la cocina donde su madre estaba fregando una olla. Ni se había enterado que había entrado en la casa, cuando le había dicho mil veces que debía cerrar la puerta, pero ella siempre le contestaba que el barrio cada vez era más seguro.

—Mamá.

Su madre gritó sorprendida dejando caer la olla en el fregadero y mojándose entera. La miró como si quisiera matarla— Menudo susto. —al ver su cara frunció el ceño y se secó las manos con el delantal— ¿Qué ocurre, hija? ¿Te han despedido con los recortes?

—No. — se sentó en una de las sillas de la cocina y dejó el sobre encima de la mesa.

Su madre se acercó preocupada —Entonces, ¿qué pasa? ¿Estás enferma?

Observó a su madre. Estaba algo más rellenita que unos años antes, pero seguía siendo muy guapa pues sus ojos azules seguían teniendo el mismo brillo de felicidad de siempre. Llevaba su pelo castaño cortado por los hombros y siempre lo tenía impecable. Había cuidado siempre su aspecto y hacía auténticos milagros para vestir muy bien con poco presupuesto. No les sobraba el dinero, pero siempre habían sido felices. ¿O era todo una mentira?

— ¿Quién es mi padre, mamá?

Su madre palideció al escucharla y se apoyó en el respaldo de la silla que tenía ante ella — ¿Cómo te has enterado?

— ¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Lo normal es que me dijeras dónde has escuchado esa locura! — Ivonne estaba empezando a enfurecerse.

—Tranquilízate. Hicimos lo que nos parecía mejor para todos.

— ¿Lo mejor para todos o para vosotros?

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas—Era muy joven. ¡No sabía lo que hacía!

— ¿Podrías empezar por el principio para que pueda enterarme yo también? — preguntó irónica — ¿Mi padre es John Martin?

—Sí. — su madre se echó a llorar—No me odies, hija. Todo aquello fue una locura y...

—Desde el principio, por favor. — el nudo que sentía en la garganta casi no la dejaba hablar.

Su madre se limpió las mejillas sentándose ante ella.

—Cuando conocí a tu padre acababa de llegar a Australia. Decían que allí había mucho trabajo y emigré para buscar una oportunidad. Tenía dieciocho años y todo era tan nuevo... Había conseguido un trabajo de niñera en una familia rica de Sydney y me iba muy bien. — la miró a los ojos arrepentida, pero Ivonne no abrió la boca impaciente por enterarse de todo— Mis señores hicieron una fiesta en el jardín de su casa y saqué a los niños para que jugaran con otros niños que allí había. Entonces le vi. —se encogió de hombros echándose a llorar— Era tan atractivo y tenía una personalidad tan arrolladora que no pude evitarlo.

—Te enamoraste de él.

—No sé si estaba enamorada. Fascinada mas bien. Es un hombre tan carismático. La gente le admiraba y se enamoró de mí. Fue imposible resistirme. Me encandiló. Antes de tres semanas estaba casada y camino al Rancho Martin. Cuando llegué fue como entrar en otro mundo, pues la vida en el rancho era muy distinta a la ciudad. No tenía nada que hacer en todo el día. Cuando él llegaba estaba cansado y a veces mostraba muy mal carácter. Hecho que a veces me intimidaba.

— ¿Te pegaba?

— ¡No! Pero cuando se enfadaba lo mejor era salir corriendo. — hizo una mueca— Entonces apareció James. —la miró a los ojos— James era distinto. Era cariñoso y divertido. No tenía el carisma de su hermano, pero...

Ivonne palideció— ¿Su hermano?

Su madre se asustó— ¡No lo pude evitar! ¡Me enamoré de James! ¡Era parecido a John y tenía todo lo que él no tenía!

—Dios mío. — asqueada se levantó de la silla horrorizada— ¡Le engañaste con su hermano!

— ¡No pude evitarlo! — su madre se echó a llorar— ¡Le amaba!

— ¡Y te llevaste a su hija de su lado!

— ¡No podía dejarte allí! ¡Soy tu madre!

— ¡Simulasteis que James era mi padre! ¡Me ocultasteis la verdad!

— ¡Cuando John se enteró de que nos íbamos, llegó a la casa y casi mata a golpes a James! ¡No podía dejarte allí!

— ¡Le traicionasteis y os llevasteis a su hija! —su madre se echó a llorar tapándose la cara— Sólo contéstame una pregunta... — su madre levantó la mirada — ¿Intentó ponerse en contacto conmigo?

Los ojos torturados de su madre le indicaron que sí— ¿Cuándo?

—Cuando se enteró de donde vivíamos, envió un abogado con intención de pedir la custodia. —a Ivonne se le cortó el aliento— Pero como en el certificado de nacimiento habían escrito J Martin no se podía demostrar que James no era tu padre. Su abogado dijo que él no tenía nada que hacer contra nuestra palabra, aunque estuviéramos casados. Durante años te envió cartas o telegramas, pero nunca te los dimos.

— ¿Por qué? — gritó desesperada.

— ¡Porque si te enterabas de lo que había pasado, nos odiarais!

Entonces Ivonne cayó en la cuenta— ¿Enviaba dinero? —su madre se sonrojó e Ivonne se llevó las manos a la cabeza— Dios mío, no te conozco.

—Queríamos formar una nueva familia. Si hubiéramos tenido hijos, queríamos que pensaras que eran tus hermanos. ¡No quería separarme de ti porque si ibas a verle, no volverías!

— ¡No me diste la oportunidad de conocerle! — gritó con los ojos llenos de lágrimas— ¡Y él nunca me conoció a mí!

—Esperaba que se volviera a casar y que tuviera otra familia para que nos olvidara.

— ¡Eso nunca ocurrió! ¡Mi padre ha muerto y no le he conocido! Su madre palideció mirándola— ¿Qué?

— ¡John ha muerto! —le gritó a la cara — ¡Nunca podré conocer a mi padre! ¡Y puede que a ti te importara una mierda, pero por mi parte se merecía una oportunidad y tú nos la has negado!

— ¡Te di otro padre! ¡Te di una familia!

—Quiero mucho a papá. —dijo desgarrada— Pero también debería haber conocido a mi auténtico padre. No quiero ni imaginar lo que sentiría durante todos estos años, traicionado por su esposa y su hermano, sin tener ningún contacto con su única hija.

Su madre no dejaba de llorar— ¡Deja de llorar! ¡Sabías que esto llegaría en algún momento! ¡La verdad siempre sale a la luz!

—Tienes razón.

Sorprendida miró a su padre observándola desde la puerta de la cocina con una caja de herramientas en la mano— ¿Cómo pudisteis?

Su padre sonrió con tristeza dejando la caja en el suelo— ¿Has oído alguna vez que el amor es egoísta? Cuando conocí a tu madre no me podía creer mi mala suerte porque John la hubiera conocido primero. —miró a su mujer con amor— La quería tanto que hubiera hecho lo que fuera con tal de estar a su lado.

— ¡Incluso traicionar a tu familia!

—Ella era mi familia. ¡Ninguno era feliz! ¿Qué iba a hacer? ¡Dejar a la mujer que amaba e irme sin ella! ¡Cuando quieres tanto a alguien, no puedes vivir si no estás a su lado! Así que hicimos lo que creíamos mejor para todos.

— ¿Y John?

— ¡No la amaba como yo! — gritó su padre acercándose a su mujer — ¡Y tampoco te quería como te quise yo en cuanto te vi por primera vez!

Les miró asombrada. Se habían mentido a sí mismos toda la vida para poder vivir con lo que habían hecho. Habían vivido con el dinero que él había enviado, pero nunca le habían dado la

oportunidad de verla. Si ni siquiera había ido a la universidad porque sus padres no podían costearla cuando su padre podía permitírselo. Aquello era una auténtica locura.

Ya no sabía qué decirles. Atónita por su comportamiento egoísta les miró como si no les conociera y realmente no les conocía si habían estado fingiendo toda su vida, ocultándole algo tan importante.

Fue hasta la puerta de la cocina y su madre chilló histérica— ¿A dónde vas?

—Voy a hacer lo que debería haber hecho hace muchos años. Voy a conocer a mi padre.

Capítulo 2

Cuando bajaron del avión en Perth, agotados fueron a recoger el equipaje casi arrastrando los pies.

—Menudo viaje. — dijo Marcos mirando distraído la cinta transportadora que todavía no estaba encendida.

—Pues todavía no hemos llegado. — sonrió mirando a su amigo y lo cogió por los hombros—Eres el mejor, ¿lo sabías?

—Claro que lo sabía.

—Me alegra un montón que hayas venido conmigo. — dijo antes de darle un beso en la mejilla —No podía enfrentarme a esto ahora.

—Claro que podías enfrentarte a esto y a cien cosas por el estilo. Eres la persona más positiva que conozco. —le sonrió con esa cara de pillo— Además viajo gratis. Esto es un chollo.

Ivonne se echó a reír y miró a su alrededor —Espero que fuera haya alguien esperándonos.

—El abogado te dijo que vendría alguien del rancho a recogernos. Es una pena que no pudiera esperarnos.

—Es comprensible. Tenías que sacar el pasaporte y no quería irme sin ti. Todavía no me puedo creer que nos hayamos despedido del trabajo.

—Ya encontraremos otra cosa. — dijo su amigo indiferente — ¿Estás nerviosa?

—Estoy hecha un flan. No sé lo que voy a encontrarme y eso siempre asusta.

Marcos se echó a reír— Miras alrededor como si un australiano fuera a lanzarse sobre ti con un machete como en Cocodrilo Dundee.

—Me alegra comprobar que el viaje no te ha quitado el sentido del humor.

—Eso nunca. Puede que dentro de unas horas me haya desinflado un poco.

La cinta comenzó a andar e impacientes esperaron sus maletas.

— ¡Ahí está la mía! — dijo Marcos sonriendo de oreja a oreja.

Cuando cogió su maleta esperaron con el ceño fruncido que saliera la de Ivonne.

— No, no. — gimió cuando no salió ninguna más. Se pasó las manos por sus rizos rubios— Mierda, esto no puede estar pasando.

—Espera. Vamos a preguntar a aquel tío que está allí.

Se acercaron a un trabajador del aeropuerto, que les indicó donde tenían que ir a reclamar su maleta. En el mostrador tardaban en atenderlos y nerviosa miró hacia la salida— Vete tú y dile al que nos espera que salgo ahora.

— ¿Estás segura?

—Como se vaya, no encontraremos el rancho en la vida. Dile que espere.

—Vale.

Su amigo fue hacia la salida a toda prisa tirando de su maleta, mientras que Ivonne esperaba empezando a cabrearse con la mujer de detrás del mostrador, que hablaba por teléfono tan despacio que parecía que estaba sedada.

— ¡Oiga! ¡Tengo prisa!

La mujer tapó el auricular y la miró indiferente —Debe esperar su turno. — y con todo el morro se volvió dándole la espalda.

Dando golpecitos con el dedo sobre el mostrador la escuchó hablar del tiempo, de cómo una amiga suya se había comprado un

vestido precioso para la boda de su exmarido, y de que esperaba que el fin de semana no le tocara trabajar porque una compañera se había puesto enferma. Ivonne entrecerró los ojos esperando que la chica estuviera de baja un mes por lo menos, para que se fastidiara.

Golpeó con los nudillos el mostrador para llamar su atención y la tía miró sobre su hombro poniendo los ojos en blanco antes de decir —Te llamo ahora. Aquí hay una mujer que no tiene modales.

Asombrada la vio colgar— Disculpe, ¿pero está en horario de trabajo?

—Pues sí. ¿Qué desea?

— ¡Mi maleta! ¡Es lo que llevo deseando desde hace más de media hora!

La mujer cogió una hoja y se la puso delante con un bolígrafo— Rellene este formulario.

— ¿No podían mirar en el avión para comprobar que no se haya quedado dentro?

La miró como si fuera estúpida— Para eso es el formulario.

Gruñó mirando la hoja y gimió al ver que le pedían la dirección de donde debían llevarle la maleta en caso de que se encontrara. ¡Tenía la carta del abogado en la maleta! Mierda, aquello cada vez iba peor. Miró a la mujer— ¿Puedo salir para preguntar la dirección donde me quedo?

—No puede salir y volver a entrar. Son normas del aeropuerto.

— ¿Y si me acompaña un policía? Mi guía está fuera y no sé la dirección a donde voy.

La mujer la miró como si fuera idiota y chasqueó la lengua antes de levantar el teléfono diciendo simplemente seguridad.

Un policía se acercó a toda prisa mirándola de arriba abajo y cuando la mujer le explicó el problema sonrió relajándose — Claro, yo la acompañaré encantado.

Aliviada correspondió a su sonrisa y fueron hacia la salida. Se encontraron a Marcos solo con su maleta ante la puerta de salida. Miró a su alrededor para ver que allí ya no quedaba nadie — ¿Y la persona que venía a buscarnos?

—Aquí no había nadie.

—Vaya, su viaje mejora por momentos. — dijo el policía mirando a su alrededor— ¿Venían en un viaje organizado? ¿Quizás puedan hablar con la agencia?

—No. Una persona del rancho de mi padre iba a venir a buscarnos.

— ¿Y no sabe la dirección del rancho de su padre?

Ivonne se sonrojó intensamente— Es una historia muy larga. — se giró hacia Marcos— No recordarás la dirección ¿verdad?

— ¿Con esos nombres tan raros? — su amigo puso cara de horror— ¿Tienes la tarjeta del abogado?

Los ojos de Ivonne brillaron — ¡Sí!

Sacó su móvil y como tenía el numero grabado llamó de inmediato sonriendo aliviada— Él sabe la dirección.

—Estupendo, pues volvamos. — el policía le dijo a Marcos — Tiene que esperar aquí.

—Sí, claro. Ivonne, te espero aquí.

—Vale, vengo ahora.

Afortunadamente el abogado respondió al teléfono y le explicó el problema. Él le dio la dirección de memoria, pero cuando le comentó que nadie había ido a buscarlos no supo qué decirle.

—Le puedo asegurar que comuniqué al rancho el día y hora de su llegada.

—Seguramente habrá una confusión. — dijo intentando no darle importancia— Buscaremos la manera de llegar allí.

—Contrate una avioneta. La llevarán hasta el rancho. No se preocupe por el dinero.

—Gracias por su ayuda.

—Si necesita cualquier cosa, póngase en contacto conmigo.

Cuando colgó el teléfono miró ansiosa a la mujer— ¿Y cuándo cree que encontrarán mi maleta?

—Pues...si le digo la verdad, no creo que la encuentren.

Miró a la tía con la boca abierta — ¿Cómo?

—Verá... si no está en el avión, cosa que no creo, se ha quedado en los Estados Unidos. —la tía se echó a reír— Sería un milagro que la maleta apareciera. — dijo como si los estadounidenses fueran unos chorizos.

— ¡Oiga, me está empezando a tocar las narices!

—Mire, un cincuenta por ciento no se encuentran. Espere y si dentro de unos días no ha aparecido, reclame su contenido. Es lo único que puede hacer.

—Muchas gracias. — gruñó antes de mirar al policía que sonreía observándolas— Gracias por ayudarme.

—Un placer, señorita.

Ivonne iba hacia la salida cuando se volvió de golpe— No sabrá el número de información, ¿verdad?

—Para información nacional cero, uno, siete, cinco.

Sonrió radiante —Gracias.

Llamó a información y la chica que la atendió le dio el número del rancho pasándola directamente. Salía por la puerta y sonrió a Marcos que pareció aliviado al verla.

—Espera, estoy llamando al rancho.

—Estupendo.

—Rancho Martin. — dijo la voz de una mujer.

—Sí...disculpe, pero...

— ¿Oiga? ¡Se oye fatal!

— ¡No cuelgue! —gritó Ivonne acercándose a la salida mirando su cobertura, pero estaba a tope. Se volvió a colocar el teléfono en la oreja— ¿Me oye?

—Dígame.

— ¡Soy Ivonne Martin! — gritó al teléfono.

— ¿Quién?

— ¡Ivonne Martin! ¿Han enviado a alguien a recogerme?

— ¿Quién es? — la voz de un hombre la sorprendió.

—Hola, soy Ivonne Martin y me preguntaba...—la línea se cortó en ese momento. Frunció el ceño mirando a Marcos— Se ha cortado.

—Vuelve a llamar. No vaya a ser que venga alguien a buscarnos y nosotros nos vayamos, cruzándonos en el camino.

Asintió y volvió a llamar a la operadora. Esta vez apuntó el número y cuando la pasaron directamente descolgó el hombre— ¡Diga!

— ¿Hola? Creo que se ha cortado. Soy Ivonne Martin y estoy en el aeropuerto.

— ¿Y? — preguntó el tío de manera agresiva.

Ivonne frunció el ceño mirando a su amigo— Me preguntaba si habían enviado a alguien a buscarnos....

— ¿Y por qué iba a enviar a alguien? A mí sólo me dijeron que venían.

—Es que el abogado nos dijo que alguien vendría a buscarnos.

—Yo no he hablado con nadie de ese tema.

— ¿Y usted es?

—Soy el capataz y tengo demasiado trabajo como para hacer de chófer. — dijo antes de colgar dejándola atónita.

—Te ha colgado.

—Sí. —susurró antes de morderse su grueso labio inferior— No han enviado a nadie.

— ¿Quién era?

—El capataz. Al parecer tiene mucho trabajo para hacer de chófer.

—Menudos humos teniendo en cuenta que eres la jefa. — dijo su amigo divertido.

—Está claro que no quieren verme por allí y lo entiendo.

— ¡No es culpa tuya lo que han hecho tus padres! No te echas la responsabilidad encima.

—Eso ellos no lo saben. No sé lo que se imaginarán, pero por su reacción no es nada bueno.

—Bueno, ahora lo que tenemos que hacer es llegar allí. Esperemos que esté cerca.

Tuvieron que subirse a otro avión que los acercara a Meekatharra, porque no tenían ni idea de cómo contratar una avioneta y de ahí se subieron a un autobús que los llevara a Landor. Desde allí tendrían que buscar alguien que los llevara al rancho que estaba a unos cincuenta kilómetros de la ciudad, según les había dicho un viajante que iba en el avión a su lado. Llevaban más de treinta y dos horas de viaje cuando llegaron a Landor. Marcos estaba hambriento y decidieron ir a comer algo porque ya no podían más.

—Dios mío...—dijo dejándose caer en el asiento de la cafetería que acababa de abrir —Cuando lleguemos voy a dormir una semana.

Ivonne ya no tenía ni energías para reírse porque de los nervios no había podido dormir en ningún momento. Además, la preocupaba mucho el recibimiento que tendrían en el rancho.

Una muchacha se acercó con una sonrisa en los labios— Buenos días.

—Buenos días. — dijo extenuada— Un litro de café y un desayuno completo, por favor.

—Lo mismo. — dijo Marcos indiferente de lo que se metería en la boca.

— ¿Venís a visitar la ciudad?

—No, vamos hacia el rancho Martin. ¿Lo conoces?

—Por aquí todos conocen a los Martin. — se volvió hacia un tipo que estaba en la barra— ¡Eh, Luke! ¡Estos señores van hacia el rancho Martin!

El hombre que debía tener sesenta años y que llevaba vaqueros y una camisa de franela levantó la vista de su taza de café— ¿De veras? — preguntó mirando a Marcos y después a Ivonne con el ceño fruncido— ¿Y qué se les ha perdido por allí?

Ivonne miró a Marcos por su tono— Soy Ivonne Martin.

La chica perdió la sonrisa y puso los brazos en jarras— Fuera.

—Perdón, ¿qué ha dicho?

— ¡Fuera de aquí! ¡No sé cómo tiene el descaro de mostrar las narices por la ciudad!

—Oiga señorita...— dijo Marcos con los ojos como platos—
¡Usted no sabe nada de nada!

—Marcos, vámonos. —dijo avergonzada.

— ¡No! No puede echarnos.

— ¡Llamaré al sheriff!

—Lissi, ¿qué pasa? — preguntó un hombre vestido de cocinero
que salía de detrás de la barra.

— ¡Es la hija de John!

El hombre la miró atónito— ¿De John Martin?

—El mismo. — dijo el tal Luke mirándola fijamente— Te pareces
a tu madre, aunque tienes el cabello de tu padre. Al menos has
heredado algo de él.

—Ha heredado mucho más. — dijo la camarera muy ofendida—
¡Qué descaro! Has venido a por la herencia, ¿verdad? ¡Él no merecía
la pena, pero su dinero sí!

Muerta de la vergüenza se levantó del asiento, pero Marcos la
cogió del brazo muy enfadado— ¡No tiene derecho a hablarle de esa
manera! ¡No sabe nada de su vida!

— ¡Será porque nunca se ha dignado a aparecer por aquí! — dijo
el cocinero ofendido— ¡Largo de mi establecimiento!

Agotada y humillada salió de la cafetería chocándose con alguien
en su prisa por salir. Al levantar la vista vio los ojos negros de un
hombre que la observaban divertidos. Era realmente guapo y muy
fuerte. Su cabello negro como la noche estaba algo alborotado y
tenía una sexy barba de dos días.

— ¿Hay fuego? — preguntó sonriendo encantadoramente.

—Perdón. —dijo ocultando las lágrimas antes de salir corriendo.

El hombre frunció el ceño y escuchó los gritos de Marcos
diciendo que no tenían derecho a meterse en la vida de nadie y que
se iba encantado de aquel apestoso sitio.

Tirando de su maleta, su amigo salió a toda prisa pasando a su
lado para ir a buscar a Ivonne, que se había sentado en un banco al
fondo de la calle. Marcos se acercó rápidamente— No les hagas
caso, Ivonne.

Ella se limpió las lágrimas— Me siento muy culpable.

Su amigo se sentó a su lado y la abrazó por los hombros —No es culpa tuya, pero es lógico que te sientas culpable. Era tu padre.

—No es justo que se haya muerto sin poder conocerle. — miró la calle— Todos pensarán lo que esa gente y con razón.

— ¿Qué más da lo que piense la gente? Tú sabes la verdad. — la besó en la sien haciéndola reír con tristeza— Y no te conocen. Cuando te conozcan, te querrán como yo.

—Disculpar.

Se volvieron hacia el hombre moreno con el que se había chocado. Ivonne se levantó de inmediato pasando las manos por sus viejos vaqueros —Perdón. No le había visto.

—No es eso. — la miró de arriba abajo con el ceño fruncido— Al parecer eres Ivonne Martin.

—Sí, ¿qué pasa? — Marcos se levantó para protegerla.

El hombre miró a Marcos como si fuera un mosquito molesto antes de volver a mirarla— Soy Keith Colbert. El capataz del rancho.

Ivonne abrió la boca sorprendida y de repente lo vio todo rojo— ¿Y acostumbra a colgar el teléfono porque sí?

El hombre se cruzó de brazos mostrando sus musculosos bíceps — Suelo hacerlo cuando ya no tengo nada que decir.

— ¡Pues es de una educación pésima!

—Que la hija de Eloisa Martin me diga a mí como debo comportarme, es lo más divertido que he oído nunca.

— ¡No hable de mi madre! — gritó ella dando un paso hacia él — ¡No la conoce!

Keith levantó una ceja— La conozco muy bien. Al menos en lo importante. —miró a Marcos que estaba cabreadísimo y divertido volvió a mirarla a ella— ¿Es tu novio?

—No es su problema. —dijo fulminándolo con la mirada.

—Sí, en eso tienes razón. Tengo que hacer unos recados, pero en unas tres horas volveremos al rancho.

— ¿Tres horas? — Marcos no se lo podía creer— ¿Sabes el viaje que hemos tenido? A Ivonne le han perdido la maleta, nadie ha ido a

buscarnos, ¿y ahora esto? Oye tío, ¿tú para quién trabajas?

—Marcos...— Ivonne cogió del brazo a su amigo que estaba a punto de explotar— Esperaremos.

—Eso decía, porque no pienso volver ahora. — dijo mirándolos como si fueran idiotas para dar un paso hacia Marcos y bajar la cabeza para mirarlo a los ojos antes de decir— A mí nadie me da órdenes. Puede que tu novia sea la dueña, pero no tiene ni puta idea de cómo llevar un rancho y yo soy quien lo dirige. No se te ocurra volver a hablarme así si no quieres llevarte un puñetazo que te ponga en tu sitio.

Marcos se puso rojo de furia, pero mantuvo la boca cerrada e Ivonne suspiró de alivio— ¿Esperamos aquí?

—Por mí hacer lo que os dé la gana. — respondió antes de volverse hacia la cafetería.

El tal Keith Colbert se sentó en la mesa donde habían estado antes y les miró por el escaparate mientras que hablaba con alguien. Ivonne se volvió hacia Marcos— Debes tener más mano izquierda. Están en contra de mí y no podemos enfrentarnos a todos. — le rogó con la mirada— Eso no nos llevará a ningún sitio.

Marcos se sentó en el banco— Perdona, sé que no debía haber dicho nada, pero es que tengo los nervios a flor de piel.

—Lo siento, estás agotado y hambriento. —miró a su alrededor y vio que había una tienda de ultramarinos— Espera, que voy a comprarte algo para desayunar.

Cruzó la calle a toda prisa y entró en la tienda comprando unos cafés y unos bollos. Vio varias camisetas que estaban bien de precio y también ropa interior. Los dos pares de vaqueros fueron algo más caros, pero aun así los compró porque no tenía más remedio. También compró un ligero camisón de hilo rosa porque no quería dormir desnuda en una casa desconocida. La pasta de dientes, un cepillo de dientes y un peine fue lo último en la lista. Esperaba tener bastante dinero en la cuenta. Estaba tirando de sus ahorros y los billetes a Australia con los extras no habían sido baratos. Marcos pensaba que su abogado le había adelantado dinero, pero no era

así. Le había mentido porque ni loca quería salir sola de los Estados Unidos para enfrentarse a todo eso.

Capítulo 3

Salió de la tienda sonriendo a Marcos que estaba en el banco a punto de dormirse cuando algo la golpeó en la frente con fuerza. Dejó caer las bolsas que llevaba levantando una mano hasta ella mientras Marcos gritaba cruzando la calle a toda prisa. Atónita tocó algo húmedo y se miró los dedos. ¡Estaba sangrando! Se tambaleó y Marcos la sujetó por el brazo antes de que cayera al suelo. La mujer de la tienda salió para ayudarla cogiéndola por el otro brazo, mientras que su capataz salía de la cafetería seguido del tal Luke y corrieron hacia ella.

— ¡La he visto! —gritó Marcos furioso — ¿Qué te han tirado? ¿Una piedra?

—No sé. —susurró mirando su mano sintiendo que la sangre corría por la frente llegando a su ceja.

—Siéntala en el suelo. —dijo Keith cogiéndola de la cintura. Sacó algo de su bolsillo trasero de su vaquero y se lo puso en la frente haciéndole daño— Es para detener la hemorragia.

—Mierda. —susurró Luke mirando a su alrededor antes de gritar — ¡Espera que te coja, Marisa!

— ¿Marisa? — sin poder creerse que una mujer le hubiera lanzado una piedra miró en su dirección para ver a una chica de

unos dieciséis años riéndose al final de la calle.

— ¿La conoce? — Marcos miró a Luke— ¡Quiero denunciarla!

—Está cabreada y se ha pasado de la raya, eso es todo. — dijo Luke enderezándose— No es mala chica.

— ¡Claro, casi le abre la cabeza!

Keith acucillado ante Ivonne la cogió con la mano libre por la nuca para levantarle la cara — ¿Te mareas?

—No, sólo ha sido la sorpresa. — susurró mirando sus ojos negros— ¿Es mucho?

Levantó el pañuelo y apretó los labios— Creo que necesitas puntos.

—Sí que los necesita. — dijo Luke rascándose la cabeza.

—Dios. — cerró los ojos porque no podía más. Todo lo que había pasado los últimos días le estaba pasando factura.

— ¡No te desmayes! — le ordenó Keith cuando se escuchó la sirena del coche del sheriff que se detuvo ante ellos.

Un hombre mayor bajó del coche— ¿Qué ha pasado?

—Le han tirado una piedra. ¡Una tal Marisa! — gritó Marcos fuera de sí— ¿Qué coño le pasa a esta ciudad?

El sheriff levantó una ceja, pero después le ignoró agachándose junto a Keith— ¿Cómo se encuentra, señorita?

—Necesita puntos. Me la llevo con el doctor Dunning. —Keith pasó su brazo bajo su espalda y antes de darse cuenta la había subido en brazos —Ivonne, sujeta el pañuelo.

—Puedo andar. —dijo levantando el brazo para hacer lo que le pedía.

—Deja que te lleve, cielo. — dijo la mujer de la tienda mirándola preocupada—Ha sido un buen golpe.

La camarera y el cocinero también estaban en la acera de enfrente observándola con el ceño fruncido.

—Bien, los demás contarme qué ha pasado. —dijo el sheriff sacando un block de notas del bolsillo superior de la camisa.

—Marcos. — se volvió para mirar a su amigo que estaba cogiendo las bolsas.

—Estoy contigo. Tranquila. No me separaré de ti.

Keith apretó las mandíbulas yendo hacia una camioneta gris que estaba en aparcada en la calle — ¡Luke!

—Sí, jefe.

—Vete a recoger el pedido de la ferretería y después vuelve al Rancho a encargarte de todo.

—Hecho.

Luke salió corriendo en dirección contraria e Ivonne dijo— Tienes cosas que hacer y...

—Luke, se encarga. — respondió molesto.

Marcos tiraba de su maleta en la parte de atrás de la camioneta y la camarera abrió la puerta sorprendiéndola —Gracias. — susurró sin poder mirarla a la cara mientras Keith la sentaba en el asiento de cuero negro.

Cuando su amigo se sentó a su lado, la cogió de la mano— ¿Estás bien?

—Sí. — forzó una sonrisa— No es nada.

Keith se subió a la camioneta y la arrancó mirándolos de reojo— Enseguida llegamos. Está aquí al lado.

Ivonne apretó la mano de Marcos, rogándole con la mirada que no dijera nada. Su amigo, que no estaba acostumbrado a morderse la lengua, la miró enfurruñado y ella sonrió con tristeza.

Cuando llegaron ante lo que parecía una clínica, Marcos abrió la puerta saltando de la camioneta y extendiendo la mano para sacarla. Keith rodeó la camioneta a toda prisa, pero Marcos la cogió por la cintura mirándolo con odio. Keith apretó los labios y dijo fríamente— Es por aquí.

Siguieron a Keith y como Ivonne se imaginaba era una pequeña clínica. Una mujer tras el mostrador levantó la cabeza sonriendo y en cuanto la vio, salió a toda prisa del mostrador cogiendo una silla de ruedas.

—Siéntela aquí. —dijo la preciosa rubia. Marcos la miraba con la boca abierta porque era cierto que la chica era una muñequita con

un cabello rubio muy claro y una melena lisa larguísima que estaba recogida en una coleta — ¿Cómo se encuentra?

—Bien. Sólo ha sido el susto.

La enfermera miró de reojo a Marcos que las seguía —Deberá quedarse en la sala de espera.

—Ni de broma pienso dejarla sola. Además...

Keith lo cogió por el cuello de la camiseta tirando de él hasta la sala de espera —¡Eh, tú!

— ¡Quédate ahí! —le sentó en una silla y salió de la sala de espera entrando en la consulta donde el doctor había sentado a Ivonne en una camilla.

Ella miró tras él— ¿Y Marcos?

—Esperando en donde le han dicho. — dijo acercándose— ¿Cómo va eso, Dunning?

El doctor que tenía más o menos la edad de su capataz hizo una mueca— ¿Quién ha sido el cafre que le ha tirado una piedra?

—Marisa Voglin.

— ¿Está loca? ¡Podía haberle sacado un ojo o darle en la sien y matarla en el acto! ¡Esa chica necesita una lección!

Keith miró a Ivonne que hizo un gesto de dolor cuando el doctor le tocó la herida para limpiársela y preguntó— ¿Te duele?

—Enseguida te pongo algo que adormecerá la zona. Así que eres la hija de John. —Ivonne miró hacia arriba sin darse cuenta y vio que el doctor sonreía colocándole bien la cabeza— No te muevas.

—Perdón.

— ¿Eres la hija de John Martin? — preguntó la enfermera acercando al doctor una bandeja.

—Sí. —susurró apretándose las manos.

—Vaya, la hija prodiga ha vuelto. — dijo él doctor divertido— Tu padre te adoraba, ¿sabes?

— ¿Qué? —intentó mirar al doctor, pero algo le tiró de la piel— ¡Ah!

— ¡No te muevas! — Keith la cogió por la barbilla colocándola bien y mirándola furioso.

—Si no me conocía. — susurró atónita.

—Bueno, eso es cierto. Pero no significa que no te adorara. Siempre hablaba de cuando eras un bebé. El bebé más hermoso de Australia.

—Es cierto. —dijo la enfermera sonriendo— Los ojos azules más bonitos que hayas visto. Y tenía razón. Son preciosos.

Se sintió fatal al escuchar esas cosas y se mordió el labio inferior agachando la mirada —No te muevas. — dijo Keith levantándole la barbilla forzando a que le mirara a los ojos.

—Así que vivías en Nueva York. —dijo el doctor continuando con su trabajo.

—Sí, en Brooklyn. —frunció el ceño porque el doctor hablaba en pasado.

— ¿Y qué has estudiado?

—No he podido ir a la universidad. No lo podía pagar.

Keith entrecerró los ojos— Perdona, ¿qué has dicho?

—Que no lo podía pagar. Aunque da igual. Nunca he sido buena estudiante.

—Vaya, qué interesante. — dijo Keith llevándoselo los demonios —Porque tu madre le dijo a tu padre que necesitaba cuarenta mil dólares para la matrícula.

—No...—negó con la cabeza— No pudo decirle eso.

—Esto ya está. Has tenido suerte y casi no te quedará cicatriz.

—Gracias, doctor— dijo bajándose de la camilla. Estaba agotada y se notaba en sus movimientos que eran muy lentos — ¿Le pago a usted?

—Regalo de la casa. — dijo el hombre mirándola preocupado — ¿Te duele la cabeza?

—No. Es que ha sido un viaje realmente horrible. — dijo intentando sonreír.

—Pues descansa y si te duele la cabeza, que Keith me avise de inmediato.

—Sí, Dunning. Te avisaré. — la cogió del brazo y la ayudó a salir de la consulta.

Marcos se había quedado dormido en la silla de plástico, con la boca abierta y la babilla corriéndole por la barbilla.

— Menuda resistencia la de tu novio. —dijo Keith divertido.

—Está muy cansado. —miró de reojo a la enfermera que sonreía divertida— Lleva muchas horas sin dormir y no es mi novio. ¡Es mi mejor amigo!

Se acercó a Marcos y le tocó el hombro suavemente sobresaltándolo— ¡Ivonne! —sonrió mirándole y él le miró la frente— ¿Ya está?

—Sí, vamos.

Como si fuera un niño le cogió de la mano y él se dejó llevar, pero cuando vio a la enfermera se enderezó espabilando de golpe— Por cierto, soy Marcos Ramírez.

—Anne Hill.

—Es todo un placer. Por cierto ¿tienes novio? —preguntó mostrando sus dientes blancos en una enorme sonrisa.

La chica soltó una risita negando con la cabeza.

—Vamos, rompecorazones. — dijo Keith exasperado cogiendo a Ivonne del brazo para sacarla de la consulta.

La enfermera fue corriendo hacia el mostrador y escribió algo en un papel que le tendió a Marcos que la miraba embobado — Mi teléfono, por si quieres salir a dar una vuelta.

Marcos se golpeó el pecho como si le hubiera lanzado una flecha al corazón e Ivonne se echó a reír. Siempre se llevaba a todas las chicas de calle.

—Increíble. — siseó Keith abriendo la puerta de su camioneta.

— ¿Qué es increíble? Marcos es muy divertido y muy guapo con ese aire latino. Vuelve loca a las chicas.

— ¡Pues cuando se entere el padre de esta chica en particular, vamos a tener problemas!

Parpadeó sin entender lo que quería decir, pero simplemente miró a su amigo subir a la camioneta encantado de la vida— Me he enamorado.

Ivonne se echó a reír mientras que Keith gruñía arrancando la camioneta. Marcos no dejaba de hablar de Anne, de sus ojos, de su boca, de lo guapa que era y que parecía buena gente.

— Sí que lo parece. —dijo ella distraída mirando a Keith que entrecerraba los ojos siguiendo la carretera. Marcos siguió parlotteando un rato, pero al final se quedó dormido.

Sin embargo, ella no podía dormir impaciente por ver el rancho de su padre.

Salieron de la carretera general y entraron en un camino de tierra. Keith la miró de reojo apretando el volante.

— ¿No piensas preguntar nada?

—Llevo más de cuarenta horas sin dormir. Creo que voy a esperar a hacer preguntas a que me funcione el cerebro.

— ¿Te duele la cabeza?

— ¿Aparte de la pedrada, quieres decir? — preguntó divertida.

—Sí.

—Si te digo la verdad más bien está como congestionada.

—Sobre lo de la universidad...

—Ahora no quiero hablar de eso. — susurró porque lo que se estaba imaginando le ponía los pelos de punta.

Cuando llegó el momento de solicitar la universidad, ella sabía de sobra que no podría ir. Además, sus padres habían pedido un crédito para el negocio de reparación de su padre, pues tuvo que comprar una furgoneta nueva y muchas herramientas, así que ni se planteó pedir ayuda en casa. Simplemente cuando terminó el instituto, se puso a trabajar. Ahora tenía que enfrentarse a la realidad. Que puede que el dinero de su auténtico padre hubiera ido a parar al negocio de su falso padre y eso le revolvía las tripas. No quería ni pensar en ello.

Suspiró mirando el paisaje antes de susurrar— Hay mucha vegetación. Pensaba que Australia era desierto.

—Este es un país de contrastes y es cierto que hay desierto, pero el norte de Australia es muy fértil. Y tenemos algunas de las playas

más hermosas del mundo.

— ¿Queda mucho para llegar? — sus párpados empezaban a pesar por el traqueteo del camino.

—De hecho...

En ese momento subieron una ligera loma y ante sus ojos apareció un valle inmenso. Frenó lentamente y a Ivonne se le abrió la boca de la sorpresa al ver una enorme casa de madera blanca de estilo romántico francés rodeada de un jardín. En la parte trasera de la casa había lo que parecía un garaje enorme o un granero también pintado en blanco, pero lo que realmente la impresionó fue que estaba rodeada de prados verdes hasta el infinito. Fue amor a primera vista y el corazón de Ivonne saltó porque realmente se dio cuenta de que había llegado a casa.

Keith la miraba de reojo— ¿No tienes nada que decir?

Ivonne le miró a los ojos y sonrió —No sé montar a caballo.

Su capataz chasqueó la lengua antes de acelerar —Está claro que no te funciona el cerebro.

—Pues no. Me guío por instinto en este momento.

— ¿Y qué te dice el instinto de la casa?

—Que es hermosa. — susurró sin dejar de mirarla mientras se acercaban.

—Si te hubieras molestado en venir hasta aquí, ya la conocerías. —dijo molesto— Y ya sabrías montar a caballo y muchas otras cosas. ¡Es increíble! Eres la dueña de uno de los mejores ranchos de Australia y no sabes diferenciar un macho de una hembra.

Ivonne se sonrojó intensamente porque no le faltaba razón, pero aun así levantó la barbilla — ¿Y para qué te tengo a ti?

Keith la miró asombrado— ¡Mira niñata, tú no me tienes a mí! — se sonrojó aún más— ¡Si me he quedado, ha sido por el respeto que le tenía a John, pero te aviso desde ya que me voy en una semana! ¡Así que ya te puedes poner a buscar capataz!

— ¡No puedes hacer eso! — gritó indignada despertando de golpe a Marcos — ¿Qué voy a hacer sin ti?

—Ese no es mi problema. — siseó apretando el volante con fuerza— ¡Ya puedes ponerte las pilas!

Aquello era lo que le faltaba y miró a Marcos que negó con la cabeza para indicarle que no insistiera. Pero lo que la dejó de piedra fue que cuando llegaron a la casa, una mujer que debía tener unos sesenta años, vestida con un vestido de florecitas azules y zapatos negros de cordones, esperaba con las maletas en el porche cruzada de brazos. Otra que abandonaba el barco. Estaba claro que se quedaría sin personal en nada de tiempo. Todos la irían abandonando y mas aún cuando supieran que no tenía ni idea de ranchos. No se podía creer que sus padres le hubieran hecho aquello, cuando tenían que saber que algún día heredaría ese rancho. Y si algo le pasó por la cabeza es que no lo vendería. Desde el momento que había visto la casa, supo que su lugar estaba allí.

Keith detuvo la camioneta ante la casa y se bajó a toda prisa al igual de Marcos.

— Libi, ¿qué haces? —preguntó su capataz acercándose al porche cruzando el jardín.

—Me voy. — levantó la barbilla —No pienso quedarme con ella aquí.

Esas palabras dolieron a Ivonne, que descendió de la camioneta lentamente. La mujer la miró demostrando que no la quería allí e Ivonne susurró a Marcos— ¿Puedes cogerme las bolsas?

—Claro.

Ivonne se acercó al porche y pasó ante Keith subiendo los cuatro escalones, deteniéndose ante la mujer. También se cruzó de brazos y la miró a los ojos, que le sorprendieron por ser de un color ambarino precioso— Así que quiere irse.

— ¡Pues sí! Y no podrá detenerme. Puedo hacer lo que quiera.

—Desde luego este es un país libre. Nunca se me ocurriría intentar convencerla de que se quedara. Es decisión suya abandonar la casa. ¿Se le debe algo? —la mujer le miró la frente mientras negaba con la cabeza — Keith la acercará a donde quiera ir. Gracias por todo.

Pasó ante ella y alargó la mano para coger el asa de la mosquitera, que abrió lentamente. Era la primera vez que entraba en su casa y no dejaría que nada se lo estropeará. Entró en el hall lentamente con Marcos tras ella, que también miraba a su alrededor asombrado llevando la maleta y las bolsas.

—Vaya...— susurró su amigo mirando un cuadro que había en la pared.

Era un retrato de un hombre con dos hijos que debían tener unos veinte años. Al ver su pelo rubio y su expresión, jadeó llevándose una mano al pecho sin darse cuenta que Keith y Libi la observaban.

— ¡Son gemelos! — chilló histérica acercándose al cuadro mientras sentía que su corazón se retorció. Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas — ¡Gemelos!

—Ivonne...— su amigo asustado por su expresión se acercó a ella —Tranquilízate.

— ¿Qué me tranquilice? —sus ojos azules brillaban de furia y miró el cuadro de nuevo— ¡Esto no se lo perdonaré nunca!

—No digas eso. No sabes...

Ivonne se volvió furiosa y vio a Keith con la mujer en la puerta— ¡Ustedes no se iban! —gritó fuera de sí— ¡Pues largo de mi casa!

—Ivonne... —Marcos intentó cogerla del brazo cuando volviéndose hacia las escaleras, Ivonne gritó desgarrada al ver sobre una mesilla una foto suya con quince años con el vestido blanco que llevó a la fiesta del instituto, enmarcada en un precioso porta fotos de plata. Sonreía a la cámara acariciando la banda morada donde ponía reina del baile. Esa sonrisa fue lo último que vio antes de caer desplomada en el suelo.

Suspiró al sentir algo fresco en su frente y abrió los ojos lentamente. La mujer que había visto antes le pasaba una toalla mojada por la cara —Pobrecita, estás acalorada. Pero te pondrás bien enseguida.

— ¿No se iba? — susurró llevando la mano a la frente.

— ¿Y dejarla tirada en el suelo? Soy cristiana. —dijo indignada para después sonreír con tristeza.

—No tiene que molestarse. — cogió la toalla de su mano y forzó una sonrisa—Gracias por ayudarme.

La mujer sonrió—Eres orgullosa. Igual que tu padre.

—No sé cómo era mi padre. — dijo perdiendo la sonrisa totalmente.

Miró a su alrededor y se dio cuenta que estaba en una habitación enorme tumbada en la cama. Al ver una foto suya sobre la mesilla de noche, cerró los ojos sintiéndose muy culpable. No sabía por qué, pero se sentía culpable.

Se sentó sobre la cama y la mujer se levantó. Al ver que estaban solas entrecerró los ojos— ¿Dónde está Marcos? Él no me dejaría sola.

—Está con Keith.

Saltó de la cama y salió de la habitación. Escuchó murmullos dos habitaciones más allá e Ivonne fue hasta allí casi corriendo sin darse cuenta de que estaba descalza. Cuando vio a su amigo abriendo la maleta mientras hablaba con Keith escuchó decir— Fue una sorpresa enterarse de...

— ¡Marcos!

Su amigo se volvió sorprendido— ¿Estás mejor?

Keith apoyado en el aparador se enderezó al ver como lo fulminaba con los ojos—Ya hemos llamado al doctor Dunning y estará al llegar.

— ¡Estoy bien! — miró a su amigo furiosa— ¿De qué hablabais?

—De nada.

Su amigo se sonrojó y se dio cuenta que estaban hablando de ella. Eso la enfureció. Ella no quería dar explicaciones a nadie sobre lo que había pasado. ¿De qué servirían cuando de todas maneras ya tenían un culpable? Ella.

—Pues de eso tienes que hablar. ¡De nada! — dijo antes de salir dando un portazo.

Libi la miraba mordiéndose el labio inferior— ¡Keith! ¡Libi no sé qué, te está esperando para irse! — atravesó el pasillo y volvió a entrar en la habitación de su padre antes de cerrar de otro portazo.

— ¡Smith! — dijo la mujer en voz alta al otro lado de la puerta.

Sin importarle en absoluto se quitó la camiseta rosa que llevaba y los vaqueros, metiéndose en la cama. Cerró los ojos intentando olvidarse de todo, pero se volvió a abrir la puerta.

Miró sobre su hombro para ver como Keith la cerraba después de pasar— ¿Qué haces?

—Así que estás mejor.

—Estoy muy bien, gracias.

—Me alegro. — se acercó a la cama y ella se tapó bien con las sábanas— Me parece que Libi...

— ¡Ya te he dicho que puedes llevarla si quiere!

—Es que creo que se quiere quedar.

Ella frunció el ceño— ¿Por qué?

— ¿Por qué no se lo preguntas tú? —preguntó molesto pasándose una mano por su pelo negro.

De lo alterados que tenía los nervios, ni se dio cuenta que apartaba las sábanas mostrando su ropa interior rosa y salió de la cama pasando ante él, que sorprendido se la comió con los ojos de arriba abajo. Abrió la puerta de su habitación y vio a Libi en el pasillo apretándose las manos — ¿Qué pasa? ¿Ahora te quieres quedar?

Libi se sonrojó intensamente mirándola con los ojos como platos — Si puedo...

— ¡Al parecer los australianos no hacen más que cambiar de opinión! — exclamó entrando en su habitación. Entonces recordó algo y volvió a salir— ¿Podrías traerme algo de comer?

— ¡Y a mí! — gritó Marcos desde su habitación.

— ¡A Ivonne le llevaré algo en una bandeja porque está delicada, pero a ti no te pasa nada en las piernas! ¡Así que vete a la cocina!

—Joder, qué carácter. — dijo Marcos saliendo de la habitación y mirando a su amiga — ¿Qué haces en pelotas?

Ivonne miró hacia abajo y jadeó tapándose con las manos — ¡No mires! — gritó caminando hacia atrás chocándose con Keith — ¡No miréis!

Keith levantó una ceja antes de decir divertido— Marcos, cierra los ojos.

—Sí, claro. Será listo el tío.

Chilló exasperada entrando en la habitación y cerrando de golpe. Gimieando se tapó la cara con las manos cuando llamaron a la puerta — ¿Si?

—Tenemos que hablar.

La voz de Keith al otro lado de la puerta la hizo correr hasta la cama y taparse hasta el cuello— Pasa.

Keith parecía estar a punto de reírse y ella entrecerró los ojos. Vale que no estaba muy lúcida, pero se daba cuenta de cuando se reían de ella — ¿No puede esperar hasta dentro de una semana, que será cuando salga del coma?

—Pues me da que no. Porque si recuerdas lo que te he dicho antes, me voy en una semana.

Suspiró dejándose caer en las almohadas— ¿Tú no cambiarás de opinión?

Keith entrecerró los ojos— Depende de lo que ofrezcas.

— ¿Es que te ofrecen más dinero u otra cosa en otro sitio?

—Tengo apalabrado un terreno.

Ella se apoyó en sus codos mirándolo intensamente con sus ojos azules— ¿Cuánto tiempo llevabas trabajando para mi padre?

—Nací aquí.

—Así que te vas por mí, porque esta es tu casa.

Keith se tensó— No creo que no llevemos bien.

—Así que da igual lo que te ofrezca porque en realidad no te vas a quedar.

—Yo no he dicho eso.

—Muy bien. — se sentó en la cama porque ya no podía más— ¿Qué quieres?

—La mitad del negocio.

Le miró atónita. No tenía ni idea de lo que valía aquello, pero no estaba loca como para regalarlo a un tío que no sabía si era capaz de llevar el rancho— Todavía no has demostrado lo que vales y me parece pedir demasiado, ¿no crees?

Keith sonrió cruzándose de brazos— Lo llevo demostrando años, preciosa.

—A mí no. — respondió intentando no ponerse colorada por el piropo.

—Ivonne, con lo que sabes de ranchos creo que no te lo demostraré nunca.

—Puede que no sepa nada de ranchos, pero sé de números. — sonrió de oreja a oreja. —Muéstrame la pasta y puede que me lo piense. — se tumbó de costado suspirando.

—Ivonne...

Abrió un ojo y gimió antes de volverse. Keith parecía que se lo estaba pasando en grande— ¿Recuerdas que no has comido?

Frunció el ceño y confusa pensó en ello. Suspiró al recordar que acababa de pedir algo de comer y se volvió a sentar en la cama.

Llamaron a la puerta y Keith fue a abrir. Ella forzó los párpados para intentar mantenerlos abiertos. El doctor entró en la habitación sonriendo— Al parecer te has desmayado.

—Se puso algo nerviosa al entrar en la casa. — dijo Keith colocándose a los pies de la cama y cruzándose de brazos.

—Vamos a ver esa tensión. —dejó el maletín sobre la cama a su lado y lo abrió.

Libi entró en la habitación con una bandeja y a Ivonne le rugió el estómago al ver el inmenso desayuno —Tu amigo está desayunando abajo.

El médico le cogió el brazo mientras Libi le ponía la bandeja en el otro lado de la cama —Gracias, Libi. — susurró alargando la mano para coger un trozo de beicon.

—Ah, ah.

Miró al médico que negó con la cabeza— Libi, llévate el café.

— ¿Qué pasa? — preguntó Keith muy serio.

—Tiene la tensión muy alta. — frunció el ceño— ¿Te ha ocurrido antes?

Se encogió de hombros viendo como Libi cogía la jarrita de café preocupada.

—Ivonne, responde la pregunta.

—Le pasó en el instituto una vez. — dijo Marcos tras ellos —Le empezó a doler la cabeza y el dolor le duró unos días. Un día se despertó y le hormigueaba el lado derecho de la cara. Al parecer era una consecuencia del dolor de cabeza.

—Sí, puede ocurrir después de una cefalea. — dijo el doctor mirándola muy serio— ¿Tenías la tensión alta?

—Sí, pero no me volvió a pasar. Me hicieron después un seguimiento y estaba bien.

— ¿En esa época ocurrió algo que te alterara o te pusiera nerviosa?

—El profesor de francés la odiaba y pensaba que iba a suspender. Estaba de los nervios pensando que no se graduaría con los demás.

— ¿Por qué no le hacen las preguntas a Marcos? — pregunto tumbándose agotada.

—Ivonne...— la voz de Keith la hizo gemir.

—Déjame o te despido.

El médico se echó a reír. —Sí, dejémosla dormir. Puede que el estrés del viaje le haya provocado la subida de tensión, además de todo lo que rodea al viaje. De todas maneras, Libi se la tomará dos veces al día.

—Sí, doctor. — dijo preocupada mirando a Ivonne que se había quedado frita sin desayunar — ¿Necesita dieta especial?

—Que no tome excitantes y nada de estrés. Quiero estabilizarla para comprobar si es un caso aislado.

— ¿Y si no lo es? — preguntaron Marcos y Keith a la vez.

—Si no lo es, tendrá que medicarse. Tener la tensión alta es un riesgo. Esperaré unos minutos y volveré a tomarle la tensión.

Marcos, Keith y Libi la miraron preocupados hasta que Marcos susurró— Es que no ha pegado ojo en todo el camino. Es eso.

El doctor se sentó a su lado. Ivonne ni se enteró. Le cogió la muñeca para controlar el pulso y después de varios minutos en silencio volvió a tomarle la tensión.

—Le ha bajado un poco.

— Eso es bueno, ¿no? —preguntó Keith viéndole guardar el tensiómetro.

—Sí. Dejémosla dormir. En un par de horas Libi la controlará de nuevo.

— ¿Crees que puede haber heredado el problema cardiaco de John?

— ¿Qué problema cardiaco? — Marcos se asustó.

—Su padre murió de un infarto. — dijo el doctor muy serio —No adelantemos los acontecimientos. Simplemente le ha subido la tensión. Puede pasarle a cualquiera en una situación de estrés y dijiste que se había puesto nerviosa cuando entró en la casa. De hecho, se desmayó. Tenemos que esperar y si mañana no está bien, entonces le haré unas pruebas.

—Bien. — dijo Libi cogiendo la bandeja para salir de la habitación.

Capítulo 4

Tres horas después Libi cogía el brazo de Ivonne que se había destapado de calor. Le tomó la tensión mientras Keith la observaba desde la puerta — Pobrecita, está agotada. —susurró la mujer mirando sobre su hombro a Keith.

Él apretó los labios viéndola bombear la goma. Cuando miró la tensión sonrió— Es normal. Catorce, siete.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí.

Recogió el aparato y se levantó cogiendo la sábana para cubrirla, pero Ivonne protestó pasando la pierna por encima de la sábana, girándose y mostrándoles el trasero. Libi soltó una risita.

— Igualita que su padre.

— ¿De veras? —Libi se sonrojó— ¿Por qué nunca os casasteis?

—Él nunca me amó.

Keith la miró sorprendido— ¿Pero qué dices?

—Estuvo enamorado de su mujer hasta el día de su muerte. Yo lo sabía y lo acepté por tener la oportunidad de estar con él. Además, yo era mayor que John. Nos hacíamos compañía, eso es todo. Aquí se necesita de vez en cuando un abrazo...—miró con pena a Ivonne

— A veces lloraba como un niño por lo que había perdido por su mala cabeza.

— ¿Ahora es culpa suya?

—La entendí, ¿sabes?

Keith se tensó— Le traicionó con su hermano. No hay excusa para eso.

—Tú eras muy pequeño y no te acordarás, pero James la hacía reír. John sólo la reñía por no saber hacer nada. La adoraba, pero sus quejas le volvían loco. James la comprendía y...

— ¡Se lo quitaron todo! — dijo levantando la voz haciendo que Ivonne se sobresaltara antes de tumbarse boca abajo abrazando la almohada.

—Salgamos fuera.

Libi cerró la puerta tras ellos y le miró a los ojos— Tú no vivías aquí entonces. Vivías con tus padres en la ciudad porque tu madre ya estaba enferma. ¡No sabes lo que pasaba!

— ¡Sé lo que él me contó!

— ¿Qué querías que hiciera, Eloisa? ¿Vivir con un hombre que no quería, cuando tenía al amor de su vida dos puertas más allá? ¿Sabes cuánto tiempo se resistieron? ¡Año y medio! ¡Hasta que John se enteró y por poca mata a James a golpes!

— ¿Pues qué quieres que te diga? ¡Si me pasa a mí, estaría bajo tierra!

Libi apretó los labios— Por eso huyeron llevándose a la niña. Porque sabían que nunca lo aceptaría y no les dejaría en paz. Entendía a John, pero también entendí a Eloisa. Lo que no llegué a comprender nunca, fue porque no dejaba venir a la niña.

—Porque es una cabrona sin sentimientos.

—Yo creo que estaba aterrada.

— ¿De qué?

Le miró a los ojos— ¿La has visto? ¿Has visto como miraba la casa? Como si la sintiera.

—No digas tonterías.

—Te lo digo en serio. ¡Está ligada a ella y se matará antes de perderla! Lo he visto en sus ojos.

—Tú y tus visiones.

—Por eso se puso así cuando vio el cuadro de su padre. Porque sabía que su sitio era este y se lo habían quitado. Su madre lo sabía. ¡Sabía que si venía aquí, ya no volvería a su lado! ¡Que John no la dejaría volver!

Keith frunció el ceño recordando— Una vez me dijo algo que...

— ¿El qué?

—Estábamos trabajando y le pregunté porque nunca iba a Nueva York a verla. Sabía que estaba deseándolo, pero me dijo que ella volvería a casa. Que su sangre corría por sus venas y esa sangre la haría volver donde debería estar, pues era su destino.

Libi sonrió— Ha vuelto a casa.

—Te apuesto lo que quieras a que en seis meses vende el rancho.

—Y yo te apuesto que en cinco años su familia vivirá aquí y tendrá tres niños.

—Esperemos que sean chicas. — dijo irónico.

—Que gracioso. Eso no volvería a pasar.

— ¿Tú crees?

—No. Porque ella no lo consentiría. James siempre envidió a John por tener el rancho. Cualquier otro hombre se hubiera ido renunciando al amor, pero él en el fondo quiso hacerle daño a John. Y lo consiguió. Vaya si lo consiguió.

— ¿Crees que ella no sabía nada como ha dicho su amigo?

—Sí, y me parece lo más horrible que se le puede hacer a un hijo. Negarle sus raíces. Lo que es suyo por derecho.

—Creo que no le daban el dinero que enviaba John.

Libi jadeó llevándose una mano al pecho— ¡No puede ser!

—No fue a la universidad porque no tenían dinero. — Keith suspiró pasándose la mano por el pelo.

—Dios mío, Keith. ¿Te das cuenta que han vivido de ella toda la vida? ¡Les enviaba el dinero para que le escribieran las malditas

cartas y era todo mentira! — Libi estaba horrorizada — ¡Cuatro líneas y eran mentira! ¡Así que no se graduó en empresariales!

Keith negó con la cabeza —Ya me extrañaba a mí que no enviaran la foto de su graduación en la Universidad. Creía que era porque no había terminado la carrera, pero ni siquiera la empezó.

—Dios mío. ¡No tiene ninguna preparación y tiene uno de los ranchos más importantes de Australia! ¿Qué va a hacer? —preguntó Libi asustada.

Keith se dio la vuelta para bajar las escaleras— No tengo ni idea, pero me voy a trabajar que he perdido casi todo el día. Luke debe estar de los nervios. ¿A que ahora no te parecerá tan raro que venda el rancho?

— ¡No tiene gracia! ¡Tienes que ayudarla!

Él se volvió lentamente— Ni hablar. Si quiere que me quede, tiene que hacerme socio.

— ¿Te vas a aprovechar de esta situación?

— ¿Y no se aprovecharía ella de mis conocimientos? Si quiere que me quede, tendrá que hacerme socio porque tengo las tierras de los Wilcox esperando a que las compre.

— ¡Este rancho es tu casa!

—Sí, ya lo he visto. — dijo irónico— ¡Llevo trabajando para John desde los quince años y no me ha dejado nada, cuando me ha dicho mil veces que era como un hijo para él! ¡Desde que murió mi padre me trató como a un hijo y me ha dejado en la calle!

Libi le miró con pena— Seguro que no esperaba morir tan joven.

—Tuvo veinte años para arreglarlo. Lo que pasa es que no quiso. Hace cinco años tuve la oportunidad de poner un rancho por mi cuenta e hizo todo lo posible para impedírmelo. Esto se acabó. O me hace socio o me largo en una semana. — salió al porche y ella le siguió.

— ¡Keith! —bajó los escalones ignorándola— ¡Tengo la solución perfecta!

— ¡No quiero oírla!

— ¿Y si te casas con ella?

Keith se volvió lentamente — ¿Qué dices, mujer? ¿Estás loca?

— ¡Serás el dueño del rancho! ¡No sé qué tiene de locura! ¡Además es preciosa! — Libi sonrió cruzándose de brazos— Imagínate que te hace socio y que en un año conoce a otro hombre. ¿Te gustaría que otro hombre metiera las narices en el rancho? — Keith frunció el ceño — ¿Y que otro hombre la toque? ¡Sé que te gusta!

— ¡Estás loca! — se volvió para seguir caminando furioso.

— ¡Sí, ya! — gritó Libi sonriendo de oreja a oreja.

Alguien la tocó en el hombro y gruñó girándose— ¡Levántate, Ivonne! Llevas dormida catorce horas.

Abrió los ojos y se giró de golpe para ver a Keith mirándola con el ceño fruncido — ¿Qué?

— Son las cinco de la mañana. Hora de levantarse.

No se lo podía creer. ¿Las cinco de la mañana? Libi entró en la habitación y sonriendo se acercó a ella— Buenos días, dormilona.

La vio cogerle el brazo y ponerle el velcro del tensiómetro— ¿Qué haces?

— Controlar tu tensión. — dijo hinchando la bomba.

— ¿Estoy enferma?

— Shusss.

Confundida miró a Keith, que las observaba con los ojos entrecerrados. Esa mañana llevaba una camiseta gris con unos vaqueros desgastados. ¿Estaba más cachas que el día anterior? Eso era imposible. Suspiró pensando qué habría debajo de esa camiseta.

— Está bien. — dijo Libi sonriendo encantada.

— Ya sé que estoy bien. ¿Qué pasa?

— Tenías la tensión alta antes de dormirte. ¿No recuerdas al doctor?

Recordaba al médico y haber hablado con Keith — Ah, ya. Así que estoy bien.

— De todas maneras, te controlaré unos días para decírselo al médico. — dijo Libi antes de salir de la habitación.

Keith tomó aire—Bien, como estás en forma, levántate que nos vamos.

— ¿A dónde vamos? — se arrastró fuera de la cama y miró a su alrededor.

—Ivonne. El baño está detrás de ti.

—Estoy algo espesa. Eso es todo. — dijo entrando en el baño y gritar al mirarse en el espejo y ver que estaba casi desnuda.

— ¿Qué pasa? — Keith entró en el baño a toda prisa.

— ¡Sal del baño! — gritó tapándose con una toalla.

— ¿Ya estamos otra vez? — preguntó divertido.

— ¡Sal!

—Tienes diez minutos para bajar a desayunar.

— ¡Largo!

Keith salió del baño riéndose y ella gimió tapándose la cara de la vergüenza. Se había paseado en pelotas ante él. ¡Y el día anterior también! ¿Qué demonios le pasaba?

—Tranquila Iv, es el cansancio. Pero ahora ya estás bien. Lista y despejada.

Alargó la mano hacia el grifo de la ducha cuando vio una araña enorme en un azulejo blanco ante ella. Gritó desquiciada tirándose hacia la puerta del baño, encontrándose con Keith al otro lado, que la cogió por la cintura reteniéndola mientras ella seguía gritando del asco.

— ¡Una araña! — gritó fuera de sí mientras Marcos entraba en la habitación en calzoncillos y el pelo revuelto.

Keith la cogió por los brazos— ¡Ivonne, cálmate! Respira. — Ivonne respiró mirando sus ojos —Eso, respira profundamente.

—Joder, que drama por una araña. — dijo Marcos pasando a su lado para entrar en el baño— ¡Hostia! ¡Es una tarántula por lo menos!

Keith miró hacia el baño y soltándola entró en él mientras ella se retorció las manos. Al mirar el suelo se dio cuenta que estaba descalza y gimiendo saltó a la cama mirando debajo de las sábanas,

tocándolas con asco. Marcos y Keith salieron del baño y la vieron dando saltitos sobre la cama levantando la almohada.

—Dios mío. Esto no puede estar pasando. — dijo Keith sin poder creérselo.

— ¿La habéis matado?

—Era enorme, tía. ¿Sería venenosa?

— ¿La habéis matado? — chilló histérica.

—Sí. — respondieron los dos a la vez.

Más tranquila hundió los hombros dejándose caer en la cama sentada al estilo indio —Menos mal.

—Marcos, ¿por qué no vas a vestirte? — dijo Keith acercándose y cubriéndola con la sábana.

—Sí, claro. — hizo una mueca mirando hacia Ivonne que negó con la cabeza para que no se fuera.

Cuando les dejó solos, ella se sintió avergonzada por su comportamiento y bajó la vista.

— ¡Mírame! —levantó la barbilla lentamente y él la señaló con el dedo muy enfadado— Eres de ciudad, ese es un defecto que no se puede arreglar en dos días. —Ivonne jadeó asombrada— ¡Pero no es aceptable, que por una araña de nada te pongas como una loca!

— ¡Era enorme!

— ¡Estás en un país que hay cientos de especies que no has visto en tu vida! ¿Qué vas a hacer cuando veas una serpiente? ¿Dar saltitos? ¡Hay especies que te pueden matar de un mordisco!

Ivonne se mordió el interior de la mejilla — ¡O te espabilas o ya puedes ir vendiendo el rancho, porque estarás rodeada de animales todo el maldito día!

Furioso fue hasta la puerta y salió dando el portazo que ella se esperaba.

Se arrastró fuera de la cama, sintiéndose como una idiota, pero no pudo evitar ducharse mirando a su alrededor y sobresaltándose cuando veía una sombra.

Bajó a desayunar vestida con unos vaqueros nuevos, que se le ajustaban al cuerpo y una camiseta blanca de tirantes encima de su sencilla ropa de interior blanca. Como no tenía otra cosa, se puso las deportivas del día anterior y se recogió sus rizos rubios en una cola de caballo. Llevaba la ropa sucia en la mano y al entrar en la cocina vio que Marcos y Keith ya estaban desayunando.

—Libi, ¿dónde pongo la ropa sucia?

Libi sonrió— Cariño, puedes dejarla en el baño y yo la recogeré. No te preocupes.

—Puedo hacerlo yo.

—Luego haré la cama y...

—Ya la he hecho.

Keith movió la silla que estaba a su lado y ella se sentó en cuanto Libi le cogió las ropas de las manos. Se sirvió unas tostadas, pero cuando iba a coger el beicon, Keith se lo cogió del plato dejándolo en la bandeja de nuevo.

— ¿Qué haces?

—Nada de beicon. Hasta que el doc no diga que tienes bien el tema de la tensión, no comerás cosas demasiado grasas.

Libi le puso ante ella un yogurt con cereales integrales. Miró a Marcos con la boca abierta, que se sirvió con todo el morro cinco lonchas de beicon. Asombrada preguntó— ¿Cereales integrales?

—Tu padre los comía.

Ivonne se puso en tensión— ¿Estaba enfermo?

—Murió de un infarto, cariño. — dijo Libi mirándola con pena.

—Ah. ¿Estaba mal del corazón?

—En realidad le atropelló un toro, pero no resistió la intervención. Le dio un infarto en quirófano y murió sobre la mesa de operaciones.

— ¿No le mató el toro? — Marcos alucinaba.

—No y eso que le metió tres cornadas. — dijo Keith con orgullo— Pero no le resistió el corazón. —fulminó a Ivonne con la mirada— Así que ya sabes, a comer sano.

— ¡Entonces le mataron las cornadas! ¡Si el toro no le hubiera corneado, no le habría dado el infarto!

—Pero la conclusión es que le dio un infarto. ¡Da igual la causa! Nada de beicon. —Ivonne entrecerró los ojos y alargó la mano cogiendo dos lonchas con la mano. Hizo una bola con ellas y se la acercó a la boca— Ni hablar.

—Cariño, no hagas eso. — dijo Libi divertida.

Se la metió en la boca y empezó a masticar retando a Keith en la mirada — Muy bien. Haré las maletas y marcharé hoy mismo.

Ivonne abrió la boca tirando el beicon en el plato al lado del yogurt y Keith sonrió satisfecho —Veo que lo vas entendiendo.

Ella gruñó cogiendo la cuchara para meterla en el yogurt. Comió una cucharada y no le extrañaba que su padre se hubiera ido al otro barrio si desayunaba eso todos los días. Aquellos cereales sabían a cartón. Para tragar, bebía zumo de naranja porque se habían acordado de no ponerle un café.

—El médico dijo que no necesitaba dieta. — dijo Marcos cuando ya se había comido todo el beicon.

Ivonne lo fulminó con la mirada— ¿Ah, sí?

—Sí.

— ¡Podías haberlo dicho antes! — cogió el cuchillo untándolo en la mantequilla.

Keith le quitó el cuchillo casi sin darse cuenta— Lo siento, pero hasta que no nos aseguremos, harás lo que yo te diga.

— ¿Qué tengo que hacer para comer normal?

Él levantó una ceja— Cuando aprendas a llevar el rancho podrás hacer lo que te venga en gana. O cédeme el cincuenta por ciento del rancho.

—Más quisieras. — cogió el vaso de zumo y se lo bebió entero.

— ¿Te das cuenta que si te vas al otro barrio este rancho lo heredaría tu madre? Eso es algo que no voy a consentir.

Ivonne palideció al escucharle y lentamente dejó el vaso sobre la mesa— Os veo fuera. Voy a tomar el aire.

Keith apretó los labios viéndola salir a toda prisa.

—Serás gilipollas. — dijo Marcos queriendo matarle.

—Te has pasado, Keith. ¡Discúlpate ahora mismo!

— ¿Por qué? Sí es la verdad.

— ¿Puedes dejarla respirar un poco? — Marcos se levantó furioso

— Es la mejor persona que conozco, ¿sabes? ¡Y enterarte que tu familia te ha mentado toda la vida, no es fácil! ¡Descubrir que tienes un padre en el otro lado del mundo y que no has podido conocerle por el egoísmo de tu familia, es algo muy duro de digerir!

—La defiendes demasiado, ¿no crees?

— ¿Sabes por qué la defiendo? ¡Porque es la única persona que ha estado a mi lado toda su vida! ¡Incluso cuando me dejé llevar por malas compañías y me metí en las drogas, ella estuvo a mi lado! ¡Y porque un día que me estaban pegando una paliza, se metió en medio con dieciséis años y le rompieron un brazo! ¡Y por mil cosas más que no te pienso contar, porque no son problema tuyo!

Salió de la cocina furioso.

—Igualita que su padre. — dijo Libi satisfecha.

—A ver si al final voy a tener que casarme con ella.

Mientras tanto Marcos se acercaba a Ivonne, que estaba sentada en los escalones del porche. Se sentó a su lado y la cogió por los hombros.

— ¿Estás bien?

—No sé cómo sentirme. Cada vez que pienso en mis padres me siento fatal. Como si por un lado les estuviera traicionando y por otro lado me siento mal por no haberle conocido.

—Está claro que ellos se han comportado fatal. No debes sentirte culpable por sentirte así con respecto a John. Es lógico que quisieras conocerle y siento que te hayas enterado tan tarde.

Ella sonrió y Marcos le besó en la sien. La puerta se abrió y ellos se volvieron.

Keith tomó aire como si fueran una auténtica molestia —Bueno, vamos allá. Yo iré a caballo, vosotros en el cuatro por cuatro. Conducirás tú, Ivonne. Así me aseguraré que te aprendes el camino hasta los barracones.

Ivonne se sonrojó intensamente— No tengo carnet.

Keith la miró como si fuera una extraterrestre y se pasó una mano por el pelo— Vale, no sabes ni montar a caballo, ni conducir y por supuesto no sabes llevar ni un avión, ni un helicóptero.

— ¿Tienes helicóptero? — preguntó Marcos alucinado.

— ¡No, yo no tengo helicóptero, pero ella tiene dos!

Ivonne se puso como un tomate y Marcos se echó a reír golpeándola en la espalda haciendo que casi cayera hacia delante— Coño, lo siento. —dijo su amigo sujetándola del brazo —Ha sido la emoción.

—Pues contrólate un poco. —dijo Keith mirándolo como si quisiera cargárselo.

Keith se acercó cogiéndola de la muñeca como si fuera una niña y bajaron los escalones. Marcos los seguía divertido.

—Atenta. —dijo Keith cuando llegaron a lo que era mitad establo y mitad garaje. En realidad, eran dos espacios independientes en un solo edificio. Entraron en el de la derecha y Marcos abrió los ojos como platos al ver un Mercedes, un Porsche y varias camionetas. Eso por no hablar de los quads y las motos— Aquí están todos los vehículos de la familia.

— ¿De quién es el Porsche? — preguntó Marcos acercándose al coche gris.

— ¡Mío! ¡Ni se te ocurra!

— ¿El Mercedes era de John? — preguntó su amigo entusiasmado.

Ella miró el coche blanco e hizo una mueca. Keith tiró de ella hasta una camioneta cochambrosa— Esta será tu camioneta, pero sólo para la finca. No puedes salir del rancho sin carnet.

—Bien.

—Aquí se conduce por la izquierda.

—Eso ya lo sé.

Keith abrió la puerta del conductor— Sube.

Ella lo hizo y él le pasó el brazo por delante mostrándole la palanca al lado del volante —No es de marchas, así que sólo es

adelante y atrás.

Harta encendió el motor y levantó la ceja — ¿Subes o vas a caballo? —preguntó dando marcha atrás.

— ¿Sabes conducir?

— ¡Te he dicho que no tengo carnet, no que no supiera conducir!

—La enseñé yo hace años. — dijo Marcos subiéndose a la camioneta.

Keith gruñó cerrando la puerta — No le habrás enseñado a pilotar, ¿verdad?

— ¡No! —gritó su amigo riéndose. Le vio salir del garaje por el espejo retrovisor— Parece que le has dado una sorpresa.

—Cree que soy idiota. — dijo sacando la camioneta.

—Es que desde que te conoce sólo has montado numeritos.

— ¡Yo no he montado numeritos! — dijo indignada pisando el acelerador sin fijarse en el retrovisor. El golpe los dejó mirándose con los ojos como platos — ¡Mierda! ¡Mierda!

Salió del coche para ver que había empotrado el parachoques de la camioneta en la esquina del Porche — ¡Mierda! ¡Mierda!

Se echó las manos a la cabeza porque le había roto no sólo los faros, sino que la puerta del portaequipajes se había desencajado.

—Te va a matar. Sube y disimula. Saca la camioneta y hazte la loca hasta que lo vea.

Ivonne corrió hasta la camioneta y Marcos hizo lo mismo— La que no monta numeritos.

— ¡Cállate! —gritó de los nervios —Dios, ¿cómo puedo tener tan mala suerte?

— ¡Siempre te he dicho que tengas cuidado con los puntos ciegos! —Ivonne le miró como si quisiera matarle— Vale, me callo.

—Me va a matar. — dijo deteniendo la camioneta a la salida.

—Entre la pedrada, el desmayo, la araña y el regalo que le has dejado en el coche, va a pensar que estás algo de los nervios. Así que relájate y disfruta de tu herencia. Joder, eres rica. ¿Por qué estás tan agobiada?

— ¡No lo sé! ¡Igual no tener ni idea de lo que voy a hacer con la Ponderosa Australiana tiene algo que ver! ¡Y que un macizo que al parecer dirige mi rancho, amenace con dejarme en la estacada en cualquier momento! Y que...

—Vale. —Marcos se echó a reír— Macizo, ¿eh?

—Joder, está buenísimo. No quiero ni imaginar como está en pelotas, porque me volverá a subir la tensión y me tendrá comiendo esa mierda de cereales el resto de mi vida. Y tiene un culito que debería ser delito tipificado en el código penal.

—Gracias.

Se volvió queriendo que se la tragase la tierra para verle casi a su lado. Fulminó con la mirada a Marcos porque tenía que haberle visto llegar— Ya hablaremos tú y yo.

La carcajada de Marcos hizo sonreír a Keith sobre el caballo mientras se ponía a su altura.

Ivonne carraspeó y miró hacia él sonriendo — ¿Nos vamos? — le recordaba a John Wayne en no sé qué película. ¿De dónde había sacado ese sombrero?

Él vio lo que miraba —Aquí pega mucho el sol. No saldrás de casa sin sombrero nunca, ¿me oyes?

—Sí, papá.

—Hablo en serio.

—Sí, pa...

Keith levantó una ceja interrumpiéndola— Sígueme.

Capítulo 5

Le siguieron en la camioneta y Marcos dijo con admiración cuando empezó a cabalgar — Es un auténtico vaquero.

—Sí...— se mordió el labio inferior siguiéndole a una distancia prudencial. Ya la había cagado bastante —Madre mía. En qué lío me he metido.

— ¿Qué lío? Si no te gusta esto, lo vendes y punto.

—Lo vendo, ¿eh? ¡Como si hubiera compradores de ranchos australianos a tiro de piedra! ¡No tengo ni idea de cuantos kilómetros o hectáreas o pasos tiene esto, pero me da que no es pequeño!

—Vale, igual no es fácil de vender.

—Y no sólo eso. ¡Aquí hay ganado! Si no se cuida, se muere, ¿sabes? ¡Y si se van los hombres, se morirán porque no habrá quien los cuide, porque yo no tengo ni idea de cómo es una puñetera res! Por cierto, amigo. ¿Sabes dónde tengo que vender el ganado? ¿A cuánto se vende?

—Tía, en qué marrón te has metido.

Le miró como si quisiera matarlo y decidió cerrar la boca hasta llegar porque se estaba poniendo de los nervios. Después de unos

minutos dijo— Quizás debería asociarme con Keith. Vale más tener el cincuenta, que quedarme sin nada.

— ¿Por qué no te casas con él? — preguntó su amigo con una sonrisa de oreja a oreja —Sería perfecto, a ti te gusta y así te aseguras de que su cincuenta por ciento no caiga en manos de alguna zorra avariciosa.

Le miró como si estuviera mal de la cabeza. ¡Si no podía ni verla porque pensaba que había pasado de su padre! Aunque no era mala idea. Sería un matrimonio de conveniencia. Socios al cincuenta por ciento y lo heredarían sus hijos. Sólo pensar en hacer hijos con él, le subía la temperatura. ¿Pero en qué estaba pensando? ¡Ni siquiera sabía si estaba casado ya! Mierda, ¿estaría casado? Eso sería una faena. Se mordió el labio inferior viendo su espalda y en cómo se movían sus músculos bajo la camiseta. Suspiró pensando en quitarle la camiseta.

Marcos se echó a reír—¿No es un poco temprano para tener pensamientos pecaminosos?

—Pensamientos pecaminosos los que tuviste tú con Anne.

Su amigo sonrió de oreja a oreja — He soñado con ella.

—Serás guarro.

—Fue un sueño romántico.

—Sí, seguro.

Marcos se echó a reír a carcajadas, pero escucharon un sonido y su amigo miró al cielo acercándose a la luna delantera— ¿Qué es eso? ¿Un avión?

El sonido cada vez era mayor y nerviosa miró alrededor de la camioneta —No tengo ni idea. Suena como si temblara el suelo.

A ambos les cayó la mandíbula al cuello cuando vieron una nube de polvo encima de la manada de reses más grande que verían en su vida. Detuvo la camioneta lentamente e Ivonne miró de un lado a otro lentamente mientras observaba a al menos a sesenta vaqueros sobre sus caballos controlando a la manada, que no tenía ni idea de donde terminaba.

— ¡Hostia, tía! — dijo Marcos algo asustado— ¡Cásate con Keith antes de que pida el setenta!

Ella asintió vehementemente apretando el volante totalmente acojonada por lo que veía.

Estaba claro que ella no podía encargarse de ese trabajo. ¡Si ni siquiera montaba a caballo!

Vio como Keith decía algo por una radio que tenía en el costado del vaquero e Ivonne puso en marcha la camioneta no acercándose demasiado. La detuvo y vio que a su derecha, a unos kilómetros, había unos barracones — Ahí deben dormir los hombres.

—Ahora eres la jefa. — se echó a reír—Si te viera el señor Peters.

—Querrás decir si nos viera, porque tú no te mueves de aquí.

— ¿Me estás dando trabajo?

Le miró divertida— ¿Sabes montar a caballo?

—No puede ser tan difícil.

—Vamos allá.

Bajaron de la camioneta y se acercaron a Keith que seguía sobre su caballo mientras continuaba hablando por radio. La vio llegar de reojo y apartó la radio antes de silbar. Uno de los vaqueros se acercó a toda prisa —Donald. Ella es la nueva jefa. Ivonne Martin.

El joven vaquero la miró muy serio llevándose una mano al sombrero— Señorita.

—Y él es su mejor amigo. Marcos. Vamos a enseñarles esto. — miró a su amigo— Sube con él.

— ¿En el caballo?

Donald disimuló una risa, pero Ivonne no —Vaya cara que has puesto.

—Muy graciosa. —dijo levantando la barbilla y yendo hacia Donald que le tendió una mano.

Ivonne casi se parte de la risa mientras le veía intentar subir al caballo. Donald tuvo que bajar para ayudarle a subir, para después subirse él. Marcos suspiró de alivio como si hubiera subido el Everest.

—Vamos, Ivonne.

Se volvió hacia Keith que extendió la mano y le miró con horror haciendo reír a Marcos — ¿Ahí? ¿Contigo?

—Vamos, tenemos que irnos. —dijo empezando a perder la paciencia.

Gimiendo al ver lo grande que era el caballo de cerca cogió su mano, pero él la soltó —No, acércate.

Se acercó a su pierna y él se agachó cogiéndola de la cintura y sentándola ante él como si no pensara nada —Pasa la pierna al otro lado.

Apoyándose en su espalda se sentó a horcajadas. Keith cogiendo las riendas con la derecha cogió la radio antes de gritar— ¡Adelante!

Fue impresionante como los vaqueros comenzaron a avanzar y la inmensa manada se movió a su ritmo.

— ¡Vaya! — se volvió sonriendo para verle la cara— ¿A dónde vamos?

—A unos pastos del norte. Va a llover en unos días y no quiero que se dispersen.

— ¿Va a llover? — miró el cielo totalmente despejado — ¿Lo ha dicho el hombre del tiempo?

—Lo a dicho Beni y para mí como si lo hubiera dicho el Papa. — dijo señalando a un hombre al otro lado de la manada.

— ¿Es aborigen?

— ¿Sabes algo de los aborígenes? —preguntó divertido.

—He visto Australia. La película.

Keith rió a carcajadas y ella se volvió con una sonrisa, aunque pensó que cuando viera su coche no se reiría demasiado. Quizás debería proponerle matrimonio antes de volver a casa.

Miró al frente y se sujetó en su brazo porque se desestabilizó. Keith al cogió por la cintura pasando su mano por su vientre para pegarla a él. ¡Dios, qué bien se sentía!

— ¿Qué te parece? — pregunto él en su oído provocándole que si interior se calentara.

—Uhhh. — carraspeó antes de continuar— Impresionante. Realmente impresionante.

— ¿Crees que podrás con el trabajo?

— ¡Por supuesto!

Keith se echó a reír y ella volvió la cabeza fulminándole con la mirada— No ahora, claro.

—Claro.

—Pero en un año seré la mejor vaquera del contorno.

—Lo llevas en la sangre. No lo dudo.

—Pero mientras tanto...

— ¿Sí? —la miró a los ojos divertido.

—Mientras tanto necesito alguien que se encargue de todo.

—Buena suerte. — miró a su alrededor y sacó la radio— ¡Luke! ¡A la derecha!

— ¿Cómo que buena suerte?

—Sí, porque me voy en una semana.

—Dijiste que si...— él levantó una ceja— ¿No querías el cincuenta por ciento?

La miró con desconfianza— ¿Te vas a asociar conmigo?

—Sí, pero...

— ¿Hay un pero?

—Sí. Como decía...

Keith se quitó el sombrero poniéndoselo sobre la cabeza. Le llevaba casi hasta las cejas— No, gracias. Me molesta en la herida.

—Pues te fastidias. ¡Tenías que haber cogido uno de la camioneta! —le miró indignada, pero Keith casi se echa a reír— ¿Qué decías sobre mi cincuenta por ciento?

—Decía que.... — mierda, ¿cómo se lo iba a explicar? — Verás, es que...

—Menos mal que tenemos todo el día.

Frustrada miró al frente. Tenía que ser práctica. No tenía ni idea de lo que había que hacer y él era un experto. No quería perder el rancho, pues era lo único que conservaba de su padre, así que debía coger el toro por los cuernos y decírselo.

Se volvió mirándole muy seria —Sé que te parecerá una tontería, pero quiero que mis hijos hereden el rancho de su abuelo.

—Puedo entenderlo. Si yo tuviera un rancho así, me encantaría que lo heredaran mis hijos.

—Ya, pero si te doy el cincuenta por ciento ya no lo heredarán mis hijos.

—Creo que no me has entendido. Hablo del cincuenta por ciento de los beneficios. — Keith abrió los ojos como platos— ¿Me ibas a dar el cincuenta por ciento de todo?

—Oh... el cincuenta por ciento de los beneficios. —sonrió de oreja a oreja— ¡Eso es estupendo!

— ¿Qué ibas a decir?

—Nada.

Se volvió mirando al frente suspirando de alivio porque su propiedad no se tocaría. Sólo tenía que darle la mitad de lo que ganaran. Sonrió de oreja a oreja.

—Ivonne...

— ¿Sí? —preguntó sin volverse.

— ¿A qué venía el tema de los hijos?

—Oh, era un comentario. Pero me alegro de haberlo aclarado. — hizo una mueca mirando al frente esperando que lo dejara.

— ¿Y si hubiera pedido el cincuenta de todo?

Ella se volvió fulminándolo con la mirada— ¡Ahora no puedes cambiar de opinión! Hemos hecho un trato.

— ¿Ah, sí?

—Sí. Te quedas por el cincuenta por ciento. Ya está.

Keith miró al horizonte poniéndola de los nervios— No sé. ¿Y si no ganamos nada? El cincuenta por ciento de nada es nada.

— ¡Entonces serás un capataz pésimo y te daré una patada en el culo!

—Esto son negocios, nena. Vamos a ver. Si voy a perder mi juventud aquí, me he dado cuenta que necesito algo más.

— ¿El qué? ¿Mi primer hijo? — preguntó irónica mirándole a los ojos.

—No es mala idea.

Lo dijo tan serio que Ivonne se quedó sin aliento mirando sus ojos negros — ¿Qué?

—No voy a trabajar para ti cuando puedo trabajar en mi propio rancho para dejarles a mis hijos un futuro. —la traspasó con la mirada— Pero si son nuestros hijos...

— ¿Qué?

Que fuera lo mismo que había pensado ella no tenía nada que ver, porque dicho de sus labios aquello era tan emocionante y excitante que la dejaba sin palabras.

—El trato es el cincuenta por ciento de todo. Iremos a medias como un matrimonio normal. Y serán nuestros hijos los que hereden todo.

Ivonne si poder dejar de mirar sus ojos negros sintió que su sangre corría a toda velocidad por sus venas. Nunca en su vida se había sentido más viva — ¿Quieres tener hijos conmigo?

—Quiero que nos casemos y que tengamos un par de mocosos.

— ¿Y si no nos soportamos?

—En la cama no nos irá mal. — dijo cortándole la respiración —Y si no nos soportamos, el rancho es grande. Casi ni nos veremos.

— ¿Y si te enamoras de otra y me dejas?

—De todas maneras, nuestros hijos lo heredan todo. — la traspasó por la mirada—Pero eso no va a pasar porque yo no soy James Martin. La pregunta es. ¿Eres tú como tu madre?

Ivonne entrecerró los ojos y antes de darse cuenta de lo que hacía, le pegó un puñetazo en la nariz que al tomarle de sorpresa soltó las riendas para taparse la cara y se deslizó hacia atrás, cayendo sobre el polvo de espaldas. Ivonne gimió sentada sobre el caballo, que seguía caminando sin inmutarse por la falta de su dueño.

— ¡Ivonne! — gritó él sentándose en el suelo mirándola como si quisiera matarla.

— ¿Estás bien? — gritó desgañitada porque el ruido era atronador.

Abrió los ojos como platos al ver tras él dos reses que se habían desviado del grupo. Seguramente por su culpa.

— ¡Cuidado! — gritó señalando a su espalda.

Luke montado a caballo, se acercó a galope obligando a las reses a meterse en el grupo, mientras Keith se levantaba a toda prisa. Aliviada sonrió cuando vio como Luke se acercaba a su capataz que estaba furioso. Nerviosa miró hacia delante y susurró— Vale, hay que dar la vuelta caballito. —cogió las riendas del caballo con suavidad y las movió suavemente hacia la izquierda. El caballo se detuvo y volvió la cabeza hacia atrás— ¡No! ¡Da la vuelta! — volvió a tirar ligeramente y el caballo relinchó — ¡Vamos, no me fastidies! ¡Tenemos que recoger a Keith! — tiró más fuerte elevando las riendas sin querer y el caballo volvió a relinchar levantando las patas delanteras. Ivonne gritó asustada soltando las riendas y cogiéndose a su cuello cerró los ojos con fuerza —Por favor, por favor. No me mates. —le suplicó al caballo que se quedó quieto. Sonrió de alivio y gritó cuando sintió que se movía la silla. Al ver a Keith subiéndose al caballo tras ella casi grita de alegría, pero la cara de Keith indicaba que debía mantener la boca cerrada.

Él cogió las riendas rodeando su cintura y le susurró al oído— Ya hablaremos tú y yo cuando lleguemos a casa.

— ¡Me has provocado!

— ¡Me has pegado un puñetazo en la nariz! —le gritó a la cara.

Ivonne le miró la nariz que estaba ligeramente sonrojada— No te sangra. Está bien. —y sorprendiéndolo se acercó para darle un beso en la punta de la nariz —¿A que ahora está mejor?

La miraba como si le hubieran salido cuernos y rabo —Tú no estás bien de la cabeza.

— ¡Te lo merecías! Reconócelo. No te metas con mi madre. — dijo mirándole a los ojos— ¡Puede que haya metido la pata, pero es mi madre! Si yo me metiera con la tuya, te dolería.

—Mi madre murió cuando era pequeño y era una santa.

Ivonne entrecerró los ojos— Estás siendo muy terco. —enfadada miró hacia delante dispuesta a no hablar con él, pero le empezaba a

doler el trasero. ¿Cuánto tiempo más estarían a caballo? Bueno, daba igual. No pensaba quejarse y mucho menos delante de Keith.

—Sobre lo de antes...No me has contestado.

—Nunca haría lo que hizo mi madre. ¿Estás contento?

—No era esa la pregunta. — la sujetó por la cintura pegándola a su pecho.

Un disparo se oyó en la parte de atrás de la manada y Keith gritó a Luke tensándose tras ella.

— ¡Sujétate Ivonne! —gritó lanzándose a galope.

Asombrada vio que la manada salía en estampida y se agarró a las crines del caballo mientras ellos corrían en paralelo. Muerta de miedo miró a su derecha para ver que otros vaqueros hacían lo mismo. Dios mío, ¿qué estaban haciendo? ¿No debían quitarse del medio?

Vio que la manada empezaba a dispersarse y Luke bastante adelantado de ellos levantaba una pistola para disparar al aire, provocando que la manada se girara hacia la derecha.

— ¿Keith? — gritó al ver que una de las reses se pegaba a su costado presionando su pierna.

— ¡Tranquila, nena! —dijo apretando su cintura —¡Ya se están deteniendo!

Poco a poco fueron deteniéndose y ella soltó ligeramente las crines enderezando la espalda mientras Keith sacaba la radio gritando por ella— ¡Luke! ¡Encuentra al que ha disparado y dale el finiquito! ¡Ese gilipollas podía haber matado a alguien!

Ivonne miró a su alrededor buscando a Marcos, pero no le veía por ningún sitio. El terror la invadió porque no veía a Donald — Keith, ¿dónde está Marcos?

Keith volvió el caballo de un lado a otro, mirando a sus hombres con los ojos entrecerrados. Le habló a la radio — ¡Donald, responde! —Ivonne buscaba a su alrededor muerta de miedo, pero entre el polvo y lo grande que era la manada era imposible encontrarlos— ¡Donald, responde!

—Ay, Dios. — dijo apretando el brazo que sujetaba las riendas.

—Tranquila, igual se ha alejado al ir dos a caballo. Donald es un vaquero experimentado. Querría ponerle a salvo.

¿Eso que quería decir? ¿Qué a ella le dieran por el saco? Porque ellos no se habían alejado —Tú eres experimentado, ¿verdad?

Keith entrecerró los ojos— ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Como nosotros nos hemos metido en medio de dos mil reses que van a toda leche.... Acabas de decir que Donald es experimentado y se alejaría al ir dos en el caballo. ¿Por qué me has metido a mí entre ellas? — le gritó a la cara.

Él levantó una ceja— Pues la verdad no lo sé. — al ver su cara de indignación se echó a reír a carcajadas.

— ¡Eres idiota!

Keith la cogió por la nuca atrapando sus labios. Ella con los ojos como platos abrió la boca sorprendida y él aprovechó para entrar en ella saboreándola. La soltó de golpe y en lugar de darle una explicación cogió la radio diciendo — Localizar a Donald.

—Está al final de la manada. —dijo una voz por radio —Su compañero se ha caído del caballo y se ha hecho daño en un tobillo. Ya viene el jeep a recogerle para llevarle al médico.

—Que Donald le acompañe.

—Quiero ir. — dijo preocupada.

Keith negó con la cabeza diciendo por radio— Cuando salgan del médico que lo lleve a la casa.

—Sí, jefe.

Enganchó la radio en el vaquero — ¡Quiero ir!

— ¡En este momento no puedes moverte de aquí!

— ¿Por qué?

—Porque eres la jefa y no puedes irte del trabajo por el tobillo torcido de tu amiguito. Vas a ver como llevamos las reses hasta los prados y después volverás a casa.

— ¡El jefe eres tú!

Keith sonrió— Eso es cierto, está bien que lo reconozcas.

— ¡Quiero ir con Marcos!

— ¡No! — la cogió por la barbilla— Es hora que asumas tus responsabilidades. Si los chicos no te respetan, no te harán caso.

— ¿Para qué te tengo a ti?

— ¿Y si enfermo o si me rompo una pierna? — Ivonne palideció— ¿Y si me cornea un toro?

—No digas eso.

— ¡Tienes que estar preparada para todo!

Sus ojos se llenaron de lágrimas de frustración— Yo no sé hacer nada.

Apretó sus dedos alrededor de su barbilla—Eres hija de tu padre y vas a aprender. Lo llevas en la sangre. —la besó con fuerza poniendo su vello de punta y susurró contra sus labios— Ahora quiero que estés atenta, ¿me oyes?

—Sí. —dijo mirándole atontada.

—Nena, mira hacia delante.

—Oh, sí. —se volvió sintiendo que su corazón iba a cien por hora y cuando él le cogió la muñeca la apartó sonrojándose— ¿Qué haces?

—No quiero que te estreses. ¿Te encuentras bien? ¿No te habrá subido la tensión con la estampida?

¿Con la estampida? ¡La estampida no había sido nada en comparación a su beso! — ¡Estoy bien!

—Si te encuentras mal, me lo dices.

Capítulo 6

Las dos horas siguientes casi no hablaron. El calor empezó a apretar e Ivonne estaba sedienta. Además, ya no sentía el trasero. Lo mejor de aquel trabajo, era que tenía a Keith tras ella. Era más consciente de él que de lo que ocurría a su alrededor.

—Ya hemos llegado. — dijo él con la voz ronca.

— ¿Sí? ¿A dónde?

Allí no había nada especial o al menos eso creía porque solo había prados— ¿Por qué las hemos traído aquí?

—Porque si llueve mucho la zona no se inundará.

— ¿Hay inundaciones?

—Aquí cuando llueve es impredecible. Otra cosa que debes aprender. Nunca te quedes en una zona que no sepas que está elevada cuando empieza a llover con fuerza. Una riada podría arrastrarte.

—Cada vez lo pones mejor. — dijo divertida.

—De todas maneras, no quiero que salgas de casa sola. Siempre irás acompañada por si te ocurre algo.

— ¿Si me ocurre algo?

—Pueden pasarte mil cosas y hasta que te encontrara tardaría horas. Eso si te encuentro.

—Repito, cada vez lo pones mejor.

Keith se echó a reír y casi se le tira al cuello cuando vio ante ella una cantimplora. La vio beber ansiosa— Si tenías sed, ¿por qué no has pedido agua?

—Por lo mismo que no te he dicho que no siento el trasero. Por no molestar.

Keith hizo una mueca— ¿No sientes el trasero? Novata.

—Sí, novata sin sensibilidad en las nalgas y en parte de las piernas. — siguió bebiendo y se atragantó cuando la mano de Keith le acarició el trasero apretándoselo.

—Parece que eso lo has sentido. — dijo divertido volviendo a hacerlo.

—Pues sí. —le tendió la cantimplora y él se la cogió divertido soltándole la nalga. Afortunadamente.

—Bien, hora de volver a casa.

— ¿Las dejamos aquí? ¿Solás? — preguntó asombrada.

—Pues sí. Mis chicos vendrán todos los días y las vigilaré por aire. Además, tenemos que trasladar a tres rebaños más a otros sitios.

Asombrada miró la enorme cantidad de animales que tenía ante sí. ¡Y tenía más! Aquello estaba totalmente fuera de su alcance. Al menos que en los próximos cinco años aprendiera lo que Keith había aprendido en toda su vida.

—Keith...

—Mmm— cogió la radio y gritó— ¿Qué hacen esos dos idiotas?

Ella se giró hacia donde miraba y abrió los ojos como platos al ver a dos vaqueros pegándose de puñetazos. ¡Encima del caballo!

Luke se reía al otro lado de la línea antes de contestar— Al parecer Cris le ha robado la chica a Joss.

Keith entrecerró los ojos —Acaba con eso o quedan despedidos. No quiero problemas entre los vaqueros.

—Ok, jefe.

Ella observó como Luke se acercaba a ellos, cogía a uno por la camisa tirándolo al suelo, acabando con la disputa.

— ¿Crees que porque les digas que dejen de discutir se van a llevar mejor?

—Al menos no lo harán delante de mí. —respondió divertido— ¿Lo hubieras hecho de otra manera?

—Hubiera despedido al que le robó la novia. No te puedes fiar de alguien que traiciona a un compañero.

—Interesante conclusión.

Se sonrojó porque se dio cuenta de lo que había dicho y seguro que lo había trasladado a la relación de sus padres. Avergonzada susurró —Sobre lo de antes...

— ¿Qué parte? Ha sido una mañana de lo más interesante.

¿Se estaba riendo de ella? Miró hacia atrás para comprobarlo — La parte de los niños y esas cosas.

—Ah. ¿Eso significa que te quieres casar conmigo?

—No, eres tú el que se quiere casar conmigo. — dijo molesta —Y quedarse con mi cincuenta por ciento. ¡Para ti es un chollo!

—Es el precio que tienes que pagar por tener este culito tan mono a tu lado.

Se puso como un tomate —En serio, no te soporto.

Keith se echó a reír. Varios vaqueros les miraron sonriendo y ella se sonrojó aún más.

—Estás llamando la atención. — siseó forzando una sonrisa.

—No, nena. Aquí quien llama la atención eres tú. A mí me han visto millones de veces.

Eso la incomodó todavía más y permaneció callada para no llamar la atención. Después de unos minutos Keith susurró— ¿Bueno y...?

— ¿Y qué?

— ¿Te vas a casar conmigo o no?

—Claro. No tengo nada mejor que hacer.

— ¿Eso es que sí?

Se volvió para mirarle a los ojos— ¿Tú dirás que sí?

— ¿Por el cincuenta por ciento? Claro.

—Serás gilipollas.

Keith se echó a reír —No hace falta que te pongas así.

— ¿Así cómo? ¡No es por nada, pero muchos estarían encantados de casarse conmigo!

— ¿Y cuántos saben dirigir un rancho? — preguntó partiéndose de la risa.

Furiosa le dio un codazo en las costillas— Muy gracioso.

Keith gimió de dolor, riéndose a la vez mientras se tocaba el costado — Eres muy agresiva. ¿Son todos así en América?

—Otras te hubieran abierto la cabeza.

—Así que vas a ser la señora Colbert.

—No, voy a ser la señora Martin Colbert. Este es un matrimonio por necesidad. —le fulminó con sus ojos azules— Mi necesidad y tu avaricia.

Él perdió la sonrisa— No. Serás la señora Colbert.

—Quítame un veinticinco y puede que me lo piense.

— ¡No puedes chantajearme con eso! ¡Matrimonio con apellido o no me caso! ¡Mi mujer se llamará Colbert!

Aquello era ridículo y furiosa se quitó el sombrero golpeándolo con él— ¡Serás idiota! ¡Antes prefiero casarme con Luke que contigo! — abrió los ojos como platos— Claro...

Keith fue perdiendo la risa poco a poco— Ni se te ocurra.

Ella se giró como si hubiera tenido una revelación —Puedo elegir el que quiera.

—Nena...—ignoró la advertencia en la voz de Keith y repasó a los vaqueros. Los había bastante guapos —No tiene gracia.

—Cierra el pico. Has perdido tu oportunidad.

—Eso ya lo veremos.

—Puedo conseguir otro como tú. Sólo tengo que buscarlo. — sonrió radiante porque había encontrado la solución perfecta —Y no me saldrá tan caro.

— ¿Y qué piensas hacer? ¿Un concurso?

¡Un concurso! ¡Podía hacerles pruebas para comprobar quién sería el mejor marido y el mejor capataz! Se mordió el labio inferior pensando en ello. Después elegiría entre los finalistas. ¡Era genial!

— ¡Ivonne! — la volvió para mirarla a la cara. Estaba realmente cabreado— ¡No pienso participar! Me largo en seis días.

—Pues buen viaje. —levantó la barbilla— Si no quieres participar, es tu problema.

—Ninguno se presentará para hacer el ridículo.

— ¿A cambio del treinta por ciento del rancho? Creo que la cola será tan larga que llegará a Landor.

Él entrecerró los ojos —No me retes, nena.

—Ya sabes lo que hay.

Miró hacia delante y rió excitada de emoción. Aquello sería divertido. ¿Quién le iba a decir una semana antes, que organizaría un concurso para buscar marido? Era lo más emocionante que había hecho en la vida. Aunque tendría que elegir bien. Era una pena que Keith no participara, porque como decía en la cama les iría bien. Había química entre ellos y besaba de muerte, pero tenía que ser práctica. Realmente no le conocía. Como no conocía a ninguno. Tenía que escoger al mejor. Ese sería su marido.

Se pasaron sin hablar todo el trayecto de vuelta y gimió al no ver la camioneta donde la había dejado. Tendría que volver a caballo con él, aunque realmente no estaban tan lejos. Sumida en sus pensamientos sobre las pruebas que realizaría, ni se dio cuenta que Keith se separaba de los hombres yendo hacia la casa. Estaban a mitad de camino cuando detuvo el caballo cerca de unas rocas y se bajó a toda prisa.

Miró a su alrededor— ¿Qué haces? ¿Por qué te detienes?

— ¡Porque vamos a hablar! — la cogió por la cintura y la bajó del caballo. Ella gimió por el cambio de postura y se sujetó a sus hombros, casi quedándose colgada de su cuello.

— ¡Mierda! ¡No me sostengo! — gritó asustada sintiendo miles de alfilerillas en sus glúteos.

— ¿Ah, no? — apartó sus manos dejándola caer al suelo de culo.

— ¡Auchh!

Él furioso paseó ante ella mientras Ivonne movía las piernas lentamente para recuperar la sensibilidad. ¡Leche como dolía!

— ¡No puedes hacer esto! — distraída se acarició el trasero—
¡Ivonne!

— ¿Qué? — le miró enfadada— ¡Me has dejado caer!

— Mira quién fue a hablar. ¡En cuatro horas me has pegado un puñetazo, me has tirado del caballo y me has golpeado con el sombrero!

— ¡Pero yo no te he hecho daño!

— ¡Eso es cuestión de opiniones!

— ¡Vale, lo siento! Pero ahora ya no discutiremos porque ya no serás mi marido.

— Quítate esa idea de la cabeza, ¿me oyes? — le gritó furioso —
¡No te vas a casar con uno cualquiera!

— ¿Por qué?

— ¡A tu padre no le gustaría!

— ¿Cómo sabes eso? ¿Te lo dijo?

— ¡Ni se le ocurriría tal disparate!

— ¡Entonces no lo sabes! — se puso a cuatro patas y Keith la miró asombrado cuando dijo— ¡Esto duele un montón!

Keith levantó las manos pidiendo ayuda cuando la vio enderezarse para acariciarse el trasero. De rodillas en el suelo le miró. Parecía que quería matarla— ¿Qué?

La cogió por las axilas poniéndola de pie y ella se sujetó en sus musculosos brazos.

— Nena...

Ella levantó la vista para mirarle a los ojos. La abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo, provocando que a Ivonne se le cortara el aliento al sentir sus pechos pegados a su torso — ¿Crees que esto lo tendrás con otro? — preguntó con voz ronca bajando sus fuertes manos a su trasero. Ella gimió cuando pegó su cadera contra

su miembro —Conmigo lo tienes todo. — la besó suavemente en los labios —Vamos nena, me deseas.

—Y tú a mí. — dijo ella intentando besarle, pero él se apartó de golpe dejándola atontada.

— ¡Te lo advierto! ¡Como hagas esta tontería del concurso, yo no participaré!

—El treinta y hay trato. ¡Y me apellido Martin Colbert!

— ¡Ni hablar! ¡Socios al cincuenta por ciento! ¡En igualdad de condiciones!

— ¡Qué igualdad, ni igualdad! ¡Siempre tienes que conseguir lo que quieres! Yo no tendré ni voz, ni voto.

La miró sorprendido y se echó a reír. Confundida le miró como si estuviera mal de la cabeza y Keith la cogió por la cintura poniéndola a su altura para mirarla a los ojos— ¿Te das cuenta que eres una negociadora de primera?

Ivonne sonrió abrazando su cuello— ¿De veras?

Se miraron a los ojos e Ivonne quiso besarle. Bajó la vista hasta sus labios lamiéndose el labio inferior y Keith gimió antes de atrapar su boca. Se besaron desesperados y cuando Keith bajó las manos a su trasero oyeron un carraspeo.

Ella ensimismada en lo que sentía no escuchó nada, pero Keith divertido apartó su boca para mirar a Luke que observaba desde su caballo como ella le besaba la barbilla hasta llegar al cuello.

Luke volvió a carraspear e Ivonne se tensó volviendo la mirada hacia él. Se puso como un tomate y susurró— Bájame.

— ¿Querías algo, Luke?

—Me preguntaba si tengo que ir al este. Te estaba llamando a la radio, pero no contestabas.

Como si nada, Keith cogió la radio sin soltarla e hizo una mueca —La he apagado sin darme cuenta. Sí, vete a por las del este y llévalas al norte.

—Bien, jefe. — se llevó una mano al sombrero— Jefa.

Ivonne se puso como un tomate. ¿Qué pensaría de ella? Acababa de llegar y ya la pillaba en brazos del capataz. Ahora tenía que

casarse con él. No querían que pensara que era algo suelta.

Muerta de la vergüenza escondió la cara en el cuello de Keith y le escuchó decir divertido — Bien, ¿cuándo nos casamos? ¿Te parece bien el sábado?

Dios, qué bien olía. En ese momento le regalaría el rancho con tal de que le hiciera el amor. Quizás deberían esperar un poco para pensarlo bien.

— ¿Qué tal si nos lo pensamos unos días?

Keith la apartó mirándola con desconfianza — ¿Para que te busques a otro?

Ella iba a negar con la cabeza, pero él la interrumpió — Ni hablar. ¡Nos casamos mañana y si no dices sí quiero, búscate a otro! — la dejó en el suelo antes de ir hacia el caballo— ¿A qué esperas? ¡Tengo trabajo! ¡No puedo estar aquí todo el día!

— ¡Vale, vale! — se acercó al caballo y esperó a que él subiera. Keith levantó una ceja — ¿Subo primero?

—Ya es hora de que aprendas.

Lo había visto mil veces en las películas. Sino fuera porque le dolía el trasero, no hubiera sido tan difícil. Cuando se sentó sobre el caballo se echó a reír diciendo— Esto está chupado.

Keith le sacó el pie del estribo y se subió tras ella. Se puso como un tomate al ver que estaba excitado. No excitado, muy excitado. Eso la excitó a ella que sin darse cuenta se apoyó en el caballo para llevar su trasero hacia atrás. Keith gimió sujetándola por la cintura— Nena... ¡Deja de moverte así!

— ¿Moverme cómo?

— ¿Me estás provocando?

—Que típico de los hombres... — dijo molesta de frustración — ¡Siempre tenemos nosotras la culpa de todo!

Él gruñó cogiendo las riendas e iniciando el camino de nuevo. Estaban llegando, cuando vieron a Libi en el porche con una chica de pelo castaño a su lado. Keith gruñó por lo bajo, pero ella lo oyó— ¿Quién es?

—Es la que te tiró la piedra.

Ivonne jadeó indignada al ver que se bebía lo que parecía té helado. ¡Tendría cara! ¿Cómo se atrevía a ir a su casa después de tirarle una piedra?

—Nena...sobre Marian, debes tener paciencia con ella.

— ¿Pero qué dices? ¿Estás mal de la cabeza?

—Era la ahijada de John y le quería mucho. Tiene diecisiete años y no ha llevado su muerte muy bien. Sé comprensiva, ¿quieres?

— ¿Igual de comprensiva que ha sido ella conmigo?

—No tenía ni idea de lo que pasaba. ¡Sólo se guiaba por las apariencias!

—Igual que tú antes de conocerme. ¿Crees que soy tonta? ¡No fuiste a recogerme al aeropuerto a propósito!

Keith tuvo la decencia de sonrojarse— ¿No te he pedido disculpas?

— ¡Pues no!

—Sí, me he disculpado al pedirte que te casaras conmigo.

Le miró atónita— ¿Estás mal de la cabeza? ¡Soy yo la que te hago un favor! ¡Y todavía no te he dicho que sí! ¡No puedo creer que te pongas de su parte! ¿Esa es la clase de matrimonio que tendré?

Keith la observaba atónito y todavía más cuando llegaron ante la casa y se bajó del caballo con agilidad. La chica se levantó mirándola fijamente mientras se apretaba las manos, pero ella cruzó furiosa el porche cerrando la mosquitera de un portazo al entrar en casa.

Marian miró a Keith con sus ojos marrones y este hizo una mueca— Está algo enfadada. Se le pasará, no es rencorosa.

— ¿Qué tal la mañana? — preguntó Libi sonriendo.

Dos minutos después Ivonne salió todavía muy cabreada— ¿No ha llegado Marcos?

—Nena, iba al médico. Estará hablando con Anne. — respondió Keith bebiendo después algo de té que tenía en la mano.

— ¿Tú no tenías trabajo?

—Vamos a comer.

Hizo un gesto con la mirada hacia Marian que se había levantado otra vez y ella la miró con los ojos entrecerrados. Parecía nerviosa,

pero no le daba ninguna pena. Como había dicho el doctor, hasta podía haberle sacado un ojo.

Se cruzó de brazos—Estoy esperando.

—Venía a disculparme. Soy Marian Voglin y siento lo de ayer.

—Pues bien que te reías.

—Lo siento. No debería haberlo hecho. Pero cuando te vi en la calle, te reconocí y me dio mucha rabia verte sonreír como si nada.

Ivonne miró de reojo a Keith que parecía satisfecho y Libi también. Volvió a mirar a la chica con desconfianza, que se sonrojó intensamente— ¿Por qué has cambiado de opinión?

Marian echó una mirada furtiva a Libi e Ivonne hizo lo mismo— Se lo he contado. — dijo la mujer sin cortarse un pelo.

— ¿El qué le has contado?

—Que no sabías que tu padre era John.

— ¡Te lo ha contado Marcos! —dijo asombrada.

—Tu amigo no se resistió demasiado. Después de tu desmayo cantó rápidamente. —dijo Keith divertido—Estaba de lo nervios y estaba deseando echárnoslo en cara.

Libi asintió tendiéndole un vaso de té, pero cuando lo iba a coger Keith se lo quitó de la mano— No puedes beber esto.

— ¿Por qué?

—El té es un excitante. Ahora Libi te va a tomar la tensión.

— ¿Estás enferma? — preguntó Marian.

— ¡Tenía una salud de hierro antes de pisar este país! ¡Y aparte de tener un costurón enorme en la frente, estoy bien!

Todavía no sabía lo que sentía porque supieran que ella no tenía conocimiento de que John era su padre. Pensaba que habían cambiado de opinión al conocerla, pero estaba claro que todo lo que les había dicho Marcos, que seguramente era todo, les había hecho cambiar de opinión. Entonces fulminó a Keith con la mirada— Por eso me has pedido que me case contigo, ¿no? —Libi y Marian lo miraron atónitas— Ayer no podías ni verme y hoy...

—No voy a negar que saberlo fue un alivio.

— ¿Le has pedido matrimonio? — preguntó Libi emocionada—
¡Eso es estupendo!

—¡Pues se acaba de quedar sin novia! — gritó furiosa entrando
en la casa dando otro portazo.

Capítulo 7

Fue hasta el despacho de su padre, que había visto cuando había revisado la casa y buscó una hoja. Furiosa escribió rápidamente y cogió cinta adhesiva. Los chicos estaban entrando en casa, pero al verla salir la siguieron. Keith se cruzó de brazos mientras pegaba el cartel en la columna del porche.

Marian se acercó con curiosidad y leyó en voz alta— Se busca marido que ejerza de capataz a cambio de treinta por ciento del rancho. — abrió los ojos como platos y miró a Keith que apretó las mandíbulas. La chica continuó leyendo incrédula— Los candidatos realizarán ciertas pruebas de actitud. Dar nombre a Libi.

—Ay, madre. — susurró la aludida.

Ivonne fue hacia la puerta y al pasar al lado de Keith le dijo— ¡Puedes hacer las maletas!

—Nena, no sé por qué te enfadas tanto.

— ¿Por qué me enfado? — se detuvo en la puerta de la cocina— ¡Será porque pensaba que estabas enfadado conmigo por no ver a mi padre y que me pedías la mitad del negocio porque no confiabas en mí! Pero resulta que eres un aprovechado que ve la debilidad ajena y se le tira al cuello. —Keith se quedó entre asombrado y ofendido mientras ella señalaba la puerta— ¡Por ahí se sale de mi casa! ¡Adiós!

Marian y Libi les miraban con los ojos como platos. Keith apretó los puños—Voy a perdonarte lo que has dicho porque estás alterada.

— ¡Ja! — entró en la cocina y vio que Libi había hecho la comida. Muerta de hambre por el desayuno que había comido, fue hasta la olla para ver un delicioso potaje.

— ¡Ni hablar! —exclamó él al darse cuenta de lo que quería hacer.

—Pobrecita. Tiene hambre. —dijo Libi acercándose a la nevera de donde sacó una ensalada con lo que parecía pollo.

— ¿Estáis mal de la cabeza? — preguntó poniéndose histérica.

—Libi, tómale la tensión. — dijo Keith preocupándose.

— ¿La tensión? — cogió un cucharón que había sobre la encimera y se lo tiró a la cabeza. Keith se apartó por un pelo — ¡Largo de mi casa!

Él se acercó a toda prisa cogiéndola por la cintura, reteniendo sus brazos en su pecho— ¡Suéltame! ¡Libi, llama a la policía!

—Dejemos a la policía fuera de esto. —dijo Marian entre divertida y pasmada por la situación.

— ¡Claro, qué ibas a decir tú!

Keith la cogió en brazos llevándola hacia la puerta— ¿Qué haces?

—Llévate a tu habitación hasta que te calmes. Te estás alterando demasiado.

— ¡Estoy muy tranquila! ¡Sólo tengo hambre!

Keith la metió en la habitación y Libi les seguía con el tensiómetro en la mano. Cuando la tumbó en la cama ella intentó levantarse, pero la sujetó por los hombros— ¡Ya está bien, Ivonne!

Suspiró mirando el techo intentando ignorarlo, pero era casi imposible teniéndolo sentado a su lado. Le miró furiosa— Bueno, ¿y ahora qué?

— ¡Ahora te tomará la tensión y después hablaremos!

Libi se acercó, pero Ivonne se cruzó de brazos — Cariño, déjame ver que estás bien. — dijo la mujer preocupada.

Ivonne no quería que se preocupara por ella, así que alargó el brazo y Keith exasperado se levantó— ¡Así que a ella la perdonas,

pero a mí no!

— ¡No me iba a casar con ella!

Libi soltó una risita.

— ¡No tiene gracia! ¡Es más cabezota todavía que John!

— ¡Pues todavía no has visto nada!

—Relájate o no servirá de nada. —dijo Libi suavemente—
Respira.

—Es que me pone de los nervios. — siseó dejando caer la cabeza en las almohadas.

Durante varios segundos todos permanecieron callados y se calmó visiblemente. Cuando su respiración fue normal Libi empezó a hinchar la bomba y sonrió al terminar. —Perfecta.

—Eso ya os lo había dicho. Estoy bien. Y eso que estar toda la mañana con este, es como una montaña rusa. — abrió los ojos como platos— Hasta hubo una estampida.

—Dios mío, ¿de veras?

—Como en las películas, pero aún más impresionante. ¡Se me puso una res pegada a la pierna!

— ¿No tenías hambre? — preguntó Keith divertido.

— ¡Contigo no hablo! — saltó de la cama y le dijo a Libi— Menudo morro tiene. Se cree que soy tonta. Si soy un chollo.

—Tienes razón. Eres guapa y rica. Los tendrás a patadas.

—Eso mismo pienso yo.

—Libi, no la animes.

— ¡Hay uno en la puerta! —gritó Marian desde abajo.

—Me cago en la...— Keith salió de la habitación a toda prisa, adelantándolas y bajando los escalones de tres en tres.

Ivonne le siguió corriendo y bajó tras él para que no le espantara su posible pretendiente. Cuando vio un hombre de unos sesenta años con un mono azul, limpiándose las manos de grasa frunció el ceño. Ese no había ido a casarse con ella.

—Curtis, ¿qué pasa? — dijo Keith algo agresivo abriendo la mosquitera.

El tal Curtis levantó una ceja— Pues verás, jefe... me había dicho que revisara los frenos del Porsche, pero resulta que no son los frenos lo que tiene peor.

Ivonne gimió dando un paso atrás al recordar el golpe de esa mañana.

— ¿Y qué es lo que falla? ¿La transmisión? Venga hombre, que estoy en plena discusión.

El hombrecillo miró a Ivonne y chasqueó la lengua al verle la cara — ¿Es la nueva jefa?

—Sí. Ivonne Martin, él es nuestro mecánico.

A Ivonne se le encendió la bombilla y replicó—Querrás decir mi mecánico.

—Nena, no empieces.

Ivonne sonrió radiante al hombre— Seguro que el coche de Keith puede esperar porque tendrá mil cosas que hacer.

—No, no las tiene. — miró al tal Curtis y se cruzó de brazos— ¿Qué le pasa al coche?

—Pues verás... tienes un gol...

— ¡Tengo hambre, Libi! —gritó interrumpiéndolo.

Keith se tensó— Termina, quiero oír la frase completa.

—Tienes un gol...

— ¡Libi!

—Estoy aquí. — dijo tras ella sobresaltándola.

—Estás en un lío. — dijo Marisa mirándola a punto de reírse.

—Cierra el pico.

Keith sonrió —No, no. Si estás insinuando que mi porche tiene un golpe...

—Joder y uno enorme en el faro trasero izquierdo. No sé si tendrás que reparar hasta el capo del portaequipajes.

Keith se volvió lentamente hacia ella y la fulminó con sus ojos negros —Nena...

— ¿Cómo sabes que he sido yo?

— ¡Porque son los coches de la familia! Nadie más ha cogido ningún coche.

—Vale, he sido yo. Te pagaré la reparación.

— ¡Vaya, gracias! ¿Sabes lo que voy a tener que hacer para repararlo?

—Me imagino que tendrás que llevarlo a un concesionario oficial y esas cosas. ¿Está muy lejos? Aquí todo está muy lejos, eso no pasa en Nueva York.

Keith gruñó —Te estrangularía.

— ¡Otra buena razón para no casarme contigo!

Curtis sonrió— Por cierto, he leído el cartel y...

Keith le cerró al hombre la mosquitera en las narices —Ponte a trabajar.

— ¿No puedo apuntarme?

— ¡No! —gritó Keith cerrando la puerta.

—No puedes hacer eso. Pobrecito. — Ivonne iba a abrir la puerta, pero Keith la cogió por el brazo tirando de ella hacia la cocina.

—Es increíble que le hayas pegado un golpe a mi coche. Y sólo has sacado la camioneta.

Enfadada se sentó en la mesa y frunció el ceño al ver que Keith se sentaba en la cabecera, pero decidió no abrir la boca porque su sitio le gustaba más. Libi le puso la ensalada ante ella y un cuenco de potaje. Suspiró de alivio al ver que al menos le dejarían comer un poco.

Entrecerró los ojos al ver que a él le servía un enorme plato de potaje y a Marian igual.

— ¿Pongo a Curtis en la lista? —preguntó Libi divertida.

—No la animes.

—Tiene un hijo que no está nada mal. — dijo Marian con la boca llena mientras Libi se sentaba.

—Certo y es un jinete de primera.

Keith gruñó mirando a Ivonne de reojo. En cuanto tragó a toda prisa dijo—Tienes que quitar el cartel.

—Ni hablar. El cartel se queda. Tú te vas.

— ¿Qué querías que hiciera? —preguntó molesto— ¿Apareces aquí para recibir tu herencia y crees que me iba a quedar, cuando lo he dado todo por este rancho?

—Eso es cierto. — dijo Libi— El más trabajador que hay por el contorno.

—Pensaba irme a mis propias tierras y tener algo mío, pero luego me dice Libi que me case contigo y tú dices lo de los hijos...

— ¿Qué hijos? — Libi la miró asombrada— ¿Tienes hijos?

—No, hablaba en el futuro. Los que tendré con el que elija del cartel.

—Eso no va a pasar. — dijo Keith furioso antes de meterse la cuchara en la boca otra vez.

—Keith es muy buen partido. Hasta yo me casaría con él. — dijo Marian guiñándole un ojo— Aunque me saca veinte años.

— ¡Serás exagerada! Te saco quince.

—Eso. —se encogió de hombros como si le diera igual.

Keith miró a Ivonne— No sé por qué me justifico. Me necesitas más a mí que al revés.

—Eso pensaba hasta que me he dado cuenta que vaqueros los hay a patadas y....

—Como mi Keith no. — dijo Libi interrumpiéndola.

— ¡Libi!

—Vale, sólo escucharé.

—No, eres parte de la familia. —dijo Keith—Puedes opinar.

— ¿A que es un cielo?

Ivonne se metió en la boca algo de ensalada y masticó mientras ellas contaban las virtudes de Keith, que empezó a sonreír abiertamente encantado de oírlas.

—Y siempre atenderá tus necesidades. —dijo Marian mirándola cómplice— Una amiga mía de Landor dice que en la cama es...

— ¡Marian! —Keith se puso como un tomate e Ivonne le miró con los ojos entrecerrados— Estaba soltero. No puedes echármelo en cara. A saber lo que hacías tú en Nueva York.

—Y no lo sabrás. Nunca. —dijo aparentando ser dulce antes de meterle una patada en la espinilla.

—Uhhh.

—Uy perdona, pero me ha dado un tirón en la pierna. Debe ser de montar tanto a caballo. Como soy de Nueva York, no estoy acostumbrada.

—Qué mala leche tienes.

—No has visto nada.

Escucharon el motor de un coche y ella se levantó de golpe saliendo corriendo de la cocina. Al llegar al porche vio que era su camioneta y que Marcos iba charlando en el asiento del copiloto. Sonreía, así que debía estar bien.

Aliviada bajó los escalones y en cuanto se detuvo la camioneta abrió la puerta— ¿Qué te ha pasado?

—Oh, nada. Una tontería. —se echó a reír— Me caí del caballo al oír el disparo. Menos mal que Donald fue rápido en subirme antes de que se pusiera feo de veras.

Ella miró a Donald que sonreía bajo su sombrero— Gracias, Donald.

—No ha sido nada, señorita.

Vio el tobillo vendado de Marcos— ¿Te lo has roto?

—No, sólo es un esguince. En unos días estaré como nuevo. — la cogió por el hombro para salir.

—Donald, ¿quieres comer con nosotros? Hay potaje.

—Si no es molestia...

—Claro que no. Por favor, pasa. — dijo cogiendo a Marcos de la cintura para ayudarlo a llegar hasta los escalones.

Keith les observaba desde el porche con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Donald se bajó de la camioneta quitándose el sombrero —Jefe.

— ¿Cómo ha ido todo?

—Nos atendieron enseguida, pero sacar de la consulta del médico a Marcos es más difícil de lo que parece.

Ivonne se echó a reír y miró a su amigo— ¿Cómo está Anne?

—No se puede ser más preciosa y más dulce...— suspiró enamorado— Nunca me había sentido así.

—Oh, que bonito... — Ivonne fulminó con la mirada a Keith— ¡Aprende!

—Esto son negocios, ¿recuerdas?

— ¿Y los besos también?

Donald carraspeó subiendo los escalones, cuando vio el cartel abriendo los ojos como platos antes de decir tímidamente— ¿Libi está en casa?

Keith dio un paso hacia él y Donald al retroceder casi se cae de los escalones— Come y calla.

—Sí, jefe.

— ¡No trates así a mis invitados!

Ivonne estaba indignada. ¿Quién se creía que era? ¡Aquella era su casa! Refunfuñando por lo bajo, ayudó a Marcos a sentarse a la mesa. Sirviéndole ella misma un plato de comida y después otro plato a Donald, que la miró con adoración antes de recibir una colleja de Keith que pasaba tras él.

— ¿Te vas a apuntar a la lista? — preguntó Marian encantada con el tema— Va a estar muy reñido.

Donald cogió la cuchara y sonrió— Es un premio demasiado bueno como para no apuntarme. ¡Una chica guapa y un rancho!

Libi se echó a reír e Ivonne se sonrojó sentándose otra vez, mientras que a Keith se lo llevaban los demonios. De hecho, no siguió comiendo mirando a Donald como si quisiera desintegrarlo.

— ¿Cómo sabes que va a estar reñido? ¿Hay muchos apuntados?

—Lo acaba de poner. — dijo riéndose —Eres el primero.

Donald sonrió encantado y miró a Ivonne de reojo— Genial.

— ¿Qué cartel? — Marcos miró a su amiga.

—Aquí tu amiga... — dijo Keith entre dientes— ha puesto un cartel para buscar marido y capataz.

Marcos abrió los ojos como platos y miró a su amiga — ¿No se lo has pedido a él?

—Le he rechazado. —levantó la barbilla orgullosa.

— ¿Te lo ha pedido? — Marcos no salía de su asombro — Vaya, los australianos no perdéis el tiempo.

— Es tu amiga la que tiene prisa.

— Porque tú te vas. Alguien tiene que encargarse del rancho.

— No me voy a ningún sitio.

— Pues ayer no decías lo mismo.

— ¡Eso era ayer!

— Claro.

Marcos los miraba sin comprender lo que estaba pasando, pero Libi intentaba aguantar la risa.

— Así que os habéis besado. — dijo Marian volviendo a meter cizaña.

— Guapa, ¿por qué no cierras un poco esa boquita? — dijo Ivonne sonrojada porque toda la mesa les miraban.

— ¿Qué culpa tengo yo de que grites como una loca?

— ¿Me estás llamando loca? ¡La que va tirando piedras sin ton ni son!

Marian sonrió — ¿A que tengo buena puntería? Pues no me provoques, guapa.

— ¿Me estás amenazando? — se levantó de la mesa y Keith dio un golpe sobre ella sobresaltándolos a todos.

— Tengamos la comida en paz. — siseó furioso — Siéntate Ivonne y come. Casi no has comido.

— ¡Esta es mi casa!

— Marian...

— Era una broma. ¡Qué picajosa está! Por un cortecito de nada.

— ¡Me han dado cinco puntos!

— Vale. — la chica suspiró — Lo siento.

Keith cogió a Ivonne de la muñeca para que se sentara, mientras que Marcos y Donald no se perdían detalle. Marcos miró a su nuevo amigo — Lo tienes difícil.

— Ya lo veo. — le guiñó un ojo a Libi — Pero no hay nada imposible. Creo que no se lo voy a decir a los chicos, así será más fácil

—Dudo que no se enteren. — dijo Marian divertida— Les he enviado un mensaje a todos mis amigos.

Keith gimió para después mirar a Ivonne como si quisiera matarla
— Yo no he enviado ese mensaje. ¡Enfádate con ella!

—Retira el cartel.

— ¡No!

—Me cago en la leche. — Keith se levantó furioso y salió de la cocina.

— ¡Si lo quitas pondré otro!

— ¿Por qué le picas? — susurró Marcos.

— ¡Cierra el pico, chivato! — dijo ella haciendo que Marcos se sonrojara.

— ¿De qué te has chivado? — preguntó Donald en voz baja.

—Te lo cuento luego.

—Me voy a duchar. — dijo harta de la ensalada.

—Cielo, casi no has comido. — dijo Libi preocupada mirando su plato.

—Odio la ensalada.

—Cierto. — dijo Marcos— De hecho, odia todo lo que sea verde. Hasta quita la lechuga de las hamburguesas.

—Pues eso tiene que cambiar. Ya le haré yo cosas ricas...

Subía las escaleras cuando vio entrar a Keith con el cartel en la mano— Solucionado.

—Estupendo. — se volvió y siguió subiendo hasta el primer piso yendo hacia la habitación.

—Nena, ¿ya has terminado de comer?

— ¡Sí! —gritó cerrando de un portazo.

Fue hasta el baño y se quitó la ropa. Hizo una mueca al ver lo sucia que estaba. Esperaba que su maleta apareciera pronto, porque sino tendría que ir a comprar más ropa. Se dio una ducha con agua fría y suspiró pensando si estaba haciendo bien. Al fin y al cabo, Keith era el mejor del contorno. Sino su padre no lo habría hecho capataz, ¿no? Además, tenía unos labios que la volvían loca. Vale

que le había pedido matrimonio después de saber que ella no sabía que su padre existía, pero era lógico que no se lo pidiera antes, ya que no la tragaba. Además, acababa de llegar. Se echó a reír pensando que tampoco es que hubiera esperado demasiado y ella tenía la misma idea. ¿Debería casarse con él? Quizás debería acostarse con él primero. Sí, así sabría si eran compatibles en la cama. Como decía su padre James, si te compras un coche, lo pruebas primero. Sí. Se lo diría.

Capítulo 8

Salió de la ducha decidida y se pasó la toalla a toda prisa por su cuerpo. Dormiría la siesta. Todavía estaba algo cansada con el cambio de horario y la mañana tan movidita que había tenido. Al salir del baño fue hasta el armario donde tenía sus pocas posesiones y cogió el camisón de hilo rosa que había comprado. Estaba cubriendo el trasero con él cuando escuchó el clic de la cerradura de la puerta.

Se volvió sorprendida y casi chilló al ver allí a Donald —Disculpe, señorita. — dijo comiéndosela con los ojos— Pero es que quería hablar con usted un momento.

— ¿De qué?

— ¿Cree que tengo alguna posibilidad? Porque es que tengo novia en el pueblo y la pobre no lo llevaría muy bien...

— ¡Keith! — gritó atónita.

— ¡Ya me voy, ya me voy!

La puerta se abrió de golpe casi estrellando a Donald contra la pared.

Keith apretó los puños y lo cogió por la camisa levantándolo del suelo— ¡No he hecho nada! ¡Sólo tenía una pregunta!

—Pues haber preguntado abajo, imbécil. — dijo Keith sacándolo de la habitación a empujones.

Ella siguiéndoles se mordió el labio inferior antes de decir— ¡No le hagas daño! No me ha hecho nada.

— ¡Es que si te hubiera tocado, no salía vivo de aquí!

Donald palideció— Juro que no le he tocado un pelo, jefe.

—Pues ya puedes decirles a todos que están advertidos. ¡Cómo vea a alguien aparecer por aquí, le pego un tiro!

—Sí, jefe.

Keith le empujó hacia las escaleras y las bajó tan rápido que parecía que había pegado un salto. Parpadeó sorprendida de lo deprisa que había salido de la casa. Él se volvió hacia ella y emanaba una violencia que provocó que diera un paso atrás forzando una sonrisa— Bueno, yo me voy a dormir un rato.

Él gruñó dando un paso hacia ella e Ivonne chilló echando a correr, pero antes de poder cerrar la puerta él metió la bota en medio, empujándola y entrando en la habitación. Cuando cerró la puerta con llave Ivonne tragó saliva, pero cuando le vio quitándose la camiseta, se le secó la boca al ver sus pectorales. Tiró la camiseta al suelo y se acercó a ella— ¿Vas a darte una ducha o...

—O.

Se le aceleró el corazón— ¿Y mi tensión?

—Te la tomaré después. — respondió cogiéndola de la cintura para pegarla a él besándola como si quisiera devorarla. Ivonne embriagada por lo que sentía, le abrazó por el cuello pegándose a él. Acarició la piel de su cuello mareada por su aroma y gimió cuando él llevó las manos desde su cintura hasta sus pechos, acariciándolos con pasión por encima de la ligera tela de su camión. Sorprendiéndola la cogió por la cintura elevándola y apartó su boca para mirarla a la cara mientras caminaba hasta la cama.

Hipnotizada por su mirada ni se dio cuenta de como la dejaba de pie sobre la cama y como sus manos acariciaron su cadera hasta llegar al bajo de su camión. Gimió cerrando los ojos al sentir su tacto en la parte superior de sus muslos y por el placer que la traspasó cuando su roce llegó a su cintura elevando su camión. Se lo quitó y la cogió por la cintura besándola entre los pechos.

Intentando sostenerse, se sujetó en sus hombros mientras las manos de Keith abarcaban su trasero. Todo su cuerpo temblaba de placer y gritó de sorpresa cuando su boca abarcó su pecho, doblándosele las rodillas sin darse cuenta. Keith la tumbó atravesada en la cama, besando su vientre hasta llegar a su ombligo, provocando que se retorciera de placer. Atontada gritó de la sorpresa cuando sintió sus labios sobre su sexo moviendo su cadera sin darse cuenta. Keith la retuvo con fuerza provocándole el éxtasis.

Se colocó sobre ella y la besó en los labios suavemente. Sintió como entraba en ella lentamente e Ivonne perdió el aliento abrazando su cuello. Abrió los ojos para sumergirse en sus ojos negros, sintiendo que su cuerpo ya no era suyo sino de él, mientras Keith comenzaba a mover sus caderas lentamente provocando que su interior se tensara buscando liberación. Él la llevó hasta el límite sintiéndose al borde del abismo y aceleró el ritmo, hasta que con un último y fuerte movimiento de cadera la estremeció de placer.

Se despertó al sentir que algo presionaba su brazo y molesta levantó la cabeza para ver a Libi tomándole la tensión.

— ¡Oh, por Dios! ¡Estoy bien! — dejó caer la cabeza en la almohada recordando lo que había pasado. Se puso como un tomate tocando disimuladamente la sábana que la cubría, suspirando de alivio al darse cuenta que estaba cubierta.

—Estás perfecta. — dijo Libi levantándose con una sonrisa en la cara — ¿Te levantarás ahora? Has dormido una siesta muy larga.

—Sí, claro.

—Por cierto, hay dieciséis en la lista pero han llamado por teléfono. — se echó a reír— Al parecer se ha corrido la voz que les pegarían un tiro si aparecían por la casa.

—Estupendo. — susurró pensando en qué debía hacer.

La respuesta llegó a la hora de la cena. Estaba sentada en el sofá charlando con Marcos que seguía encandilado con Anne, cuando escuchó llegar un coche. Miró por la ventana y no lo reconoció,

como era lógico. Se levantó para saludar a su invitado cuando vio a un hombre de unos cuarenta años mirando la casa con satisfacción. El coche era de lujo. No reconocía la marca, pero sabía que era muy caro y él vestía con un traje hecho a medida.

— ¿Quién es? —le preguntó a Libi que salió de la cocina con un trapo en las manos.

—No tengo ni idea.

Salieron al porche y el hombre sonrió de oreja a oreja— Parece un vendedor de seguros. — susurró Libi.

— ¿Con ese coche?

—Buenas tardes. ¿La señorita Martin?

—Soy yo.

—Soy Robert Gillis. Me he atrevido a venir porque me puse en contacto con su abogado al enterarme del fallecimiento de su padre. La acompaño en el sentimiento.

—Muchas gracias. — susurró confundida mirando a Libi que lo observaba con desconfianza — ¿Quiere pasar, por favor? Le vendrá bien un vaso de té helado.

—Sí, gracias.

Le hizo pasar al salón y Marcos le tendió la mano presentándose.

—Bueno, señor Gillis. — dijo mientras se sentaba en el sofá al lado de Marcos y cogía un vaso de té de la bandeja que Libi había llevado — ¿Qué razón habría para que se pusiera en contacto con el abogado de mi padre? ¿Hay alguna factura pendiente? Porque mi capataz...

—No, no. — dijo dejando el vaso sobre la mesa de centro y apoyando los codos en las rodillas— La verdad es que estaba buscando tierras por esta parte del país. Tengo dos ranchos en funcionamiento más al sur, pero de ganado ovino. Me gustaría meterme en el mercado vacuno y su rancho sería perfecto por ubicación e infraestructuras. Estoy dispuesto a hacer una oferta muy justa por sus tierras si está interesada. Tengo entendido que no es de por aquí y que todo esto es nuevo para usted.

Ella sonrió cogiendo su vaso de té. Conmocionada Libi ni le prohibió beber sentándose a su lado en el otro sofá.

—Y dígame, ¿cuánto cree usted que valen estas tierras? — dijo mirando de reojo a Marcos que sonreía abiertamente.

—Según el valor de mercado y teniendo en cuenta que estamos en crisis, yo le ofrecería veinte millones de dólares estadounidenses.

Marcos abrió los ojos como platos. Libi entrecerró los ojos.

—Libi, ¿cuántas hectáreas de tierra he heredado?

—Mas de medio millón.

—Así que me paga...déjeme pensar...a cuarenta pavos la hectárea.

—Es un precio justo.

—No lo dudo.

— ¿Cómo va a ser justo cuarenta pavos la hectárea? — dijo Marcos indignado —¡Leche, ni que por aquí regalaran la tierra!

—Si las vendiera por separado igual le pagarían más, pero sería engorroso y puede que no se deshiciera de todo. Sin embargo, yo le ofrezco quitarle todas las tierras del medio. Veinte millones, esa es mi oferta.

—Pues se lo agradezco mucho, pero no estoy interesada. —dijo levantándose dando por terminada la conversación.

—Piense que llevar una finca de este tamaño será muy engorroso y usted no tiene experiencia. —su sonrisa de sabelotodo la puso de los nervios.

—Fíjese, pero mi prometido sí que la tiene. — dijo con ganas de soltarle cuatro frescas por su atrevimiento.

— ¿Su prometido?

—Sí, yo.

Todos se volvieron a Keith que miraba al tipo como si quisiera que desapareciera.

—Hola, cielo. — dijo ella sonriendo de oreja a oreja acercándose a él y besándole en los labios suavemente.

Keith la cogió por la cintura sonriendo mientras el señor Gillis se levantaba.

— Vaya, no tenía ni idea de que fuera a casarse. El señor Raymond Welles no me ha dicho que se fuera a casar.

—Oh, fue amor a primera vista. —dijo ella abrazando a Keith por la cintura.

— ¿No llegó ayer?

—Sí. — soltó una risa tonta— ¿A que he tenido suerte?

El hombre miró a Keith entrecerrando los ojos. Se veía claramente que venía de trabajar pues estaba sudado y lleno de polvo — Sí, toda una suerte...para él.

— ¿Qué insinúa? — dijo Keith tensándose.

—Nada. — sonrió con ironía y sacó una tarjeta del bolsillo interior de la chaqueta dejándola sobre la mesilla — Si cambia de opinión le dejo mi número. Consúltelo con la almohada.

—Gracias por venir. —dijo ella molesta perdiendo la sonrisa.

Gillis se acercó a la puerta, pero antes de salir se detuvo ante ella. La miró a los ojos y le dijo— Esta es una tierra muy dura, señorita Martin. A veces la desesperación nos lleva a cometer errores. Este no es su mundo y puede que se dé cuenta en seis meses o en tres años. Pero terminará por entenderlo. Le deseo suerte porque la va a necesitar.

Levantó la barbilla antes de decir— Si necesito ayuda, para eso tengo a mi marido y a mis amigos.

—Buenas tardes.

Los cuatro le vieron subirse a su coche a través de la ventana— Menudo agorero. — dijo Marcos enfadado.

—Tiene razón.

Las palabras de Keith la tensaron — ¿Qué quieres decir?

—Ayer mismo pensaba que en seis meses venderías el rancho. Todo esto es una locura. — se volvió subiendo las escaleras hacia su habitación.

Nerviosa se pasó las manos por sus rizos rubios apartándoselos de la cara.

—Vete a hablar con él. — dijo Marcos preocupado.

—Sí, cielo. Vete a hablar con él.

Corrió hasta las escaleras y buscó su habitación que estaba al lado de la suya. Estaba con las manos apoyadas en el marco de la ventana mirando hacia fuera —La casa se sujeta sola.

Él sonrió enderezándose—Pero qué graciosa.

— ¿Vas a explicarme lo que acabas de decir? — se acercó a él sentándose en la cama.

— ¿Te das cuenta que llegaste ayer por la mañana? ¿Y ya estamos pensando en casarnos?

— ¿Lo estás pensando?

— ¡Sabes lo que quiero decir!

—Esto son negocios. Tú lo dijiste.

—No, lo dijiste tú.

— ¿Y qué más dará? — se levantó y le cogió por el brazo para que la mirara — ¿Te quieres casar o no?

—No.

Fue como si le hubiera pegado con un mazo en la cabeza. Asombrada se volvió porque le dolía su respuesta. Sentir eso no se lo esperaba. La cogió del brazo volviéndola y le dijo furioso— ¡No quiero sentirme nunca más como hace unos minutos!

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Como si fuera un aprovechado que se casa contigo para ser el jefe!

— ¡Y qué te importa lo que piense ese tío! ¡Tú tendrás lo que quieres y yo tendré lo que necesito! ¡Los dos nos beneficiamos de esto! ¿Qué voy a hacer sin ti?

Keith entrecerró los ojos— Es cierto. Te hago un favor.

— ¡Tampoco te pases! ¡Tengo dieciséis en la lista!

— ¿Ah, sí? ¡Puedes deberías llamarles!

Ella le abrazó por el cuello— Podría hacerlo. Pero es que...

— ¿Qué? — la cogió por la cintura levantándola.

Ivonne se echó a reír— Es que eres muy bueno en la cama.

Keith levantó una ceja— ¿No me digas?

—Y quiero repetir. — susurró besándole en la barbilla hasta llegar a sus labios—¿Tú no quieres? —él no contestaba y ella se apartó —

¿No quieres?

—No me nubles el juicio con el sexo. — dijo apartándose.

Este tío era idiota.

— Vamos a ver. ¿Y ahora de qué te quejas?

— ¡No lo sé! ¡Sólo sé que lo que ha sucedido con ese tío, no me ha gustado nada!

—Vale. ¡Pues no nos casamos! —fue hasta la puerta furiosa— Ya me buscaré a otro que no tenga tantos prejuicios y que no se nuble con el sexo.

— ¿Eso qué coño quiere decir? —cerró de un portazo y empezó a bajar las escaleras — ¡Ivonne!

Ivonne entró en la cocina donde Libi estaba preparando la cena y dijo— ¿Dónde está esa lista?

Marcos sentado en la mesa de la cocina levantó una hoja moviéndola de un lado a otro.

— ¿Qué ha pasado ahora? —Libi puso una mano en la cadera mirándola como si fuera su madre.

—Que el señorito ahora no quiere casarse. —se acercó a su amigo y cogió la hoja leyéndola por encima.

— ¿Cómo que no quiere casarse? — exclamó escandalizada— ¡No puede hacer eso!

—Libi, márcame los que sean más o menos de mi edad y que sean buenos vaqueros. Que sean responsables y buenos futuros maridos.

Libi se acercó a la lista y se la arrebató de la mano dejándola atónita— ¡Déjate de tonterías, sube ahí arriba y seduce a tu hombre!

— ¡Ya lo he intentado! Pero no quiere. —señaló con la cabeza la lista— ¿Cuál te parece más apropiado?

— ¡Keith!

— ¡Sí, pero no quiere! Y se va en cinco días, así que tenemos que darnos prisa.

—Estás enfadada. — dijo Marcos divertido.

— ¡Claro que está enfadada! ¡Se ha acostado con él hace unas horas y ahora Keith se arrepiente! — furiosa la mujer miró la lista y

apretó los labios leyéndola de nuevo. Después de leerla veinte veces se dio por vencida mirando a Ivonne.

— ¡No puede ser tan malo!

— Dos tienen problemas con la bebida, cuatro son muy jóvenes para ti, seis deberían estar en la cárcel. — Ivonne abrió los ojos como platos — Otros tres son demasiado mayores.

— ¿Y el que queda?

— Tenía entendido que estaba casado y tenía tres hijos.

— Mierda. — se dejó caer en la silla. Levantó la mirada — ¿Y Donald?

— Llamó por teléfono para que le borrara después de su salida de la casa.

— Chica, tienes la tarjeta de ese tipo. ¿Por qué te complicas? — preguntó Marcos comiendo una galleta.

Miró a su amigo furiosa — ¡Esta es mi casa! ¡Y no pienso malvenderla por miedo a perder el rancho! ¡Si tengo que buscar un capataz, lo haré! Hablaré con Luke, puede que le interese el puesto. ¡Y no tendré que casarme!

Satisfecha por haber encontrado la solución miró a Libi, que evitaba mirarla a los ojos — ¿Y ahora qué? — preguntó exasperada.

— Luke es muy agradable. Ese es el problema.

— ¿Qué quieres decir?

— Para dirigir a tantos vaqueros, hay que tener mala baba. — dijo Marcos divertido — Sino se te suben a la chepa.

— ¿Quieres decir que no tiene bastante carácter para el trabajo?

— No lo hubiera dicho mejor. Sabe cumplir las órdenes como nadie. Pero como tenga que ordenar él...esto va a ser un caos.

— ¿No estarás poniéndoles pegas a todos para que intente convencer a Keith?

— No estaría de más que volvieras a intentarlo porque mi chico es el mejor. ¡Y te gusta!

Gruñendo se volvió a levantar — ¡Es increíble! ¡Soy un chollo! ¡No entiendo que ahora se ponga así!

— Ese tío hirió su orgullo. — dijo Marcos con la boca llena.

—Dios mío, ¿es por eso? — Libi la miró preocupada— ¡Pues tendrás que convencerle de que le necesitas!

Mascullando que encima tenía que arrastrarse, cuando le estaba regalando más de diez millones de pavos haciéndole el dueño de la mitad del rancho, subió las escaleras de mal humor. Abrió la puerta de su habitación sin llamar y le vio recién duchado con unos pantalones vaqueros limpios a medio abrochar.

— Vale. — dijo haciéndole sonreír— Tengo una idea.

— ¿Si?

—Cómprame la mitad.

Eso le hizo perder la sonrisa — No puedo pagar la mitad de tu finca, nena.

—Me lo pagarás con tu trabajo. —se sentó en la cama mirándole fijamente esperando una respuesta —Te lo pondré a un interés muy bajo.

—Sería igual que si me lo regalaras. — dijo molesto poniéndose una camisa azul.

— ¡Joder, Keith! ¡No te vale nada! ¡Primero me dices que te doy la mitad o te vas! ¡Después me pides matrimonio y ahora me dejas tirada!

—No te voy a dejar tirada. — molesto empezó a abrocharse la camisa —Me quedaré hasta que encuentres un sustituto.

— ¿Y cómo voy a saber que lo hace bien?

Él apretó los labios — ¡Pues tendrás que aprender!

— ¡Eso pensaba hacer! —levantó la barbilla orgullosa— ¡No sé por qué te pones así, por las palabras de alguien que claramente sí que quería aprovecharse de mí! ¡Deberías darte cuenta que estaba molesto por no salirse con la suya y ha soltado ese comentario para lograr precisamente esto! ¡Que me dejes tirada! —de repente se sintió superada por la situación. No quería perder la finca de su padre y tampoco quería perder a Keith. Si él se iba, tendría que vender la finca porque no sabría lo que estaba haciendo y en un rancho de ese tamaño los gastos serían enormes. Al sentir el nudo

en la garganta y que sus ojos se llenaban de lágrimas, se levantó de un salto saliendo a toda prisa de la habitación evitando mirarle.

Capítulo 9

Fue hasta su habitación y cerró la puerta con llave queriendo estar sola unos minutos. Miró a su alrededor frustrada limpiándose las lágrimas y se acercó lentamente hasta la foto que su padre tenía sobre la mesilla de noche. Se sentó sobre la cama mirando su imagen mordiéndose el labio inferior. Abrió la mesilla y vio una pipa antigua. Sonrió porque seguramente era de su abuelo. La puso sobre la mesilla y sacó lo que parecía una foto vuelta del revés. Le dio la vuelta y tragó saliva al ver a su verdadera familia. Su madre la tenía en brazos y John sonreía a la cámara besándola en la mejilla. Ella reía en brazos de su madre intentando coger a su padre del cuello. Parecían una familia feliz, pero ya sabía que en ese punto las cosas no iban bien. Acarició la cara de su padre deseando haberle conocido. Le gustaría saber qué haría él si se encontrara en su lugar. Sabía lo que haría James y deseaba llamarle porque siempre la había aconsejado en todo, pero no lo haría. Seguramente le diría que vendiera el rancho y volviera a casa. Cosa que no pensaba hacer.

Dejó la foto sobre la mesilla y sacó varios papeles. Eran análisis de sangre y un informe médico. Al parecer tenía la tensión algo alta y colesterol. Los dejó sobre la mesilla intentando averiguar algo más sobre su padre. Vio un sobre y se le cortó el aliento al reconocer la letra de su madre. Lo abrió a toda prisa y vio una nota— Ha terminado el instituto. Te envió foto de graduación. — Dios, que

frialdad, pensó temblando mientras estrujaba la nota entre sus manos. Abrió el segundo cajón y vio un montón de sobres con la letra de su madre. Las notas a lo largo de los años eran del mismo estilo. Su cumpleaños, Navidades, bailes de fin de curso. En todas le enviaba una sola foto que no estaba allí. Así que supuso que las tenía en algún álbum. Sacó todo lo que había en las mesillas sin darse cuenta que estaba llorando y medio desquiciada empezaba a sacar las cosas de su aparador cuando llamaron a la puerta.

—Nena, la cena está lista.

—No tengo hambre. — dijo intentando aparentar una calma que no sentía mientras cogía con manos temblorosas un dibujo suyo. Recordaba cuando lo había hecho. Su profesora les había pedido que dibujaran su lugar ideal y ella había pintado un rancho. Se echó a llorar mirando el dibujo donde había dibujado a su madre, a James y a ella misma al lado de un caballo, gallinas y dos ovejas. Al ver debajo de James escrito con su letra infantil la palabra papá, se llevó la mano al estómago por lo que tuvo que sentir cuando su madre se lo envió.

—Ivonne, abre la puerta. ¿Qué estás haciendo?

— ¡Déjame sola!

La puerta se abrió de golpe sobresaltándola y al ver lo que tenía en la mano se acercó preocupado— Nena, deja eso.

— ¡Cómo pudieron hacerle eso! — dijo desgarrada mostrándole el dibujo— ¿No tienen corazón? ¿Qué clase de personas hacen algo así? ¡Sabía que llamaba papá al hombre que le destrozó la vida! ¿Cómo debía sentirse?

—No tienes que torturarte por algo que no fue culpa tuya. — dijo quitándole el dibujo de las manos.

Ivonne muy nerviosa miró otra vez el cajón, pero Keith la cogió por la cintura— ¡No, déjame! — intentó revolverse— ¡Déjame, Keith! ¡Quiero ver sus cosas!

—Déjala. — susurró Libi en la puerta apretándose las manos al ver su angustia —Debe pasar el duelo.

— ¡No quiero que se ponga enferma!

— ¿Y a ti qué te importa? — gritó fuera de sí. Abrió los ojos como platos al ver en el cajón unos zapatitos de bebé en color rosa y se echó a llorar porque los había guardado todos esos años, como todo lo demás que era suyo.

—Libi, llama a Dunning. — dijo preocupado cogiéndola en brazos y sacándola de la habitación. La metió en su habitación y la tumbó sobre la cama sentándose a su lado —Vamos, nena. Relájate. No llores.

—No lo entiendo. — susurró congestionada de tanto llorar.

—No tienes que entenderlo. Sólo acéptalo y sigue adelante.

—He perdido a mi familia. Me siento como si les hubiera perdido a todos.

Libi se echó a llorar saliendo de la habitación y Keith la abrazó a él— Se te pasará e incluso les perdonarás, aunque ahora no te lo creas. Porque son tu familia y les quieres.

—Puede que les perdone el daño que me han hecho a mí, pero el que le hicieron a él no se lo perdonaré nunca.

Keith acarició su espalda sin contestar. No fue consciente del tiempo que había pasado y cuando vio al médico entrar en la habitación preocupado, se sorprendió.

—Vaya, veo que estás algo alterada.

—Estoy bien.

—Keith, déjame reconocerla.

La tumbó suavemente en la cama y el doctor se sentó a su lado ocupando su sitio. Keith les observaba preocupado y un movimiento en la puerta le llamó la atención donde Marcos miraba a su amiga pálido —Se pondrá bien.

—Claro que sí. Es muy dura.

Ella miró a su amigo desde la cama mientras el médico le tomaba la tensión y sonrió con tristeza emocionándose al verle tan preocupado, pensando que era el único que no la fallaba nunca.

—Ey, ey...— dijo el médico— Al parecer estás muy sensible. Hora de un sedante.

— ¿Tiene la tensión alta? —preguntó Keith tensándose.

—Nada fuera de lo normal en estas circunstancias. No como el otro día. — el médico la miró a los ojos— Al parecer no te has tomado las cosas con calma.

— ¡Sí que lo he hecho!

—Sí, claro. Nada como una estampida para relajar el ánimo. — se sonrojó al escucharle.

El doctor se levantó mirando a Keith fijamente— ¿Cómo se te ocurre llevarla a arrear ganado?

— ¡Estaba bien! ¡Le tomamos la tensión antes de salir! — se movió incómodo— ¡Incluso ha dormido la siesta! — Ivonne se puso como un tomate al recordar su siesta— ¡Se ha puesto nerviosa al ver los recuerdos de John!

—Tiene que tomarse las cosas con calma.

— ¿Cómo voy a tomarme las cosas con calma? ¡Las cosas vienen como vienen!

El médico chasqueó la lengua— Durante los próximos tres días no quiero que salgas de casa.

— ¡No puedo hacer eso! ¡Keith se va y tengo que aprender todo lo que pueda!

—No me voy a ningún sitio, así que no te preocupes.

— ¿Te vas del rancho Martin? — preguntó el hombre acercándose a Keith— ¿Por qué?

— ¡Eso mismo digo yo! —dijo ella enfadada sentándose en la cama — ¡Se lo he ofrecido todo!

— ¿Ah, sí? — el doctor reprimió una sonrisa, pero ella entrecerró los ojos sabiendo lo que pensaba.

— ¡Pues sí! Y ahora no quiere casarse conmigo.

—Vaya, vaya. — dijo el médico cruzándose de brazos mirando a Keith divertido— ¿Así que esa es tu manera de que mi paciente descanse?

—Métete en tus asuntos, doc.

— ¿Qué diría John de todo esto?

—Que tengo muy buen gusto y después me pegaría un tiro entre ceja y ceja. — Keith sonrió sin poder evitarlo.

El médico se echó a reír—Sí, seguramente. —miró a su paciente — Tienes que descansar. Cenarás algo ligero y tomarás un sedante que te hará dormir de un tirón. Tres días sin salir a arrear ganado. Volveré a reconocerte y si todo va bien, iniciarás tu vida normalmente. Sino es así, tendré que hacerte varias pruebas. Pero necesito que descanses. Han sido unos días muy estresantes.

—Tranquilo, doc. Yo me encargo. —dijo Keith mirándola de reojo.

—También te encargabas antes y mira como ha ido. Hablo en serio.

—Estoy bien. Me lo tomaré con calma.

Keith entrecerró los ojos al verla sentarse en la cama. El doctor cogió un bote de pastillas de su maletín —Una esta noche y si mañana estás igual tómate otra.

—Vale. —se levantó de la cama y Keith levantó una ceja — ¡Voy al baño! —al ver que iba a salir de la habitación, la cogió por el brazo guiándola hacia su baño —¡Voy a mi baño!

—Nena, no te pongas rebelde. — dijo metiéndola y cerrando la puerta.

Atónita miró la puerta cerrada y entrecerró los ojos. ¿De qué iba? ¿Ahora quería cuidarla? No había quien le entendiera. Sin darse cuenta sonrió.

Al salir del baño sólo estaba Marcos sentado en la cama con la pierna estirada sobre ella— Vaya dos. — dijo echándose a reír— Australia no está dejando hechos polvo.

— ¿Estás bien?

Estaba preocupado y ella se acercó sentándose a su lado— Sí, estoy bien. — se acercó y le susurró al oído—Ese médico es un poco exagerado.

Marcos se echó a reír— Sí, claro.

Se miraron a los ojos y Marcos le cogió la mano— Me tienes a mí, ¿sabes?

—Claro que lo sé.

—No tienes que agobiarte. Si se pone difícil, vendes el rancho.

—No me gustaría tener que desprenderme de él.

—Lo sé. Te enamoraste de la casa en cuanto te bajaste del coche el día de nuestra llegada. Lo vi en tus ojos.

—Es una sensación muy rara.

—Pero no debes dejar que esa sensación te nuble el juicio, Iv. Tienes que darte cuenta que aquí tienes tu futuro y no sabes llevar el rancho. Con ese dinero vivirías desahogada el resto de tu vida. E incluso tus hijos vivirían desahogados el resto de la suya.

—Sí. —apretó su mano— Pero lo que quiero es que mis hijos puedan vivir aquí.

Marcos suspiró —Vale, ahora no te preocupes por eso. Encontraremos la solución.

—Ya estoy aquí. —dijo Libi entrando con una bandeja en las manos.

—Pero si puedo cenar abajo.

—No protestes, niña. Después tomas la pastilla y a dormir. Te traeré el camisón.

—Ya iré yo a...—Libi salió de la habitación a toda prisa— ¡Pero si es la habitación de Keith!

—Mira, una excusa para dormir aquí. —dijo Marcos levantándose.

—Ja, ja. —aunque pensó en ello y tenía razón —Uff, qué cansada estoy.

Marcos se echó a reír saliendo de la habitación— Hasta mañana. Te quiero.

—Te quiero. —dijo mirando la cena. Un caldo y una pechuga de pollo a la plancha. Esa dieta sí que iba a acabar con ella.

Se empezó a quitar la ropa y cuando Libi llegó con el camisón, la ayudó a ponérselo como si fuera una niña y la metió en la cama colocándole encima la bandeja. Escuchó un ruido en su habitación y se detuvo con la cuchara en alto — ¿Hay alguien en mi habitación?

—No. —dijo colocando su ropa sobre la silla.

Se encogió de hombros empezando a cenar, pero después de unos minutos volvió a oír un ruido y varios murmullos. Miró a Libi que disimuló preguntándole— ¿Está bueno?

— ¿Qué están haciendo?

—Nada. Serán los ratones.

— ¿Ratones? ¿Los ratones hablan? — movió la bandeja para levantarse de la cama, pero Libi se lo impidió.

— ¡Keith!

— ¿Qué están haciendo?

Los pasos de Keith acercándose la hizo mirar hacia la puerta y cuando apareció sonrió al verla en la cama— ¿Qué pasa, nena?

— ¿Qué haces en mi habitación?

—Nada. Doc me ha dicho que le busque unos análisis de tu padre. — entrecerró los ojos porque no sabía si creerle —En el despacho sé que no están, así que buscaba en su habitación.

— ¿Y para qué los quiere?

—Para no sé qué estudios que está haciendo entre familiares. — dijo sin mirarla a los ojos.

— ¿Me estás mintiendo?

— ¡No! ¿Por qué iba a hacerlo?

Sí, sería una tontería porque terminaría enterándose —Están sobre la mesilla de noche. ¿No tiene una copia en su consulta?

—Al parecer no. Además, estoy revisando la puerta para arreglarla.

—Ah, claro.

Continúo comiendo y ellos sonrieron como si fuera una niña buena.

—Nena, había pensado que me quedaré un mes. Y te ayudaré a buscar alguien que me sustituya.

Libi le miró como si fuera idiota, pero Ivonne no se dio ni cuenta. Acababa de perder totalmente el apetito. Así que al final se iba. No sabía por qué. En realidad no le conocía, pero se sentía como si realmente la abandonara su marido. Algo realmente ridículo. Forzó una sonrisa y dijo —No hace falta. Tienes apalabradas esas tierras de las que hablabas, así que no hagas esperar más a ese hombre. Nos arreglaremos.

Libi se acercó y le tendió la pastilla — Anda, tómatela y descansa. Ya pensarás en eso mañana.

—Sí, claro. — se la tomó a toda prisa y Libi retiró la bandeja. Se tumbó y se dio cuenta que se había tumbado en su cama— Oh, perdona. Será mejor que me vaya a mi cama.

Keith la miró exasperado —Quédate ahí.

—No, de verdad. Será lo mejor para no confundir las cosas. — salió de la cama rápidamente y pasó ante ellos.

Libi siseó a Keith viéndola salir— Serás idiota.

—Sí, estoy empezando a pensar que soy idiota. — fue tras ella y cuando llegó a la habitación ya estaba metida en la cama mirando el techo —Nena, no tenías que haberlo hecho.

—No pasa nada. —susurró cerrando los ojos. Lo que menos quería era que se sintiera obligado a dormir con ella — Hasta mañana.

Keith apretó los labios antes de decir— Hasta mañana.

Cuando Keith llegó abajo, Marcos y Libi le miraban como si quisieran matarle.

—Joder, tío... en serio, abres la boca y la cagas. No sé cómo te arreglas. — dijo Marcos molesto.

— ¡No os metáis en esto! — se sentó en la mesa y Libi le tiró el filete en el plato de mala manera —Hago lo mejor para todos.

— ¿Lo mejor para todos? ¡No sé si te has dado cuenta, pero no es lo mejor para ella!

—Será lo mejor a la larga. — dijo cortando el filete con energía.

Marcos y Libi se miraron. Marcos le hizo un gesto a la mujer que preguntó— ¿Por qué no te casas con ella?

— ¡Porque paso de que todo el mundo piense que me caso con Ivonne por el rancho!

— ¿Y si volvéis al plan original? Socios al cincuenta por ciento.

— ¿Y soportar ver que sale con otros tíos? — les miró como si estuvieran mal de la cabeza.

—Joder, estás hecho un lío. ¿Te gusta o no te gusta?

Él gruñó levantándose de la silla — ¡Dejarme en paz!

Le observaron salir como un toro furioso.

—Vale, ¿qué hacemos? — preguntó Libi preocupada —Están hechos el uno para el otro.

—Creo que lo mejor es encontrar un capataz. — dijo Marcos malicioso —Y si es guapo mejor.

— ¡No!

—Claro que sí. Un tío guapo que pueda hacer su trabajo y se le quitarán todas las tonterías de la cabeza al ver que la pierde.

—Pues como no hagamos un milagro. Porque no creo que haya nadie que supere a Keith.

—Vamos. Esto es Australia. Está llena de tíos enormes y guapos. Libi se echó a reír— ¿Esa es la imagen que tenéis de nosotros?

—Más o menos.

Se sentó ante él —Hay alguien, pero no sé...

— ¿Quién es?

—Es el capataz del rancho Hill.

Marcos entrecerró los ojos— ¿El rancho qué?

—El padre de Anne.

— ¡No podemos robarle su capataz! ¡No podrá ni verme!

—No podrá verte igual. ¡A su princesita no la toca nadie!

—Pues empezamos bien.

—Hablo en serio. El señor Hill es un mal bicho cuando te tiene entre ceja y ceja. Tiene fama de ser muy duro con sus vaqueros y un día tuvo una bronca con John que acabó en puñetazos porque una de sus reses cruzó el cercado y le echó la culpa.

— ¿Se pelean por una res cuando tienen millones? — Marcos no se lo podía creer.

—Aquí se toman estas cosas muy a pecho. No quiero ni mencionarte una vez que hubo un problema de lindes y se acabó a tiros. —le señaló con el dedo— ¿Cómo crees que se tomará que su única hija salga con un tipo que no sabe por dónde se ordeña una vaca? —Marcos hizo una mueca —Si hablamos con su capataz, que por cierto está harto de él y se lo quitamos, no podrá volver porque el señor Hill no lo readmitirá por orgullo.

—Entiendo. El tipo se quedaría sin trabajo. No me gusta jugar con el trabajo de nadie.

—Pero si insinuamos a Keith que puede estar interesado en nosotros...

—Claro. Sólo tendríamos que ponerle la zanahoria delante y guiarlo en la dirección correcta.

—Exacto. Que piense que ese tipo sí estaría interesado en trabajar aquí. No lo soportará. Son rivales desde hace años. Pensar que estará al lado de Ivonne, le pondrá de los nervios.

Escucharon la puerta y Libi corrió hacia el teléfono descolgándolo — Sí, claro. En este momento está descansando, pero le diré que la has llamado. Adiós.

— ¿Quién era? — preguntó Keith mirándola fijamente.

—Oh, era Carlton Stuart. —dijo colgando el teléfono— Quería hablar con Ivonne. —sonrió radiante— Fíjate que igual se arregla todo.

— ¿De verdad? ¿Por qué lo dices? — preguntó Marcos disimulando.

—Es un capataz de primera y su jefe es un gruñón. Igual tenemos suerte y quiere cambiar de trabajo.

—Nunca dejaría a Hill. — dijo Keith tensándose.

— ¿Y eso por qué? He oído que últimamente discuten mucho.

—Porque... —miró de reojo a Marcos que entrecerró los ojos — Hay rumores sobre que él sí que quiere el rancho Hill.

Libi lo miró con la boca abierta— Es broma.

—No, todo el mundo sabe que Hill quiere que su hija se case con Carlton. De hecho, John bromeaba diciendo que era la solución perfecta. — sonrió divertido, pero luego perdió la sonrisa —Decía que ya que ella no sabía nada, él se encargaría del negocio familiar.

Se quedó callado unos minutos— ¡Joder! —salió de casa dando un portazo.

— ¿Y ahora qué ha pasado? — Marcos no salía de su asombro.

—Se ha dado cuenta.

— ¿De qué?

—De que al no dejarle nada en el testamento, John quería obligarle a hacer a Keith lo mismo.

— ¿Qué?

—Si a Keith le hubiera dejado parte del negocio como todo el mundo esperaba, simplemente hubieran sido socios porque él cuidaría de sus propios intereses cuidando del rancho.

—Pero si no le dejaba nada...

—Si no le dejaba nada, había dos opciones. Que se largara cabreado o que intentara protegerla cuidando del negocio. Y tenía razón porque no tardó ni veinticuatro horas en darse cuenta que era la solución perfecta para ambos.

—Pero tuvo que llegar ese tipo a joderlo todo.

—Exacto. Ahora está hecho un lío y más aún porque ella le atrae mucho. Quiere casarse con ella, pero no soporta que todo el mundo piense que se está aprovechando de su situación.

—Pero ella no piensa así.

—El orgullo masculino es demasiado frágil.

Marcos miró a Libi atentamente— ¿John habló de esto contigo?

—Lo hablamos muchas veces. — sonrió nostálgica— De qué pasaría cuando Ivonne volviera a casa... de qué pasaría con Keith... nada le hubiera gustado más que verles juntos. Pero la vida no le dio esa oportunidad. Por supuesto si Ivonne hubiera aparecido y no se hubieran llevado bien, John se habría olvidado del asunto, pero les has visto. Son perfectos el uno para el otro. Me di cuenta en cuanto vi la cara de Keith al verla gritar en el hall. Y voy a hacer todo lo que pueda para que el sueño de John se haga realidad. Por eso le insinué a Keith que se casara con ella.

Marcos se echó a reír— Yo se lo dije a Ivonne. No se le habría pasado por la cabeza sino es por mí.

—Está claro que nos necesitan.

—Bien, ¿y ahora qué hacemos?

Capítulo 10

Ivonne se despertó boca abajo moviendo la pierna derecha y frunció el ceño cuando su muslo rozó algo blandito. Abrió los ojos al darse cuenta que su pierna estaba entre las de Keith que dormía plácidamente boca arriba. Así que al final había dormido en su cama. ¡Tendría morro! Se largaba, pero bien que dormía con ella. ¡Y estaba desnudo!

Dispuesta a darle una lección, cerró los ojos y movió su muslo rozando su miembro. Keith se tensó, pero ella siguió aparentando estar dormida dejando el muslo en esa posición mientras el miembro de Keith se despertaba con energía. Él se movió intentando apartarse e Ivonne protestó farfullando acercándose más a su cuerpo y rodeando su torso con el brazo. Como no estaba cómoda volvió a protestar y Keith levantó el brazo abrazándola para que colocara la cabeza sobre su torso. Ivonne sonrió satisfecha apretando sus pechos contra él, rozando su miembro con el muslo cortándole el aliento. La otra mano de Keith fue a parar a su trasero que acarició suavemente. La verdad es que el muy puñetero tenía unas manos que la volvían loca. Sin darse ni cuenta suspiró apretando su cadera contra él y Keith la colocó sobre su cuerpo. Estaba claro lo que quería y ella a punto de claudicar abrió los ojos.

—Buenos días. —dijo él sonriendo.

— ¿Qué coño haces?

Keith llevó la otra mano a su trasero y se lo acarició — ¿Tú qué crees?

Ella se puso a horcajadas sobre él y Keith gimió tensándose cuando sus sexos se rozaron —Vaya, estás muy excitado. —dijo ella con voz ronca moviendo su cadera sobre su miembro. Keith apretó las mandíbulas gimiendo— ¿Te ocurre todas las mañanas?

—Nena...

—Cariño, ¿no se supone que te vas en un mes? — movió otra vez la cadera sintiendo que su vientre ardía de deseo por él.

— ¿Tenemos que hablar de eso ahora? — la cogió por las caderas intentando retenerla, pero ella volvió a moverse sobre él haciéndolo jurar por lo bajo.

—Es que...ahora no me apetece. — se apartó dejándolo con la boca abierta. Se levantó de la cama y fue hasta el baño mordién dose el labio inferior intentando ignorar su propio deseo.

— Es coña, ¿no?

Se volvió desde la puerta del baño para verle sentado en la cama y sonrió—Son las cinco. Hora de levantarse.

Cerró la puerta aliviada. Era lo más difícil que había hecho en su vida. Ese hombre la tocaba y perdía el norte. Pero se lo merecía. Se acostaba con ella y después decía que la dejaba. ¡Y eso no se lo iba a hacer más! ¿Pero quién se creía que era? ¡Estaba bueno y era un hacha en la cama, pero a Ivonne Martin no le tomaban el pelo!

Cuando salió lo hizo en pelotas decidida a provocarle todo lo que podía para fastidiarle y Keith entrecerró los ojos todavía sentado en la cama —Nena...

— ¿Si?

—Ven aquí.

—Ah, no. Creo que lo mejor es que bajemos a desayunar. Estoy muerta de hambre. — cogió su sujetador— Aunque no me extraña con lo que he comido estos días. ¿Sabes? Creo que he adelgazado.

Chilló cuando la cogieron por la cintura lanzándola a la cama. Keith gruñó tumbándose sobre ella. A Ivonne se le cortó el aliento

cuando sus pechos rozaron su torso —No debemos acostarnos. — susurró casi sin voz— Te vas a ir y...

—Podemos aprovechar el tiempo. — dijo antes de besarla saboreándola mientras se hacía espacio entre sus piernas. Entró en ella con fuerza provocando que gritara de placer en su boca. Rodeó su cuello con los brazos y sus caderas con las piernas, queriendo unirse a él lo máximo posible. Keith apartó su boca, apoyándose en sus antebrazos para mirarla a los ojos mientras se movía con fuerza una y otra vez, cada vez con más ímpetu mientras ella se aferraba a él desesperaba por más. De detuvo de repente y ella se retorció — Dime que quieres esto. — dijo él moviendo la cadera una sola vez.

—Sí.

Keith volvió a mover la cadera haciéndola gemir y la besó en los labios— Nunca vuelvas a provocarme para luego dejarme a medias. — susurró contra su boca —No tienes resistencia, cielo.

— ¡Muévete ya! —gritó ella desesperada por él.

Keith sonrió alejando su cara para mirarla bien. Se movió ligeramente provocando que la tensión la recorriera de arriba abajo y cuando volvió a entrar en ella, lo hizo con fuerza precipitándola a un mundo de maravillosas sensaciones que la embriagaron.

Keith se echó a reír y la besó en los labios— Vamos, cielo. Hay que desayunar. ¿No tenías hambre?

—Idiota. — le mordió el labio inferior suavemente para luego lamérselo con suavidad — ¿Me traerás el desayuno a la cama? Reposo, ¿recuerdas?

Él la miró a los ojos —No lo sé. ¿Te portarás bien?

—No sé qué quieres decir.

Keith se echó a reír— Nena. Eres transparente. Debes descansar, ¿recuerdas?

—Pero debo revisar la contabilidad y todas esas cosas. Debería pasarme por el despacho...

—Cielo, la contabilidad la lleva una empresa.

—Ah. Pero algo tendré que revisar. No sé... ¿Es que papá se pasaba todo el día a caballo?

—Prácticamente. —divertido se apartó de ella levantándose de la cama.

—Me podrías enseñar. —dijo ilusionada levantándose también.

—Dentro de tres días.

—Vamos, eso no me estresará. ¡Será divertido!

—Dentro de tres días. —dijo poniéndose los vaqueros.

—Bueno, pues puedo aprender otra cosa. ¿Qué otras cosas tengo que aprender?

—Nena, mejor pregunta qué no tienes que aprender.

— ¡Oye, que soy muy lista!

Keith sonrió—Eso ya lo sé. Tu jueguito de esta mañana me lo ha dejado claro.

—Listo tú, que quieres acostarte conmigo y después largarte a esas asquerosas tierras.

—Vaya... y yo que creía que demostraba que te deseaba a pesar de tus asquerosas tierras.

—Ah.

—Hablo en serio. —dijo cogiendo una camiseta del armario. ¿Desde cuándo tenía ropa en su habitación? —No utilices el sexo para discutir conmigo.

— ¡No lo utilizaba para discutir contigo! — le gritó al verle salir y le siguió con intención de discutir un rato, pero se detuvo en la puerta al darse cuenta que estaba desnuda— ¡Lo utilizaba para darte una lección!

— ¡Es lo mismo!

— ¿Y mi desayuno?

— ¿No querías hacer cosas? —preguntó divertido.

— ¡Oh, por Dios! ¡En esta casa no se puede dormir! — protestó Marcos desde su habitación.

— ¡Son las cinco! — gritó cerrando de un portazo.

—Igualita que su padre. — escuchó decir a Libi.

Se pasó todo el día en la cocina aprendiendo a hacer pasteles y chilló de alegría cuando un coche se acercó con el logotipo de la compañía aérea — ¡Mi maleta! ¡Ha llegado mi maleta!

Marcos se echó a reír al verla tan contenta tirando de su maleta hacia el piso de arriba. Decidió ponerse guapa para la cena. Y se duchó dejándose el pelo suelto y se puso un sencillo vestido rosa con unas sandalias blancas. No se maquilló demasiado, sólo se puso algo de sombra de ojos y se pintó de rosa los labios.

Se pasó el resto de la tarde colocando su ropa en el armario. Iba a colgar un vestido cuando frunció el ceño. Juraría que allí el día anterior había ropa de su padre. Abrió la otra puerta y vio que estaba vacío. Se volvió hacia el aparador y tuvo un presentimiento. Lo abrió a toda prisa y estaba vacío. Corrió hacia la mesilla e igual. ¡Habían sacado todas las cosas de su padre! ¡Por eso no querían que durmiera en su habitación!

Bajó al piso de abajo y entró en la cocina— ¿Dónde están sus cosas?

Libi se volvió —Están guardadas hasta que doc nos diga que estás bien. Si no las ves, no te emocionarás tanto.

— Pero están guardadas, ¿no? No las habéis tirado.

—Cariño, ¿cómo vamos a tirarlas? Son tuyas. Sólo te las hemos quitado del medio hasta que te encuentres mejor.

—Vale.

—Qué guapa te has puesto. Qué bien, porque hoy tenemos un invitado.

— ¿Un invitado?

—Sí, es Carlton Stuart. El capataz del rancho Hill.

— ¿Es capataz?

—Oh, sí. Y uno de los buenos. — dijo colocando sobre la mesa la ensalada —Puede que le interese el puesto. Yo sólo le he invitado a cenar, pero ha dicho que sí rápidamente.

— ¿Le has invitado tú?

—Bueno, le llamé para hacerle una preguntita de nada y una cosa llevó a la otra y...

—Le invitaste a cenar.

—Para que te conociera, ya que eres nueva en la zona. También vendrá Marian. Está montando a caballo y siempre se queda a cenar.

— ¡Hola! — Marian apareció en la cocina como si fuera la dueña y fue hasta la nevera para sacar un refresco de cola— Estás muy guapa. ¿Tienes una cita con Keith?

—Pues no. Pasa de mí. ¿No lo sabías?

—Va, tonterías de los tíos. Batea las pestañas y guíñale un ojo. Caerá derretido a tus pies.

—Lo probaré. — dijo divertida —¿Tú lo has probado?

—Pues la verdad es que sí. Y funciona.

— ¿De veras? —preguntó divertida.

—Sí. Y una lagrimita diciendo que no me haces caso, también funciona.

—Menuda rompecorazones tenemos aquí. ¿Tienes novio?

—En este momento no, pero tengo uno en mente. Está como un queso. — salió de la cocina— Iv, ¿me prestas un vestido?

—Sí, coge lo que quieras. —miró a Libi asombrada — Menuda pieza.

—Sí, ya verás cuando llegue Carlton. — se echó a reír —Lo trae de cabeza.

— ¿No me digas?

—Sí, cuando va a la ciudad lo persigue y cuando vamos a alguna fiesta, lo obliga a bailar con ella. Es tan insistente que al final caerá. El que la sigue, la consigue.

—No sé si tienes razón en eso, pero es tenaz, no hay duda.

Ayudó a Libi y cuando llegó Keith parecía hecho polvo —Hola, nena. — miró la mesa — ¿Tenemos invitados? —le dio un rápido beso en los labios.

—Un tal Carlton Stuart y Marian que está en mi habitación atracando mi armario.

— ¡Qué preciosidad! —escucharon desde el piso de arriba.

— ¿Carlton Stuart viene a cenar? —preguntó tensándose.

—Sí. Le conoces, ¿no? — preguntó divertida— Es el capataz de...

—El padre de Anne. Sí que lo sé.

—¿Es el padre de Anne? ¿La Anne de Marcos?

— ¿Ahora es la Anne de Marcos?

—Claro que lo es. — dijo indignada — ¿Por qué? ¿Sabes algo que yo no sé? No será una lagarta, ¿no?

Keith se echó a reír— Te aseguro que no hay nadie menos lagarta que Anne.

—Bien. — dijo más tranquila— A Marcos nadie le hace daño.

—No se atreverían. — cogió un canapé y se lo metió a la boca— Voy a ducharme. Va ser una noche de lo más entretenida.

— ¿No te molesta ni un poquito? Porque si lo quieres, el puesto aún es tuyo. —le miró de reojo, pero parecía tan tranquilo.

— ¡No! Es tu casa. Invitas a quien quieras.

Gruñó viéndole salir y Libi se rió— Tranquila, cambiará de opinión.

— ¿Cómo lo sabes?

—Espera y verás.

Escucharon una camioneta cuando estaban a punto de ir al salón para tomar algo antes de la cena —Ya está aquí. — dijo saliendo hacia el hall. Miró escaleras arriba y gritó — ¡Marian, a cenar!

— ¡Ya voy!

Salió al porche sonriendo y lo hizo más ampliamente cuando vio lo guapo que era. Se parecía a Keith, pero era rubio y muy moreno de piel. Se dio cuenta que debía tener algún año menos que Keith, pero era igual de musculoso y alto. Bajó de la camioneta sonriendo — Buenas noches.

—Buenas noches, Carlton. — dijo Libi sonriendo— Te presento a la nueva dueña del rancho Martin. —él se acercó a toda prisa a los escalones que subió ágilmente y extendió la mano sonriendo — Ivonne Martin.

—Encantado de conocerla. No se habla de otra cosa en la ciudad. Pero debo decir que es mucho más bonita que lo que dicen.

—Muchas gracias.

—Carl. ¿Por qué tienes que ser tan lisonjero con todas? — preguntó Marian saliendo al porche con un vestido blanco ajustado que mostraba todas sus curvas. Ivonne se lo había comprado para ir de discoteca y tenía que reconocer que a ella que era más joven le quedaba perfecto — ¿A mí no me dices nada? — preguntó batiendo las pestañas.

—Sí, hola.

Fue tan seco que a Ivonne por poco le da la risa por la cara que puso Marian — Pues tú estás muy guapo con esa camisa blanca. Vamos a juego. — le guiñó un ojo y Libi soltó una risita mientras que Carlton carraspeaba incómodo.

—Pasemos a tomar algo. — dijo Ivonne advirtiéndole con la mirada a Marian para que se cortara un poco — ¿Qué quieres tomar?

—Cerveza, por favor. —dijo a punto de sentarse en el sofá con Marian detrás, pero al darse cuenta que se sentaría con él, fue a toda prisa hacia el sillón. Marian no se dio por vencida porque se sentó en el sofá lo más cerca posible de él.

Libi les sirvió las bebidas e Ivonne dijo— Al parecer es el capataz del rancho Hill.

Marcos y Keith aparecieron en la puerta del salón y él se volvió a levantar— Hombre, Keith... si estás aquí. — dijo algo incómodo.

—Vivo aquí. — respondió Keith fríamente acercándose para darle la mano — ¿Conoces a Marcos? Es amigo de Ivonne.

—Ah, su amigo.

—Sí, cielito. Su amigo. No imagines cosas. Excepto si lo haces conmigo. — Marian volvió a batear las pestañas.

—Cuidado con esta cuando tenga veinte años. — susurró Libi pasando al lado de Ivonne que intentaba contener la risa.

—Encantado. — dijo Carlton rojo como un tomate, tendiéndole la mano a Marcos, que a su vez lo miraba con desconfianza.

—Anne es mía.

El pobre hombre miró a su alrededor sin saber qué decir— ¿Perdón?

Libi se echó a reír y Marian sonrió radiante— Ya sabía yo que mi cielito pasaba de ella.

Carlton enderezó los hombros —Me da la sensación que esta cena es una especie de encerrona.

—No, amigo. — dijo Keith divertido—Sólo quieren ofrecerte trabajo, pero ya no hay vacante.

— ¿Ah, no? — Ivonne puso la mano en la cadera viendo como se sentaba en el otro sillón— ¡Oye! ¡Sabes que este jueguito tuyo me está empezando a tocar las narices! ¿Te quedas o te vas?

—Me quedo.

A Ivonne le dio un vuelco el corazón— ¿De verdad? ¿No cambiarás de opinión mañana o pasado mañana?

—No.

— ¿Y las condiciones?

—He pensado que lo mejor es que sigamos como estaba con tu padre.

—Pero, ¿y tus tierras?

—Las he comprado. —asombrada se sentó en el brazo de su sillón.

— ¿Qué?

—Sí, pero tranquila. Puedo llevarlo todo a la vez. Tengo a Luke para que me ayude.

—Así que iba a sustituirte por mí. — dijo Carlton divertido —Y yo que venía a pedir trabajo.

Todos se quedaron en silencio, pero fue Keith quien reaccionó primero — ¿Y eso?

—Porque Hill está pensando en vender sus tierras a una empresa americana. Supongo que se habrán pasado por aquí porque han visitado a todo el mundo de los alrededores. Hill está mayor y como a Anne no le interesa...

— ¿Una empresa americana? — Keith estaba muy tenso e Ivonne se puso alerta — ¿Qué empresa?

—Sí, es lo que te imaginas. —dijo Carlton bebiendo después de su cerveza — CCK.

— ¡Mierda! —se levantó del sofá pasándose las manos por el cabello.

—Keith, ¿qué pasa? — preguntó poniéndose nerviosa.

—Es una empresa que abarata costes hundiendo el mercado. Nos sacarán de él.

—Quieren comprar un gran latifundio para sacar a los rancheros del mercado. Nosotros engordamos con pastos, pero ellos también utilizan piensos de engorde, así que lo hacen mucho más rápido y abaratando costes. —aclaró Carlton.

—Entiendo, así que estamos en problemas.

— ¡No podemos competir con una empresa así! — Keith se había puesto muy nervioso. Aquello no tenía buena pinta— Lo han hecho antes. Se terminan quedando con el mercado al hundir los precios de la carne.

— ¿No podemos hacer nada? Esa carne tiene que ser de peor calidad.

Keith miró a Carlton— ¿Quién ha vendido?

—De momento creo que nadie. Varios se lo están pensando, pero son pequeños comparados con Hill y con vosotros.

—Pero si no terminan haciéndolo aquí. Lo terminarán haciendo en otra parte, ¿no? —preguntó Marcos confundido.

—Estas son las mejores tierras de toda Australia. Si lo hacen, saben que tienen que hacerlo aquí para asegurarse los pastos. Más al sur la tierra es más árida y los costes subirían por la falta de agua.

—Así que lo hacen tiene que ser aquí o nada. —preguntó ella cada vez más preocupada.

—Sí. —miró a Carlton— ¿Crees que Hill nos vendería sus tierras?

— ¿A nosotros? — Ivonne abrió los ojos como platos— Keith, ¿piensas en lo que dices?

—Si no lo intentamos, en cinco años estaremos en la ruina igualmente.

Carlton entrecerró los ojos— Joder, qué pelotas tienes. ¿Tienes treinta millones?

—Yo no. — miró a Ivonne que se empezó a poner muy nerviosa.

—Keith, deja este tema para después de la cena. — dijo Libi mirándola de reojo.

Entonces ella se dio cuenta que a Hill le habían ofrecido treinta millones— ¿La finca Hill es más grande que esta?

—No, es la mitad más o menos. — respondió Carlton confundido.

— ¡Serán aprovechados! — dijo indignada levantándose para ir a la cocina, pero volvió roja de furia— ¡Me querían tomar el pelo!

—Le dijiste que no. — Keith sonrió al verla tan indignada.

—No tiene gracia. Se van a enterar esos cabrones. ¡Que soy de Brooklyn!

—Nena, no te excites.

— ¿Qué no me excite? ¡Menudo timo!

—Bien dicho. —dijo Marcos satisfecho — ¿Qué vas a hacer? ¿Pedir una hipoteca?

—Carlton, llama a Hill. — dijo Keith cogiéndola por los hombros sacándola del salón— ¿Libi?

—Ya voy.

— ¡Estoy bien! ¡No me puedo creer que la gente tenga tanta cara! ¡Espera que lo pille, porque el muy capullo estará por ahí con su coche gris intentando timar a la gente! ¡Le voy a meter la camioneta por el culo!

—Igualita que su padre. — dijo Libi sentándola en la mesa de la cocina dispuesta a tomarle la tensión.

Keith se acucilló ante ella — Nena, relájate o tendré que llamar al doc.

—Estoy bien. — no era cierto, estaba realmente nerviosa. Iba a poner en riesgo la herencia de su padre, pero confiaba en Keith. Si él decía que había que hacerlo, no lo dudaba.

—Hill, viene para acá. —dijo Carlton entrando en la cocina con Marian detrás.

—Nada alarmante. — dijo Libi satisfecha mirando la pantalla del tensiómetro —Dentro de lo normal.

Keith suspiró de alivio y le dio un beso en los labios— Vale, ahora vamos a cenar como las personas normales y después hablamos.

—Keith, ¿treinta millones?

—Hablaemos luego. Antes veremos qué dice Hill. Puede que ya no podamos hacer nada, así que no nos preocupemos antes de tiempo.

— ¡Tenemos que hacer algo! ¿Cómo voy a dejar que se queden con las tierras de mi padre? ¡Después del intento de timo, no se las vendería ni muerta!

Libi sonrió moviendo la cabeza de un lado a otro sin poder creérselo, mientras Marian sonreía satisfecha— Yo vendré a trabajar después de clase.

—No, tú después de clase vas a estudiar. — dijo Carlton mirándola seriamente— ¿Me has entendido?

—Sí, cariño. Claro. —después hizo un gesto para que no le hicieran ni caso y él puso los ojos en blanco.

—Sentémonos a cenar. — Libi sonrió— He hecho cordero.

— ¡Cordero! —a Ivonne se le hizo la boca agua. Al ver la mirada de Keith siseó —Ni se te ocurra.

Él se echó a reír incorporándose y sentándose en la cabecera. Por mucho que lo intentaron la conversación siempre volvía al mismo tema, pero como ella estaba saboreando el delicioso cordero, no quería que nada se lo fastidiara. Estaban comiendo la tarta que ella había ayudado a hacer, cuando escucharon una camioneta acercándose. Miró a Keith que había estado muy callado durante toda la cena y se levantó cuando él lo hizo. Marcos y los demás no dijeron palabra mientras salían a recibir al señor Hill.

Capítulo 11

A Ivonne le sorprendió su aspecto, porque era pequeñito y parecía enclenque, pero se notaba que era puro nervio. Tenía el pelo completamente blanco y cuando subió las escaleras, cogió su mano besándosela como si fuera todo un caballero, vestido con vaqueros y camisa de cuadros — Siento muchísimo la muerte de su padre. Era un hombre como los que ya no quedan.

—Muchas gracias, señor Hill. —dijo mirando sus ojos color ámbar iguales a los de su hija sabiendo que era sincero— Por favor, llámeme Ivonne.

—Gracias, Ivonne. Puedes llamarme Charles.

Keith levantó una ceja viéndolo entrar en su casa —Nadie le llama por su nombre de pila— susurró en su oído— Ni Carlton.

Ella sonrió encantada. Eso significaba que le había caído bien.

Se sentaron en la mesa de la cocina y el señor Hill miró a Marcos con el ceño fruncido— ¿Tú eres el que está tonteando con mi hija?

Su amigo se puso como un tomate, pero levantó la barbilla— Pues sí.

—Ya hablaremos tú y yo. —dijo entre dientes como si fuera a pegarle una paliza.

—Es muy buen chico. — dijo ella sentándose a su lado— ¿Ha cenado? Tenemos un cordero exquisito.

—No, gracias. Pero me tomaría un pedazo de tarta. Tiene un aspecto estupendo.

—Enseguida. — dijo Libi cortando un trozo.

—Se preguntará por qué le hemos llamado. — dijo Keith mirando fijamente al hombre.

—Me lo imagino.

— ¿Va a vender?

—Me lo estoy pensando seriamente. Mi niña no puede hacerse cargo del rancho y no le gusta vivir allí. No tengo más hijos y yo quiero jubilarme. Lo mejor es que venda porque ya no soy joven para pelear con ellos. Y viene pelea, chicos. Va a ser muy duro.

—Nosotros queremos pelear. — dijo ella mirándolo a los ojos.

—Niña, acabas de llegar y no tienes ni idea de lo que haces.

—No quiero perder las tierras de mi padre. Puede que no lo conociera, pero no voy a perder lo único que me liga a él.

Charles la miró fijamente a los ojos evaluándola y apretó los labios emocionándose — Eres digna hija de tu padre.

— ¿Me vendería a mí las tierras?

— ¿Vais a competir con ellos? — parecía atónito.

—Si conseguimos comprar sus tierras y las de lo Warner, si las piensan vender, no tendrán posibilidad de instalarse aquí. —dijo Keith convencido.

Charles apretó los labios entrecerrando los ojos. Partió un trozo de tarta y se lo metió en la boca masticando lentamente mientras toda la mesa lo observaba.

—Os diré lo que voy a hacer. —dijo después de unos minutos— Si conseguís que los Warner no vendan o que os vendan a vosotros, yo no venderé...—Ivonne sonrió de alivio — de momento.

— ¿Qué quieres decir, Charles? — preguntó dejando a toda la mesa con los ojos como platos.

—Al final tendré que vender o venderá mi hija. Tenéis que garantizarme que las comprareis vosotros por lo mismo que me ofrecen ellos.

—Entonces no las venderás de momento. — sonrió radiante abrazando al viejo por el cuello y dándole un beso en la mejilla — Gracias.

El hombre se sonrojó— Pero sólo os estoy dando tiempo, porque al final tendrás que soltar la pasta.

—Sí, sí. — miró a Keith ilusionada, pero él parecía preocupado— ¿Qué ocurre?

—Denos unos días para pensarlo. — dijo dejándola de piedra — Hay muchas cosas que considerar antes de meterse en una operación de esta envergadura.

—Sí, por supuesto. En dos días quiero vuestra respuesta. — miró a Marcos como si quisiera desintegrarlo— ¿Y tú qué intenciones tienes?

—Las mejores.

—Buena respuesta. ¿No sabrás llevar un rancho? Todo sería más fácil si los chicos se casaran, pero no. Tienen que complicarlo todo y claro, a mi niña no puedo obligarla.

—¡Claro que no! — dijo Marian indignada — Carl se casara con quien quiera. — le miró con adoración — ¿Verdad?

—Igual que Anne. — Charles miró a Marcos y chasqueó la lengua — Más vale que sepas ganarte bien la vida, chaval. No quiero vagos rondando a mi niña.

Marcos se puso como un tomate e Ivonne dijo a toda prisa— Trabajaré aquí.

—Bien, la vida aquí te endurecerá el carácter. Vas a aprender a ser un hombre y puede que en cinco años deje que os caséis si me satisface lo que veo. — se levantó dejándolos a todos con la boca abierta —Ven, chaval. Que te voy a abrir los ojos.

Marcos se levantó mirándola de reojo y fue cojeando hasta él— ¿Pero qué te pasa en el pie? ¡Anda como un hombre!

—Tengo un esguince.

— ¿Está roto? ¡Pues si no está roto camina como un hombre! — le dio una palmada en la espalda que casi lo tira al suelo e Ivonne

jadeó, pero Keith la cogió de la mano reteniéndola hasta que salieron.

— ¿Has visto como...?

—Vete acostumbrándote porque Hill es de la vieja escuela. He visto hombres trabajando con brazos rotos.

— ¿Te acuerdas del viejo Albert? Le pasó un toro por encima y hasta que no lo encerró no fue al médico. Tenía cuatro costillas fracturadas y el hombro dislocado, pero hasta que no encerró al maldito bicho no se quejó. — dijo Carlton riendo.

Marian le miró con admiración —Tú también lo has hecho.

—Era un dedo roto. — dijo perdiendo la risa— ¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé todo de ti.

Libi se echó a reír al ver como Carlton bizqueaba, mientras que Keith cogía de la mano a Ivonne levantándola de la silla —Ven nena, vamos a hablar. Despídete.

—Hasta mañana.

—Gracias por la cena. —dijo Carlton levantándose.

—Puedes venir cuando quieras. — reprimió la risa porque Marian descaradamente le miraba el trasero— Marian, tú también puedes venir.

—Gracias, chata.

Se echó a reír al ver la cara de Carlton y al salir dijo— Pobre hombre. — al ver que Keith no se reía le abrazó por la cintura— Anímate, estamos mejor que antes.

—Apenas.

Subieron a la habitación de Keith y él cerró con llave— Siéntate, cielo.

— ¿Qué pasa, Keith? ¿No estás contento?

Ella se sentó en la cama y él lo hizo a su lado — ¿Estás segura de que quieres vivir aquí?

— ¿Qué te preocupa?

—Me preocupa que dentro de seis meses te des cuenta que odias vivir rodeada de vaqueros todo el día, sin algo más excitante que

hacer que mirar la puesta de sol. —le acarició la mejilla —Quizás deberías vender también y volver a Nueva York en lugar de endeudarte hasta las cejas.

— ¿Quieres que me vaya?

—Joder, ¿quieres contestar a la pregunta? — preguntó de los nervios.

Entonces Ivonne se dio cuenta que si ella se iba, le dejaría solo ante esa empresa y probablemente lo perdería todo, pero aun así se preocupaba de que tomara la decisión conscientemente. ¡No podía perder a ese hombre!

Ella sonrió radiante— ¿Quieres casarte conmigo?

La miró atónito— ¿Qué?

—Me acabo de dar cuenta que me he enamorado de ti y no quiero perderte. Y no porque hagas muy bien tu trabajo o porque puedas salvar el rancho, sino porque te preocupas por mí y me vuelves loca. —le cogió la mano y le miró con sus ojos azules brillando de alegría — ¿Te quieres casar conmigo? Ni pienses en el rancho. Piensa solamente en mí. Sé que no me quieres, pero si sientes algo parecido, di que sí. Te juro que haré todo lo que pueda para que me ames.

Keith sonrió antes de cogerla por la nuca y besarla con pasión como si quisiera fundirse con ella. Se separó mirándola satisfecho y se levantó hinchado el pecho como si hubiera hecho una proeza, mientras que ella atontada por su beso le vio ir hacia la puerta. Cuando se dio cuenta que no le había contestado había salido de la habitación.

¿Eso qué significaba? ¿Que sí o que no? Miró de un lado a otro de la habitación esperando que volviera, pero como no lo hizo empezó a cabrear. Después de diez minutos se levantó de la cama y abrió la puerta furiosa— ¡Keith!

— ¿Sí?

Asombrada le vio en el piso de abajo saliendo del salón con una copa en la mano— ¿Cómo que sí? ¿Qué haces ahí?

—Hablar con Carlton que todavía estaba aquí.

Si antes estaba enfadada ahora estaba furiosa — ¿Ya está? ¿Eso es lo que tienes que decir?

— ¿Decir? Cielo, ya lo hemos hablado. — la miró preocupado— ¿Has cambiado de opinión? Porque sino no le ofrezco el trabajo.

— ¿De qué diablos hablas? —abrió los ojos como platos— ¿Te pido matrimonio y tú te pones a hablar con Carlton de trabajo?

Él se dio cuenta que había metido la pata y dejó el vaso sobre la mesilla antes de empezar a subir las escaleras— Nena, no te pongas nerviosa.

— ¡No empieces! ¡Te vas a casar conmigo o no!

— ¿Cómo voy a rechazar una proposición así? — dijo divertido cogiéndola de la cintura y metiéndola en la habitación — Ya te había dicho que sí.

— ¿En serio? ¿Cuándo?

— Cuando te besé. ¿No te quedó claro?

Frunció el ceño— ¿Eso es que sí? Pues esperaba algo más romántico, la verdad.

— Nena, no soy un tipo romántico. —la besó en el cuello dejándola sobre la cama —Ahora tómame una pastillita y a dormir. Ya te despertaré luego. Ahora tengo que hablar de negocios. —la besó suavemente en los labios y salió de la habitación a toda prisa.

—Pues vaya. —susurró confundida y algo decepcionada mirando la puerta cerrada.

No se tomó la pastilla y esperó a que subiera, pero el sueño la venció después de cuatro horas.

Cuando se despertó estaba sola y al tocar la parte donde dormía Keith, se dio cuenta que allí no había dormido nadie. Después de ir al baño y ducharse se puso unos vaqueros y una camiseta verde. Eran más de las cinco de la mañana y cuando llegó a la cocina Libi la miró sonriendo— Buenos días, dormilona.

— ¿Y Keith?

—Trabajando. Se ha pasado toda la noche trabajando con Carlton y han ido a hablar con los Warner.

—Estupendo. — susurró sentándose en su silla, pero se volvió a levantar—Necesito un café.

—Cariño, esta tarde vamos a Landor.

— ¿Esta tarde? ¿Para qué?

—Necesitamos suministros. Ahora somos muchos y necesitamos comida.

—Oh, lo siento. ¿Te estamos dando mucho trabajo? Dime lo que quieres que haga y te ayudaré. No te cortes. Estoy acostumbrada a trabajar.

Libi sonrió— No necesito ayuda. He llevado esta casa como un reloj durante años y así seguirá siendo. Pero lo que sí necesito es comida.

—Vale, esta tarde vamos al supermercado.

En ese momento sonó el teléfono de la casa y ella corrió a descolgar por si era Keith— ¿Rancho Martin?

— ¿Ivonne? ¿Ivonne eres tú?

Se le cortó el aliento al escuchar la voz de su madre— ¿Mamá?

—Qué alivio oír tu voz. ¿Estás bien?

No había hablado con ella desde que habían discutido en la cocina de su casa y no sabía qué decirle — Hija, háblame. — su madre se echó a llorar— Sé que hicimos muchas cosas mal, pero nos queríamos...

— ¿Dónde está mi dinero de la universidad?

Su madre se echó a llorar más fuerte— Lo necesitábamos. James no podía realizar muchos trabajos porque no tenía el material y...lo siento, hija.

Sintió que el mundo se le caería encima en cualquier momento y Libi la miró con pena al ver sus ojos cuajados en lágrimas, porque ella nunca podría perjudicar a un hijo de esa manera, pero no podía decir que no la habían querido. Quizás la habían querido demasiado ya que era su única hija. Ahora ya no se podía hacer nada, pero seguía sintiéndolo muchísimo por su padre — Lo siento, mamá. Pero tienes que darme tiempo.

—Lo entiendo. Esto es lo que he temido siempre, porque sabía que al final te enterarías de todo. Pero nunca hemos querido hacerte daño.

—Sí, ya lo he entendido. Hicisteis lo que creías que era mejor por nosotros como familia. Pero es que mi familia era mucho más grande.

Su madre lloraba desconsolada y James se puso al teléfono—
Hija, ¿estás ahí?

—Sí, papá. —respondió intentando no llorar.

Libi se echó a llorar y se metió en la cocina.

—Lo siento, hija. Siempre he querido contártelo, pero no tuve valor y nunca hubiera pensado que tu padre se iría tan joven. Lo siento mucho. Hemos hecho tantas cosas mal...lo siento muchísimo.

— ¿Mereció la pena? — preguntó sin poder evitarlo.

—Sí. Por ella hubiera hecho cualquier cosa. Lo que fuera. Y espero que algún día encuentres a alguien que te quiera de la misma manera que yo quiero a tu madre.

A Ivonne se le cortó el aliento y tragó saliva antes de decir—
Tengo que dejarte.

—Hija, espero que algún día puedas perdonarnos.

—Darme tiempo, por favor. —ya no pudo retener el llanto— No me agobiéis porque si queréis que os diga en este momento que todo va bien, no es así. Lo único que se me viene a la cabeza son esas notas tan frías que le enviabais a mi padre y que recibíais su dinero, mintiéndome durante toda mi vida. Así que no me presionéis y dejarme ir a mi ritmo.

—Está bien. Pero no olvides que te queremos y que eres lo más importante de nuestra vida.

—No mientas, papá. Lo más importante de tu vida es tu mujer. —dijo llorando antes de colgar.

Libi salió de la cocina limpiándose las lágrimas con un paño —Lo siento.

— ¿Por qué?

—Porque en esta guerra tú estabas en medio. Debí decirle a John que luchara por ti. Debí insistirle para que fuera a verte porque era lo correcto.

—¿Por qué no fue a verme?

—Estaba convencido de que sabías que existía y que no querías verle, envenenada por lo que decían tus padres de él. Pero también estaba convencido que algún día vendrías. Cuando estuvieras preparada.

—Oh, Dios mío. — se apretó el vientre doblándose y Libi se asustó cogiéndola de la cintura, ayudándola a llegar a la silla de la cocina.

— ¿Te encuentras mal? ¿Llamo al doctor?

—Estoy bien. Sólo que esas palabras me han impresionado. Que pensara eso de mí cuando no tenía ni idea de que existía, me ha impresionado.

—Él estaría muy orgulloso de ti, ¿sabes?

— ¿Por qué? — preguntó mirándola a los ojos.

—Por proteger su rancho como él haría. Por hacer lo posible para que sobrevivamos. Que protegieras su legado le emocionaría mucho y que lo hagas junto a Keith más todavía.

—Gracias.

— ¿Por qué, cielo? — preguntó limpiándole las lágrimas como si fuera una niña.

—Por decirme eso. Aunque no lo creas, me siento mejor sabiendo que él pensaría que es lo correcto.

Libi sonrió— Ahora vas a desayunar que sino Keith me echará la bronca.

—Te quiere como a una madre. No te regañaría nunca.

Libi sonrió— Cierto y si lo hiciera, le daría una colleja.

Ivonne se echó a reír relajándose visiblemente y Libi la besó en la mejilla antes de levantarse — Y te voy a hacer huevos con beicon.

— ¿De verdad? ¡Date prisa antes de que llegue Keith!

Marcos, que ya se encontraba mucho mejor, las acompañó a Landor hablando de la charla que había tenido con él su posible futuro suegro.

—De verdad, el ancianito da miedo cuando te mira fijamente a los ojos. Pone una cara de psicópata que te hace temblar hasta el tuétano.

Ivonne se echó a reír a carcajadas mientras Libi hacía lo mismo conduciendo la camioneta hacia Landor.

— ¡Y cuando me dijo que era capaz de matar una liebre a cien metros, pensé que me caía redondo allí mismo! —las carcajadas la hicieron llorar por su cara de horror— Mira, sabes que no me intimidó por nada, pero te juro que por poco me cago encima cuando sacó un cuchillo de la bota, diciendo que también podía despellejar la liebre de un solo tajo. Me imaginaba que yo era la liebre y ese hombrecillo me seguía corriendo con el cuchillo en la mano por toda Australia.

—Por Dios, para. — dijo Libi riéndose a más no poder — ¡Así no llegaremos a Landor!

—En serio, no me extraña que Anne no tenga novio porque ese tío te los pone por corbata.

—Pues a mí me pareció muy agradable.

— ¡Y una leche! Tiene una vena psicópata, te lo digo yo.

—Está acostumbrado a que se hagan las cosas a su manera. — dijo Libi divertida— Rodeado de vaqueros, ha tenido que tener muy mala leche para que no le tomaran por tonto.

—Sí, supongo que sí. —dijo Marcos mirando a su alrededor— No me acostumbro a ver conducir por el lado contrario. Tendré que practicar. No vaya a ser que me despiste y acabe en el otro carril.

—Voy a sacarme el carnet. — dijo ella mirando hacia atrás donde su amigo sonreía satisfecho— ¿A que te sorprende?

—Después de todo lo que te he enseñado, ya era hora.

—No sé lo que diría Keith de eso. — dijo Libi divertida entrando en la ciudad —Ya hemos llegado.

Pasaron un supermercado, pero Ivonne supuso que a Libi le gustaba ir a otro. Cuando se detuvo ante una iglesia dijo— ¿Vamos a misa?

—Tengo que confesarme. No os importa, ¿verdad? Serán unos minutos y podéis ver la iglesia que es muy bonita.

—Claro. Nosotros íbamos todos los domingos. — dijo bajando de la camioneta. Marcos la siguió apoyándose en su hombro y subieron los escalones. Ivonne se miró discretamente el vestido rosa que Libi había insistido que se pusiera. Ahora entendía la razón. No quería que fuera a la iglesia en vaqueros.

Entraron en la Iglesia y Marian apareció a su lado sobresaltándola, dándole un ramo de rosas blancas.

— ¿Qué haces aquí? ¿También vas a confesarte?

Marian le guiñó un ojo mientras Marcos la cogía del brazo. Cuando empezó a sonar la marcha nupcial abrió los ojos como platos mirando a su amigo y se abrió la puerta que daba acceso a la Iglesia que estaba llena de flores y velas encendidas. Todo estaba precioso. Al final del pasillo estaba Keith vestido con un traje gris y una camisa blanca con corbata azul cobalto, mirándola con una sonrisa en los labios. Nunca le había visto tan guapo.

—Y decía que no era romántico. — susurró mirándolo con amor.

—Lleva toda la noche organizándolo. —dijo Libi emocionada pasando ante ella para colocarse en su puesto de madrina de la boda.

El cura esperaba en el altar y varias personas estaban sentadas en los bancos. No conocía a casi ninguno. Excepto a Charles y al doctor. Incluso estaba Anne al lado de su padre. También estaban las personas de la cafetería y Luke vestido de traje.

Caminó al lado de Marcos sonriendo tímidamente y él sacerdote preguntó — ¿Quién entrega a la novia?

—Yo la entrego. — la besó en la mejilla antes de darle su mano a Keith que se la apretó suavemente. Estaba nervioso y ella sonrió emocionada mirando sus ojos negros porque sabía que estaba haciendo lo correcto.

Se volvieron al sacerdote que sonrió diciendo— Queridos hermanos, estamos aquí reunidos para unir a este hombre y esta mujer en el sacramento del matrimonio. Debo decir que me sorprendió un poco cuando Keith me pidió que oficiara la boda con la hija de John. —miró a Ivonne a los ojos— Nada me ha alegrado más que saber que Ivonne se había enamorado de él y quería compartir su vida.

Ella miró a Keith sonriendo y él muy nervioso apretó su mano — Ivonne...— ella miró al sacerdote— Keith quiere decirte unas palabras.

Miró a Keith que forzó una sonrisa, pero al mirar sus ojos se calmó un poco antes de decir— Nunca imaginé que alguien podía enamorarse con una mirada. Pero eso me pasó a mí cuando chocaste conmigo en la puerta de la cafetería. Incluso pasó antes de reconocerte y cuando me di cuenta de quién eras quise odiarte. — Ivonne sonrió emocionada entendiéndole perfectamente— Es difícil no quererte y más aún cuando todo en ti me atrae. Me dije que me casaría contigo por el rancho, pero me di cuenta que lo que quería era que me amaras y me eché atrás en cuanto pude. Te quiero tanto que estaba dispuesto a dejarte ir aunque me doliera, si con ello eras feliz. Pero volviste a sorprenderme mientras te decía que regresaras a casa y me confesaste que me amabas. Me dijiste que harías lo que fuera para que te quisiera y ya tenías todo mi amor, cielo.

—Seré muy feliz a tu lado porque te amo. — dijo emocionada porque eso era el verdadero amor—Tú me haces feliz.

Él la abrazó con fuerza— Nena, te quiero. Te juro que no te fallaré.

—Sólo tienes que decirme que me amarás por encima de todo y yo haré lo mismo.

—Por encima de todo. —la besó suavemente en los labios y se volvió hacia el sacerdote que los observaba emocionado.

Epílogo

Ivonne miraba a su hijo que estaba despierto en la cuna levantando los pies y las manos, intentando llegar hasta el avión de plástico que tenía colgado sobre él. Las manos de su marido la cogieron por la cintura abrazándola y diciéndole al oído— Tienes que dormir. Sino mañana estarás agotada. John se dormirá enseguida.

—Sí. — se volvió mirando de reojo la cuna de su hermana que dormía plácidamente —Son dos angelitos, ¿verdad?

—Se parecen a ti en todo. — la besó en la sien y en cuanto salieron del cuarto de los niños la cogió en brazos— No se parecen a mí. Mi padre decía que berreaba todo el tiempo.

—Me lo creo. —dijo riéndose —Todavía me pitan los oídos por los gritos que le has metido a Carlton por lo del toro.

—Nena, hemos invertido muchísimo dinero en ese toro. Si se hubiera roto una pata en el traslado, no quiero ni pensar en cómo nos perjudicaría.

—Todo va bien. — le abrazó por el cuello preocupada— No quiero que te estreses tanto. Trabajas mucho y no quiero que te pase nada. ¿Me prometes que tendrás cuidado? Tienes una mujer y tres hijos que cuidar.

—Nena, eres tú la que estás agotada. —dijo divertido —Tenemos dos, dos hijos que cuidar.

—No. Yo no me equivoco. No me equivoqué al pedirte matrimonio y no me equivoco ahora.

Keith la miró sorprendido antes de echarse a reír— ¿Otro?

—Esperemos que no sean dos de golpe otra vez.

—Si son tan preciosos como esos, tendremos veinte. —la besó suavemente en los labios— ¿Llamarás a tu madre? —ella desvió la mirada y su marido la dejó sobre la cama— Cielo, es su abuela.

—Si me llevara a los niños, ¿cómo te sentirías?

Él se sentó su lado mirándola muy serio— Me dolería muchísimo. No quiero ni imaginar lo que sintió tu padre.

—Entonces ahí tienes la respuesta. —se iba a dar la vuelta cuando la cogió por el hombro suavemente.

—Mi amor, pero también me he puesto en el otro lado.

— ¿Qué quieres decir?

—Si te hubiera conocido cuando ya estabas casada y tú me correspondieras no sé lo que haría. Si no quisieras a ese hombre y me amaras a mí, no habría nada que se interpusiera entre nosotros. — los ojos de Ivonne se llenaron de lágrimas— Estoy de acuerdo que no tenían que haberte mentido y alejarte de tu padre, pero se alejaron todo lo que pudieron y creyeron que era lo mejor para vosotros. Fue un error, pero John también se equivocó al no luchar por ti. — Keith suspiró— No sé. Después de todo lo que ha pasado, es muy fácil opinar.

—No sé si podré perdonarles.

— ¿Te das cuenta que estás privando a tus hijos de sus abuelos? ¿De los únicos que tienen?

Miró asombrada a Keith y se echó a llorar al darse cuenta que tenía razón. Ella había hecho lo mismo con ellos.

Su marido la abrazó —Nena, no llores.

—No me había dado cuenta, lo juro. Pensaba en mí y papá...

—Lo sé. — le acarició la espalda— Tranquila. Todavía son muy pequeños y no lo han notado.

— ¡Pero ellos sí!

Keith hizo una mueca— Llámalos, nena. Y que vengan a conocer a sus nietos.

—Te quiero. ¿Qué haría sin ti?

—No tendrás que averiguarlo, mi amor. No tendrás que averiguarlo.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Planes de boda” o “Vilox”. Próximamente publicará “Madre de mentira” y “Sólo mía”

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Allí encontrarás más de cincuenta para elegir. También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.

Sophiesaintrose@yahoo.es